

SADY ZAÑARTU

# Santiago

## Calles Viejas



TABLA DE LAS CALLES

# SANTIAGO: calles viejas

HISTORIAS DE CUANDO SUS NOMBRES  
SALIERON DEL BARRO MATERNO CON LA  
FUERZA DE LO QUE HA DE VIVIR, PORQUE DABA EL PUEBLO  
SU AGUA DE BAUTISMO

SADY ZAÑARTU

# TABLA DE LAS CALLES

La Ciudad .....	7
Calle de Ahumada .....	10
Calle de las Agustinas .....	12
Calle Amunátegui ( <i>Ver calle del Peumo</i> ) .....	16
Alameda de las Delicias .....	19
Calle de la Bandera .....	23
Avenida Brasil ( <i>Ver Cañada de García de Cáceres</i> ) .....	27
Calle de la Catedral .....	29
Calle del Carmen .....	33
Calle de la Compañía .....	38
Calle de las Claras ( <i>Nueva Enrique Mac-Iver</i> ) .....	42
Calle del Chirimoyo .....	47
Calle del Estado ( <i>Ver calle del Rey</i> ) .....	49
Calle Esmeralda ( <i>Ver calle de las Ramadas</i> ) .....	52
Calle Erasmo Escala ( <i>Ver calle del Galán de la Burra</i> ) .....	56
Calle General Mackenna ( <i>Ver calle del Ojo Seco</i> ) .....	58
Calle de los Huérfanos .....	61
Avenida Independencia ( <i>Ver calle Real de la Cañadilla</i> ) .....	65
Calle de la Maestranza ( <i>Nueva Avenida Portugal</i> ) .....	70
Calle de la Merced .....	74
Calle Miraflores ( <i>Ver calle de las Recogidas</i> ) .....	78
Calle de las Monjitas .....	82
Calle de la Moneda .....	86
Calle de Morandé .....	89
Calle de la Muerte .....	92
Calle de San Diego .....	95
Calle del Puente .....	97
* Avenida de la Recoleta .....	103
Calle Manuel Rodríguez ( <i>Ver calle de los Baratillos Viejos</i> ) .....	107 *
Calle de San Antonio .....	112
Calle de Santo Domingo .....	115

# TABLA DE LAS CALLES

Calle de San Isidro ( <i>Ver calle de la Pelota</i> ) .....	119
Calle de Santa Lucía ( <i>Ver calle de Breton</i> ) .....	122
Calle de San Martín ( <i>Ver calle de las Cenizas</i> ) .....	127
Calle de San Pablo .....	131
Calle de Santa Rosa ( <i>Ver calle de las Matadas</i> ) .....	136
Calle de los Teatinos .....	141
Calle Veintiuno de Mayo ( <i>Ver calle de la Nevería</i> ) .....	144
Calle Valdivia ( <i>Ver calle de los Patos</i> ) .....	146
Notas .....	151

11	Calle de Anumbada .....	
12	Calle de las Aguilinas .....	
13	Calle Amunátegui ( <i>Ver calle del Pano</i> ) .....	
14	Alameda de las Delicias .....	
15	Calle de la Bandera .....	
16	Avenida Brasil ( <i>Ver Ciudad de García de Cáceres</i> ) .....	
17	Calle de la Cañada .....	
18	Calle del Carmen .....	
19	Calle de la Compañía .....	
20	Calle de las Clavas Nueva Empresa Mac-Iver .....	
21	Calle del Chimnayo .....	
22	Calle del Estado ( <i>Ver calle del Rey</i> ) .....	
23	Calle Esmeralda ( <i>Ver calle de las Ramadas</i> ) .....	
24	Calle Esmeralda Escala ( <i>Ver calle del Galán de la Buro</i> ) .....	
25	Calle General Mackenna ( <i>Ver calle del Ojo Seco</i> ) .....	
26	Calle de los Huérfanos .....	
27	Avenida Independencia ( <i>Ver calle Real de la Cañadilla</i> ) .....	
28	Calle de la Maestranza ( <i>Nueva Avenida Portugal</i> ) .....	
29	Calle de la Merced .....	
30	Calle Miraflores ( <i>Ver calle de las Recoquidas</i> ) .....	
31	Calle de las Montañas .....	
32	Calle de la Moneda .....	
33	Calle de Montaña .....	
34	Calle de la Muerte .....	
35	Calle de San Diego .....	
36	Calle del Poyote .....	
37	Avenida de la República .....	
38	Calle Manuel Rodríguez ( <i>Ver calle de los Huérfanos Viejos</i> ) .....	
39	Calle de San Antonio .....	
40	Calle de Santa Domingo .....	

# LA CIUDAD

YA RECUELTAN la jornada portentosa. Pecho a pecho se miran. Sobre los andrajosos justillos tiemblan las recias armaduras. Han acampado en un lugar que los indígenas llaman Chimba, al pie del Cerro Grande (San Cristóbal), a la otra banda de las tolderías indias del río Mapuche. Es un valle que resbala de la alta cordillera y se afirma en unos cerros bajos y negruzcos, que calzan oro fino.

Son las vísperas del 12 de febrero de 1541.

Los ojos asombrados de los indios espejan por entre las siembras de maíz, y sus cuerpos desnudos se entregan en ofrendas de sumisión.

No tardan en venir de paz, al parlamento a que los convocara el jefe de aquellos hombres blancos y barbudos, el *ulmen* Michimalonco y los catorce caciques comarcanos: Jaujalongo, Chingaimangue, Apoquindo, Vitacura, Lampa, Maiponolipillán, Colina, Melipilla, Peomo, Pico, Poangué, Cachapoal, Teno y Gualemo.

Habla don Pedro de Valdivia, en una lengua que ellos no entienden, del Dios Verdadero que habita en los cielos y creó el universo; y de la existencia y soberanía de un hombre más poderoso que el Inca, Rey de las Españas y Señor del Nuevo Mundo. Los caciques escuchan complacidos la oratoria de cruces y banderas del emisario que viene de los países de donde nace el Sol, y le forman corte y con él avanzan hasta las faldas de un montículo que llaman *Huelén* (Dolor), a officiar sobre el ara del improvisado altar las gracias de fundar a *Santiago de la Nueva Extremadura*, en cumplimiento del voto hecho al salir del Cuzco, de recordar la tierra natal.

Desde el cerrillo, que acuchilla en dos brazos el río, el capitán extremeño contempla de nuevo el valle indígena en la estratégica isla, por cuya derecha corre el cauce natural, que le da el nombre, en dirección al poniente, hasta extinguirse en la tierra, (\*) y por cuya izquierda va su otro riachuelo, celante en una cañada, para juntarse en los bajos de Pudahuel.

No llega el sol al meridiano cuando está echada la suerte de la ciudad en la traza de un damero, de modo que el rondador desde una esquina vea

cuatro calles anchas, rectas y planas, como su intención. El alarife Pedro de Gamboa cumple, una vez más, las instrucciones de Carlos V y, en el centro de esas manzanas, de 64 toesas por lado, fija una explanada de iguales dimensiones para que sirva de *Plaza de Armas*.

Las casas se construyen de madera y paja —que siempre se comienza por poco— y la fábrica de la iglesia la amasan los indios comarcanos para ganar con el sudor el nuevo cielo prometido.

Puestos los fundadores, el 10 de marzo, en cabeceros de la ciudad, eligen alcaldes, regidores, mayordomos, procuradores, para que los unos “administren justicia en nombre de Su Majestad”, los otros “provean en lo tocante al regimiento della”, y los últimos, “procuren el pro y utilidad della”. Y, señalado por escribano público y del Consejo a Luis de Cartagena, para que entienda en la fidelidad y asiento de Cabildos y guarda del libro de becerros, éste escribe: “...y conviene a saber: a los magníficos e muy nobles señores Francisco de Aguirre e Juan Dávalos Jufre por alcaldes ordinarios, e a don Juan Fernández de Alderete e Juan Bohon e Frnco. de Villagra e don Martín de Solier, Gaspar de Villarroel e Jerónimo de Alderete por regidores, o por mayordomo a don Antonio Zapata e por procurador a Antonio Pastrana”.

El Cabildo finca junto al rancho de totora donde hace cabeza de Gobernación don Pedro de Valdivia, frente al costado norte de la explanada militar.

Llegan los días de incertidumbre. Se escucha en las calles a tajo abierto el murmullo del valle que avanza arrollador hasta las primeras empalizadas españolas. Son las voces opacas de cien mil indígenas que claman por no dejarse avasallar. En medio de los bosques husmean su presa como lobos. Han desolado las tierras vecinas, devorándose las ovejas y destruyendo los sembríos. Se han quedado en carnes para lanzar prestos sus mangas de flecheros. No van a dejar piedra sobre piedra.

En la ciudad, las viviendas se atalayan como fortalezas: los paredones corren altos e interminables; sus agujeros negros, guarnecidos de rejas, son ojos oteadores tras la celada armadura. Sobre la casona achaparrada, frente a la puerta principal, encarámase una capucha de tejas pardas que hace al morador treparse al “alto” a avizorar las comarcas invadidas.

Han pasado por la ciudad grandes catástrofes: las invasiones del indio, los incendios que suceden a la destrucción del poblado, las inundaciones del río, los terremotos con que la naturaleza disciplina al contingente de frailes y soldados. Sobre aquellas invasiones el espíritu se hace acero templando su valor; sobre aquellos incendios la astucia previsorasalva unos cuantos puñados de trigo para revivir las sementeras devastadas, y sobre los escombros la forma purifícase en belleza.

La rústica iglesia se convierte en templo suntuoso, de tres naves, labrado en piedra. El rancho del Gobernador transfórmase en Palacio de la Capitanía General del Reino. Los adobones de los costados este y sur de la Plaza Mayor sirven de base a portales y terrazas desde donde la

nobleza colonial asiste a los torneos y justas, a las fiestas de coronación de un nuevo Rey o a la llegada de un Presidente de Chile.

Ya la ciudad ostenta por armas y divisa un león con su espada desnuda en la mano, en campo de plata, y por orla ocho veneras de oro en campo azul.

Es la ejecutoria de que S.M. Carlos V le hace merced.

¡Cómo se ha hecho grande y famosa! Cada calle tiene una leyenda que desde su origen desovilla un hilo mágico para acollarar el esfuerzo de la raza.

El sereno canta aún con su alma bañada de estrellas y avemarías. Ha visto cuatro siglos de noches tormentosas y noches radiantes sobre los tejados de púrpura. Lleva una luz que pende del bastón como en la proa de un buque fantasma. Y a su paso sigiloso se corre la aldaba de un portón, burbujea la pila de una plazoleta, el moribundo pide confesor, y el beso restalla libre en el hueco de un tapial.

Se detiene con el temor de que los muertos salgan desde el refugio de las sombras pidiendo su derecho a la vida, frente a los colmenares humanos que clavan sus agujas en el cielo. Y al sentirse revestido de autoridad, mira que aún porta en sus manos la vara de Castilla para medir hombres paramentados y hombres desnudos.

Está rendido. Pero en la noche andina, al entonar el *Ave María Purísima*, levanta su corazón, como los indios ofrendan el vaso sagrado a la Cruz del Sur.

## CALLE DE AHUMADA

IMITABA la esquina del solar un altillo árabe. En el balcón, bajo como petaca, florecía un haz de hierros que recordaba el choque de las lanzas cristianas contra las adargas musulmicas. Era la única casona de sombra hidalga que se proyectaba en la calle de tapiales; por el postigo relucía el patio de armas, limpio como el acero de un mosquete vizcaíno. Del interior salía, a ciertas horas, el fragante tufillo de la olla de guerra del conquistador.

El acta del Cabildo la señalaba ya, en el año 1580, como "cuadra de los Ahumada", cuando querían indicar a otro vecino el nombre de la rúa en que se le iba a dar un nuevo solar.

Los viejos recordaban haber visto en su mocedad al anciano regidor don Juan de Ahumada, sentado en el poyo del zaguán, tomando el fresco en las tardes de verano, en plática con un corro de viejos, duros y apergaminados como él. Su vozarrón sobresalía de las otras voces al relatar las facciones de guerra en que había intervenido, ya dentro del cubo de un fuerte de Arauco o cargando contra los indios en el descubrimiento de Chiloé. El viejo conquistador no podía olvidar, en sus horas de modorra y vela, los días en que vino a Chile, entre los trescientos "hijos de algo" que acompañaron al bisonño vástago del marqués de Cañete, don García Hurtado de Mendoza, a su costa y aderezado de armas y caballos. Hablaba grandezas de sus amigos don Francisco de Villagra y don Rodrigo de Quiroga, los encumbraba por las nubes; pero no podía ver la pinta de Bravo de Saravia, y sin andar en requilorios le sacaba trapos al sol. Refería las circunstancias en que éste le arrebatara una encomienda de indios, con 1.500 pesos de renta, para dársela a su hijo Ramiríañez.

El portón ya tenía un ascendiente ilustre cuando vino el corregidor y general don Valeriano de Ahumada al solar de sus mayores, a consignar, por perpetuidad en la calle, su nombre esclarecido.

Era hijo de don Juan y de doña Catalina Hurtado de Mendoza. Su nombre figuraba entre los siete colegiales fundadores, en 1611, del Conventorio de los Jesuitas; y más tarde, por haber servido al Rey en una

compañía de “caballos ligeros lanzas del número”, recibía el espaldarazo de la Militar Orden de Santiago.

Cuando el Gobernador don Francisco Lazo de la Vega arboló el estandarte de Su Majestad y comenzó a llevar gente entre la flor de los caballeros del reino, fue don Valeriano el primero en presentarse al Capitán General con el peto y espaldar de su padre. Quería, como hijo de uno de los primeros pobladores de la campaña, participar en la defensa de la ciudad contra los siete mil indios rebeldes de Purén que, al mando del cacique Putapichún, venían a probar la mano del nuevo Gobernador, y ver si era tan valiente como la fama publicaba.

No es el caso referir la victoria que obtuvo don Francisco de la Vega, en el memorable encuentro del 13 de enero de 1631; pero sí recordar que dio buena parte de su valor al apuesto capitán don Valeriano de Ahumada, que persiguió a los indios hasta los pantanos de Albarrada.

A su regreso, la “cuadra de los Ahumada” ganó también con esta aureola, y el solar de la esquina fue un jubileo por las numerosas y asiduas visitas que recibió don Valeriano de los vecinos.(1) De este modo el callejón —que partía de la Plaza Mayor a la Cañada de San Francisco— se enraizó en la historia de la ciudad con el nombre de su principal morador y olvidó para siempre la vivienda del obscuro contador de la Real Audiencia, Lázaro de Aránguiz, otro de los vecinos que disputaban el nombre de la cuadra. No en balde su padre, por otro lado, había conseguido, en los años que precedieron a la fundación de Santiago, que su anchura fuera de una tercia más (29 cm.) de las doce varas castellanas reglamentarias.

Don Valeriano llegó a ser uno de los potentados del reino por su fortuna y rango social. Era dueño de los valles de Petorca y del Choapa, donde el oro crecía como el trigo de sus campos, regado por ríos generosos que prodigaban lavaderos y trapiches.

El terremoto del año 1647 no dejó en la ciudad piedra sobre piedra. El naciente emporio se cubrió de una noche lúgubre y profunda. Sin embargo, de entre aquel hacinamiento de escombros, logró salvarse un retazo del Santiago de la Conquista, pequeño rincón del siglo XVI, que esperaba a un conjuro exaltar a su caballero de los tercios de Albarrada para emprender una cruzada legendaria. Ese solar, salvado milagrosamente, fue el de los Ahumada; y, por su balconete, viose asomar la faz mediatunda de don Valeriano al contemplar desolado, a sus pies, tanta ruina y tanto dolor.

Se quiso entonces cambiar de ubicación a la ciudad del Nuevo Extremo, y se señalaron sitios como el de Talagante y Quillota; pero aquel rostro de santiaguino neto alzó ante el poder toda la fuerza latente en su espíritu, que creía en los destinos de la ciudad que fundara don Pedro de Valdivia. Su ojo avizor, acostumbrado a husmear los contrafuertes andinos, no cesó un punto en las discusiones del Cabildo, y con la piedra angular de su esquina atalayó para siempre su nombre de *Ahumada* en la calle que hoy es la única que conserva desde su origen el nombre de un conquistador del siglo XVI.(2)

# CALLE DE LAS AGUSTINAS

HOY no hay monjas ni casas viejas que recuerden el solar donde nació su nombre, y albergó, por más de tres siglos de existencia, el baluarte de la limpia Concepción de María.

El monasterio se fundó el año 1576, bajo la piedad ilustrada y generosa del Obispo Medellín y de una noble matrona llamada doña Francisca Terrín de Guzmán. La iglesia plantó su bastión en la esquina sudponiente con la de Ahumada, y fue reconstruida después del terremoto del año 1647. Sus murallones colindaban con la Cañada de San Francisco.

Era la fundación más extensa y rica de la ciudad. Durante todo el siglo XVII habían acumulado las Agustinas poderío y riquezas, hasta decirse del monasterio que podía competir "en santidad y número con los de Europa". Sólo entre monjas y criadas encerraba cuatrocientas almas; sus celdas eran costosas, con cocina y recámara por separado, y se vendía su derecho de llave, fuera de la dote, en tres y cuatro mil pesos. Los patios los llamaban en el reino "un jardín de Dios".

La vida interior trascendía a la calle en la labia de las mulatas que traían el bizcocho; iba y tornaba el chismecillo del estrado y la hablilla de las madres que narraban asombrosos casos de santidad que la villa conoció por "cuentos de monjas".

El monasterio solemnizaba la fiesta de San Agustín y la de Corpus Cristi con comidas que distribuían profusamente entre sus hermanas y devotos. En la calle, durante el acto, frente a la portería, prendían luminarias y fuegos artificiales para atraer al pueblo a su regocijo.

En los nueve días que llamaban "de aguinaldos", las educandas reuníanse en el coro, a la hora de vísperas, y "vestidas exquisitamente, cantaban y danzaban delante de la multitud, que concurría a la reja para recrearse con tan maravilloso espectáculo".(3)

Estas exterioridades que la calle recibía eran la viva inquietud de la casa por su perfección espiritual y su ansia de manifestarse al mundo. No otra cosa que buscar santidad dentro de la santidad fue la idea concebida

por algunas madres para fundar un ermitage en el mismo monasterio, bajo la advocación del Buen Pastor, en lo más retirado de la huerta, y practicar una abstracción absoluta lejos del trato de las demás. Así vivieron unas cuantas religiosas, en celdas separadas, privadas de voz activa y pasiva, gobernadas por una priora, y sólo vistas a la hora de misa y en el coro de la iglesia.

Estos ejemplos extendían la fama de las Agustinas y a la vez edificaban a las educandas con prodigios de virtud y perfección. Las religiosas de velos eran jóvenes que pertenecían a la nobleza del reino, como las niñas que los padres les confiaban para su cuidado y enseñanza.

Las Agustinas habían logrado modelar en su vaso místico hasta la dura arcilla de las mujeres de Arauco. En sus claustros se encontraban conversas algunas naturales. La historia de la india sor Constanza de San Lorenzo pasaba tremante por los labios del mestizaje, que no se cansaba de repetirla.

Se contaba de la cautiva que, apenas recibió el bautismo, se exaltó en su alma un odio intenso al pecado y un deseo ardiente de perfección cristiana. Iba a los templos y permanecía arrodillada muchas horas cada día. Sabedor el Obispo Medellín de la fervorosa virtud de la india, deseó conocerla, y haciéndose el encontradizo, en la Catedral, le preguntó qué hacía allí tan tarde y por qué no iba a servir a su amo. Constanza le respondió, llorando: "¿Cómo dejaré solo a mi Señor, cuando por mi amor se está en ese altar en la hostia consagrada?"

El Obispo, edificado por esta respuesta, creyó justo proteger su religiosidad y la rescató del poder de su dueño para hacerla ingresar en el monasterio.

Los derrumbes producidos con el terremoto del 13 de mayo de 1647 llevaron las almas al pavor de un castigo de Dios. La corona de espinas del Señor de la Agonía, que se veneraba en San Agustín, había descendido hasta el cuello durante los remezones tremendos, y en la imposibilidad de restituirla a la cabeza, trascendía por la calle el vago anuncio de una nueva hecatombe si volvía a recuperar su sitio. Pero, en el monasterio de las Agustinas, el sacudón había servido para desnudar las almas ante el Dios iracundo.

En la carta dirigida por el Obispo Villarroel a don García Haro y Avellaneda, contaba que, según los confesores de la santa casa, era constante la opinión de que entre monjas, indias y negras, sólo se hallaron en aquel momento terríficos pecados veniales; y refirió el caso sorprendente de una monja que le dijo a la abadesa, cuando comenzaba el primer remezón: "¿No ve, señora, en el cielo aquella espada y un azote con tres ramales?"

Pasó mucho tiempo antes que la calle recobrase su antigua alegría con el trajín de las visitas y demandaderas. La tardía reconstrucción mantuvo en las noches el eco medroso de las gentes que creían volver a sentir el desgarramiento de la ciudad, y sólo la campanita del claustro

restituía la paz, recordando a los vecinos que las Agustinas rogaban por justos y pecadores.

El siglo XVIII reposó dulce y querendón en el monasterio. Desde el locutorio se divisaba uno de los siete patios, con su estanque en el centro, y de cuyo interior se levantaba una estatua de piedra de la Virgen Inmaculada, con un surtidor de agua en la que se quebraba la luz solar formando arco iris.

Había en la fuente un vago perfume del Rey Sol.

La escritora inglesa María Graham, en su visita al monasterio, en 1827, halló en sus claustros el apacible curso de aquella vida de vísperas y maitines. Aunque las hermanas ya estaban muy viejas y feas, no faltó un botón de muestra para recordar su pasado esplendor: era una joven de bellos ojos y pálida belleza, que consideró peligrosa para "un don Juan". Las ancianas señoras le obsequiaron con mate, el mejor que tomó durante su estada en Chile, sirviéndole el porongo en bandeja de flores, oloroso a leche y canela, de modo que "el gusto y el olfato se deleitaban a la vez".

En el breve rato que Lady Graham permaneció en el locutorio, oyó más charlas que "antes en un mes", y observó que las enclaustradas seguían interesándose por las "cosas de este pícaro mundo".

En el año 1852 las monjas vendieron la mitad del terreno que ocupaban, dividido ya por la nueva calle formada para unir a la del Chirimoyo con la de la Moneda.

Las Agustinas, para pasar a su nueva casa y no romper la clausura, hicieron cavar un subterráneo que atravesó la calle hasta el claustro principal. El frente de su templo quedó hacia la vía recién abierta y es el que hoy se conserva con su atrio cerrado por cuatro columnas corintias. En su interior las monjas han dejado el vano de su antiguo coro, y en cuanto a ellas, impelidas por el hálito arrollador de la ciudad moderna, buscaron su quietud espiritual en el retiro de la Avenida Vicuña Mackenna.

La primitiva manzana del monasterio, durante el año 1885, fue removida con varias excavaciones para construir los cimientos de los nuevos edificios. Los trabajadores descubrieron el túnel por donde las hermanas pasaron a su segunda casa, y la fantasía popular volvió a recordar la leyenda de las bóvedas subterráneas de los jesuitas que atravesaban la ciudad por sus cuatro costados, entre la Compañía y San Pablo, la Ollería y San Borja.

Días después se encontraron algunos cráneos, vértebras, tibias, omóplatos. Era en el solar donde se iba a construir el Banco Santiago, esquina sudponiente de las Agustinas con la de Ahumada. Luego, al profundizar un herido, apareció un cadáver momificado que se extrajo íntegro de su sepultura. Los restos, por las proporciones del esqueleto, pertenecían a una mujer. La piel del cráneo conservaba algunos cabellos; los brazos cruzados sobre el pecho aprisionaban un crucifijo; en los pies se veían los zapatos que sirvieron en el acto de la inhumación, cuyas

suelas se desprendieron al contacto del aire, y quedó sólo un cuero fino, de cordobán. El cadáver fue colocado, envuelto en un paño negro, dentro de una caja de madera y conducido hasta la portería del monasterio, que dio por segunda vez sagrada sepultura, entre plegarias y toques de campanas, a ese fiel testimonio de su luenga existencia, conservado en la tierra piadosa, donde otrora se alzara su iglesia, como para demostrar a las generaciones venideras que, aun por los siglos de los siglos, sería eterno el nombre de sus monjas en la calle "de las Agustinas".(4)

## CALLE DEL PEUMO

PORFIABA en que lo llamasen el “callejón de las Rosas”. Nació el nombre de un beaterio que a fines del siglo XVII fundaron, al sudponiente del Colegio de San Pablo, algunas devotas de Santa Rosa de Lima. Entonces la hermosura de la santa ejercía en las almas un ansia angélica y perturbadora. En los huertecillos, ermitas de encaladas maderas guardaban su imagen, con candil encendido, durante el día y la noche. Las rosas eran el símbolo más perfecto de las sencillas criollas, y en la pila bautismal su nombre se prodigaba como una boda espiritual.

A medida que florecía en los corazones la asombrosa vida de la santa limeña, las devotas formaban legión, y repetían las mortificaciones y penitencias de la hija menor de Gaspar Flores y María de Oliva, cuyo misticismo tenía el candor de la llama y el brillo de las constelaciones de las noches americanas. No en balde era el primer fruto de santidad que daban las Indias al Señor.

Un buen día, las devotas colectaron limosnas para construir una iglesia pública y fabricar habitaciones en forma de monasterio. El milagro de amor hizo que un grupo de ellas, vestidas con el hábito dominico, se fueran a poner bajo la dirección de los preladados de ese instituto, quienes las sometieron a observar las reglas que prescribe su orden y que eran las mismas de las Rosas.

La gente criolla, que tenía por la santa de la ermita ardiente devoción, convirtió el callejón desde la Cañada al beaterio en un lugar de jubileo.

El 30 de agosto las campanas coloniales cantaban himnos a la bella virgencita y sus ondas esparcían los prodigios con que el Señor la favoreció.

La festividad de tabla pregonaba: ¡Santa Rosa de Lima! Y todas las huertas vecinas florecían a la luz que irradiaban sus cabellos.

El pueblo convertía el callejón en una feria donde se payaban a la virgen, al son de vihuela, los versos más amorosos del alma, sin faltar en las mesas de las ventas el *rosolí*, que era la bebida típica de la festividad.

Pero, a causa de tanto amor, sucedió un terrible contratiempo. Una de las congregadas en el beaterio, picada por las espinas de una nupcia terrenal, quiso abandonar su retiro voluntario, y se encontró con que el provincial de Santo Domingo había dado a su voto el valor de los solemnes. Quejóse ésta al Obispo Romero, quien entabló el proceso indagatorio para poner en claro el origen del beaterio, y no ceder al provincial los derechos de su jurisdicción. El Obispo denunció al fin a la Real Audiencia la existencia de dicho monasterio y las prácticas que en él se observaban, bajo la obediencia de los dominicos, "como abuso intolerable", y exigió a éstos que presentaran los breves del Papa y las cédulas del Rey que justificasen la fundación.

El pleito de competencia siguió por algún tiempo, hasta que el Obispo pudo declarar que los votos de las beatas eran puramente simples y que, por consiguiente, podían contraer matrimonio.

Las crónicas relatan que fueron muchas las santarrosinas que se aprovecharon de esta ocasión para santificarse en los ardores nupciales, con escándalo de los padres dominicanos que las creían endemoniadas. Las pocas que quedaron, alarmadas con estas providencias del Obispo Romero, creyéndose perseguidas por el infernal espíritu, salieron en fuga desvergonzada, entre gritos y lamentaciones, hacia el convento de Santo Domingo. Los padres las acogieron dándoles celdas, pero hasta allí las persiguió la excomunión fulminada por el Obispo si no abandonaban su refugio, y, contra el provincial, si continuaba protegiéndolas. Las devotas, atemorizadas por el castigo, abandonaron el convento dominico en busca de sus hogares, pues no podían volver a las celdas del beaterio, clausurado durante la fuga.

El año 1746, la beata Josefa de San Ignacio ocurrió al Rey solicitando licencia para erigir en monasterio de religiosas la antigua casa de oración. Después de atestiguar sus rentas, se autorizó la fundación y se trajo de la Ciudad de los Reyes, como madre priora, a Laura Rosa Flores de la Oliva, parienta de Santa Rosa, acompañada de otras dos hermanas del convento limeño.

La recepción de las monjas constituyó un día de fiesta. El marqués de la Pica las hospedó en su quinta, cerca de Santiago, y hasta allí vino, en carroza de gobierno, la Presidenta, doña Ana Viviezca de Ahumada, y las señoras oidoras, para llevarlas al convento de las monjitas de la Victoria, en la Plaza Mayor.

El 9 de noviembre de 1754, en la calle "de las monjitas" era enorme el bullebulle de los curiosos para ver de cerca a las madrecitas limeñas que iban a ser llevadas a su nuevo monasterio.

La comunidad de la Victoria salió a despedirlas en la portería, abriéndoles paso entre dos filas de hermanas, y ellas atravesaron la calzada hasta las calesas para dirigirse a la Catedral.

En el acompañamiento formaron todas las comunidades regulares, el clero y señores del venerable Cabildo. Las madres fundadoras marchaban, cubiertas por espesos velos negros que caían sobre el sayal

blanco, y daban sus manos a las madrinan, ataviadas con obscuras sayas de brocado. En torno de ellas abrían calles los oidores, resplandecientes de cruces y veneras. Caminaban, con señorial empaque, damas y señores en medio de la devoción pública, que había puesto al paso de la comitiva arcos y colgaduras. Llegaron a la iglesia, saludadas por el repique de todas las campanas de la ciudad, y subieron al presbiterio, en donde adoraron al Señor Sacramentado, mientras se entonaba el Tedéum con las antífonas y oraciones de Santa Rosa.

Después fueron conducidas al interior del monasterio. El señor Obispo entregó las llaves a la madre priora, en señal de gobierno, con lo que declaró instalada la fundación y establecida la observancia de la clausura.(5)

Las dos calles en que esquinaba la iglesia del monasterio se disputaron el nombre de las monjas Rosas, durante un largo tiempo, llamándose con el mismo nombre. Sin duda, por estar la iglesia y portería con frente a la calle atravesada de Santo Domingo, le cabía en perpetuar la fundación. Pero quiso el destino darle otro bautizo y dejó al callejón colindante con sus muros el nombre "de las Rosas", formado en el ensanche gradual hacia el poniente, a medida que la ciudad se extendía, casi al mismo tiempo que el de San Pablo.

¿Cuál había sido la inconstancia de la calle atravesada?

Al llegar a la esquina sudponiente de las Agustinas existían unos tapiales que guardaban en su interior una huerta bien plantada de árboles frutales y entre los que sobresalía un peumo cuyas raíces habíanse extendido hasta la vereda, por debajo de la muralla, dando origen a un nuevo árbol, el que con el riego abundante de las acequias pudo crecer a sus anchas durante las disputas de los vecinos. Poco a poco la callejuela fue llenándose de un aromático perfume. Las viejas que traqueteaban por la vereda solían acurrucarse a los pies del árbol, buscando su sombra, y otras se entretenían en pedir a los chiquillos mataperros que les bajasen de las ramas algunas hojitas para frotarlas entre las manos y aspirar el olor, parecido al de la menta y la melisa. Por lo demás, no había vecino en la callejuela que, llegada la estación en que el peumo empezaba a dar su fruto, no gustase entretener la boca cociendo con el paladar la deleitosa aceituna aborigen, por lo que dio en decirse de las personas en demasía charladoras "que no cocían peumo". Fue así como la gente, bajo el follaje de este árbol, que tenía siempre un sabor fresco, empezó a llamar por calle "del Peumo" (6) a la que antes hizo de su ruta el paso de las primeras Rosas de Chile.

## ALAMEDA DE LAS DELICIAS

DE ANTIQUISIMO brazo de río fue lecho. La hizo Cañada el primer bautizo español, bendecido desde la ermita de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, que fundara don Pedro de Valdivia. Era su patrona esta virgen, traída en el arzón de su caballo de batalla, para alivio de las tentaciones que en pos de su alma militaban. Dios mediante, años después, en 1554, la ermita se convirtió en casa de franciscanos, y la Cañada tomó el nombre del trájín que hacían los hijos del Seráfico Padre. Por los numerosos templos que fueron rodeando aquel espacio, en un área no mayor de quinientos metros, se dijo que estaba allí "la Ciudad de Dios". En el costado sudoriente, el Carmen de San José, y, en hilera, con pocas cuadras de intermitencia, hacia el poniente, San Juan de Dios, San Francisco, La Soledad y San Diego; por el costado norte, San Saturnino, las Claras, y, como cúspide y memoria, el santuario de la Virgen Santa Lucía.

Los padres franciscanos construyeron un puentecito de cal y ladrillo sobre la pantanosa Cañada, mitad caja de río y basural, para pasar a la puerta de su convento. Luego empezó el pueblo a merodear, atraído por el matutino chocolate de las monjas clarisas y la rica olla de lentejas de los franciscanos. La cristiandad retribuía con cestitos de gallinas y huevos su amistoso fervor.

Cuando el siglo XVIII asomó su cara ceremoniosa, la Cañada dibujaba a lo vivo un retablo lugareño. La cordillera se veía tan cerca como si la mirasen con vidrio de aumento. El cequión de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, que venía ancho y desparramado frente a San Francisco, se dividía en dos pequeños brazos de agua que lamían las raíces rosadas de los acacios y las verdes cabelleras de los sauces. En ambas acequias se bañaban los chiquillos, y cuando pasaban señoras se escondían tras los troncos de los árboles o enturbiaban el agua. Los caballos y tropillas de burros, que traficaban para San Diego el Viejo, se detenían también a refrescarse en sus orillas.

Los herradores y barberos situaban sus bancos a lo largo de la

Cañada. El comercio de puesteros tenía la tutela seráfica de nuestro padre San Francisco.

En el verano, hileras de calesas permanecían por largas horas bajo los árboles, dando descanso a sus lustrosas mulas choapinas.

En la segunda mitad del siglo, la Cañada se extendía hacia el poniente hasta la plazuela de San Lázaro, y desde allí tomó el nombre de Cañada de Saravia por las quintas que, cerca de la ermita de San Miguel, poseían los marqueses de la Pica Bravo de Saravia.

El matadero quedaba en esos andurriales. Una mañana de diciembre se les escapó un bravo novillo de Chada a los matanceros de San Miguel. Siguió en desenfundada carrera hasta el camino de San Diego el Viejo, en medio del alboroto de los pacíficos vecinos de las quintas y predios cercanos, y, cegado por el revoque rojo del templo franciscano, se lanzó sobre el portón, abierto de par en par. Se celebraba una misa de festividad. El novillo no se detuvo en su fiero ímpetu al trasponer los umbrales y penetró en el interior del sagrado recinto durante el oficio divino, provocando entre los fieles una batahola de gritos y carreras. En la penumbra de las naves el animal se sintió acorralado y trató de buscar salida en dirección al altar mayor. Los padres oficiantes, aterrorizados, se encaramaron en el ara misma del altar, con albas y casullas, echando a rodar por el suelo candelabros y floreros. ¡Qué lejos estaban del evangelio del pobrecito de Asís!

Algunos encopetados señorones, que oían la misa con suma devoción, contemplaban desde el púlpito con ojos desorbitados aquel campo de Agramante, y no faltaban otros que, refugiados en los confesionarios, pareciesen toreros novicios ante la primera embestida. Las señoras que en el tumulto no habían alcanzado a arrancar, yacían desmayadas en bancos y reclinatorios.

El repique de peligro puso en conmoción a la ciudad, y acudieron numerosos soldados y mulatos a prestar socorro a los feligreses. No faltó entre ellos un buen laceador que al fin diera con el novillo, arrastrándolo fuera del templo, donde dejó la mácula de sus huellas y el regocijo de fieles y hermanos menores.

Al prender sus camaretas el siglo XIX, la vieja Cañada franciscana entonó un himno de rebelión a lo largo de sus cruces y oratorios. Desde el Alto del Molino de Araya hasta Chuchunco (junta de aguas) había rumores de vientos patrios y tintineos de sables. Era la hora en que iba a sonar para la Cañada española su grito de emancipación y a perder su aspecto de cascajal.

El mayorazgo O'Higgins, que había cruzado con las pupilas inquietas, bajo sus añosos sauces, en dirección del camino de Padura, después del desastre de Rancagua, regresaba ahora de los Llanos de Maipo entre toques de rebato y gloria. Los claustros de San Diego estaban repletos de prisioneros de Burgos e iba a imponerles su indemnización de guerra. El ilustre capitán ya no enarbolaba su espada en la mano liberadora, sino una pluma con la que trazó, sobre una tira de papel, varios puntos de tinta

que delinearón la actual Alameda Bernardo O'Higgins(7) y que costó a los prisioneros dos años de agrio sudor, aunque tuvieron para refrescarse las sombras apacibles de las quintas contiguas al paseo, y que ellos llamaron "de sus delicias" por las muchas que les reportó su cautiverio.(8)

La Alameda, al comienzo de la República, empieza a ser la arteria principal de Santiago. En 1829 se prolongaba hasta el Llano de Portales, donde hacían sus diarios ejercicios de práctica en el terreno los deshechos batallones de la Patria Nueva. Cuatro hileras de los álamos que en 1809 introdujera al país el provincial franciscano Javier Guzmán, crecían a gran altura, formando canales de cielo azul en el espacio. Entre las filas de árboles corrían pequeñas acequias de agua muy clara en contacto con sus raíces. Al centro quedaba el paseo, mantenido por una gruesa capa de arena que se barría y regaba dos veces al día en el verano. La Alameda era interrumpida por dos espacios circulares que llamaban "los óvalos" y que servían para dar paso a los carruajes y caballerías que iban al Llano de Maipú, y evitar su tráfico por la calzada central. En las tardes, las bandas de músicos tocaban en "los óvalos" y los paseantes formaban filas, como en el estrado, para saludarse y conversar. El lujo de la Alameda eran sus grandes bancos de piedra pulida, labrados en forma de lechos griegos, y donde las damas, al bajar de sus calesas, descansaban y se hacían servir refrescos de los cafés vecinos. La gente de a caballo quedaba a la expectativa, por los caminos fuera del paseo, y muchos se divertían en tintinear con las rodajas de plata de sus espuelas para atraer sonrisas de las buenas mozas.

Un extranjero dijo después en sus memorias que en la Cañada había visto "las mujeres más hermosas del mundo".(9)

Los muchachos ya no jugaban a la chueca colonial, pero, en cambio, colocaban sobre la corriente de las acequias dos astillas de madera y apostaban pequeñas sumas a quién ganaba la carrera, y corrían por ambas orillas, siguiendo con emoción los percances de los improvisados caballitos de agua.

En la Alameda las reuniones sociales se verificaban en la mañana, después de misa, y en la tarde, después de la novena. Por entre los árboles los novios bebían los libres aires de la República y las luces del hogar chileno. Al frente, en casa de corredores, los cafés de mesitas y asientos tenían música y canto, y hasta improvisadores que hacían sátiras sobre caudillos y generales, priores y abadesas. En el costado sur quedaban las casas de grandes parrales, bajo cuyas verdes hojas celebraban "los picholeos" y jaranas los mozos santiaguinos, y sus meriendas las personas graves que no podían ir al parral de Gómez o a las sombras de las higueras del Tuerto Trujillo.

En esas quintas de la calle Duarte,(10) a un paso de la Alameda, estaban los mejores rabelistas, arpistas y cantoras de tonadas y zambas nacionales.

Las delicias se iban acollarando por un extraño destino, desde que

encontraron allí los prisioneros de Maipo un alivio para sus trabajos forzados, hasta los tiempos en que el romanticismo exaltó las pasiones de los hombres y convirtió el paseo en un camino de glorias y experiencias.(11)

Su prestigio legendario suele recobrarlo en noches de Pascua y de Año Nuevo, cuando se transforma en una cinta de fiesta con sus puestos y ramadas, fondas y ventorrillos, en los mismos sitios donde antiguo lo establecieron las ordenanzas para las chinganas "desde la esquina abajo de la Moneda hasta el Colegio de San Agustín".

Y es en esta fascinante miscelánea de los escaparates llenos de alfarería liliputiense, de los vasos blancos de horchata "con malicia", de los ramitos de albahaca, suspirosos y tiernos, de la música de "guaraguas" y el viento tricolor, donde la vieja Cañada de San Francisco desvía a la Alameda de las Delicias para tornar al regazo encantado que la vio nacer.

## CALLE DE LA BANDERA

ESPERABA su comercio a la República para prosperar. Sólo se oían toques de campanas y redobles de tambores. Los portones de las casas veíanse cerrados a machote. En el Palacio de la Aduana, donde habitara el capitán San Bruno, estaban patentes los vestigios del saqueo, como en el cuartel de los Talaveras, vecino a la Catedral. Las persecuciones de realistas continuaban con más ahínco que nunca, y por la calle “atravesada de la Compañía”, nombre que se le daba al antiguo callejón del “Licenciado Morales de Albornoz”, pasaban a toda hora del día tropas en dirección al camino de Valparaíso y de San Diego el Viejo.

El antiguo cabildante don Pedro Chacón y Morales(12) era uno de esos honorables comerciantes perseguidos en el régimen pasado y que clamaban por el advenimiento de un mundo mejor, en el que hubiesen menos alcabalas y almojarifazgos, y más libertad de comercio con el extranjero. Su tienda, situada en esta calle, esquina con la de los Huérfanos, estaba atestada de ruanes, bretañas, hilos de oro y plata, creas, choletas, zangaletas, y una infinidad de artículos de procedencia francesa que, por la pobreza general, nadie compraba.

El nuevo estado de cosas prometía una vida nacional más activa y con menos trabas que el régimen fenecido; pero don Pedro sólo veía pasar las horas tras el mesón de la tienda, amodorrado y triste. Las antiguas parroquianas godas, que gastaban calesa en su puerta, habían desaparecido, y las nuevas parroquianas patriotas querían que les dieran las cosas de balde.

Al atardecer salía a la puerta a inquirir noticias de la situación con las personas conocidas que pasaban por el frente:

—¿Cómo marchan los pedidos, mi señor don Pedro?

—¿Cómo? ¿cómo? —respondía, sorprendido con la pregunta—. Muy mal, muy mal. Nadie compra. Ni un peso chivateado entra en el cajón.

—¿Y qué piensa?

—¡Que así no se hace Patria! Oigalo bien. ¡Así no se hace Patria! Hay

qué comprar, mi señor. Hay que hacer sonar la plata, sacarla de los chivos donde está enterrada, y que tintinee como las espuelas, y que corra..., que vuelva otra vez la confianza... Continúa tengo entre cejas una gran idea, que con el favor de Dios...

Y nadie le sacaba a don Pedro una palabra más. Con su cara bonachona y despreocupada, inducía a los transeúntes a esperar la gran idea salvadora, que cada día abultaba su cuerpazo, metido en una camisa con valonillas muy ajadas.

¿Cuál sería la gran idea de don Pedro para mejorar los tiempos?, se preguntaban sus amigos unos a otros. Y se les figuraba verlo en las Cajas, de Ministro de Hacienda.

—¡Vaya! Al fin será el hombre que el país necesita. Prudente y patriota. Por ejemplo, ahora en su tienda no fía a nadie un centavo de las mercaderías que guarda en la bodega.

Don Pedro con su gran idea, que aún no salía a luz, era ya un monumento.

En la calle atravesada de la Compañía la vida continuaba siempre igual, y sólo la campanita angustiosa de las Capuchinas irrumpía en el silencio de medianoche, clamando a los devotos de su Niño Dios por una limosna.

Don Pedro, durante su paseo matinal hasta las barandas del Puente, iba y volvía por la misma calle. Entraba a orar en la iglesia de las Capuchinas, que se levantaba en la esquina poniente de las Rosas. En la plazoleta destartalada, en un rincón de malvaviscos, se veía en una urna de madera la escultura del Señor atado a la columna. Sacaba el comerciante de la faltriquera un velón de sebo que colocaba en el farol que pendía de su techo y lo encendía piadoso. Luego, se acercaba a la puerta del monasterio, depositaba un puñado de moneditas en la alcancía, santiguábase y seguía su camino en dirección a la tienda. Al atravesar la calle de la Catedral, se detenía en la imagen que escuda sus puertas traseras, y, frente a la hornacina del Cristo exangüe, se arrodillaba otra vez a suplicar con corazón de hidalgo. Los labios repetían los versos grabados en la piedra:

*Tú que pasas, miramé,  
cuenta si puedes mis llagas.  
¡Ay!, hijo, qué mal me pagas  
la sangre que derramé.*

Instalado otra vez en el mesón de su tienda, misiá Conchita, su mujer, le llevaba un tazón de chocolate con mucha espuma.

La vida de don Pedro no suponía otros contratiempos que la falta de clientela. Sin embargo, ¿qué comerciante verdadero en esas largas esperas no medita un negocio para salir del cacho? En el fondo de la bodega tenía varias partidas de género de lanilla azul, blanco y encarnado, que importara de la Península para las fiestas de carnestolendas, y don Pedro

esperaba el momento de sacarles mejor precio. Era necesario recuperar lo perdido, porque sin vender no se hacía Patria, y allí estaba esa preciosa mercadería que podría servir para la confección de la nueva bandera nacional. Leía, en un número atrasado de la *Gaceta*, que ya había “acuerdo en el Supremo Gobierno sobre un sello y pabellón especial que abatía los leones y castillos de España”. Pero ¿cuál iba a ser su diseño? Don Pedro andaba en busca de aquel secreto de Estado. Había un desconcierto en la confección de la bandera, pues cada vecino la hacía a su gusto y modo en la distribución de los colores de las franjas, y en los cuarteles que mejor les acomodaban ponían el sol de mayo o la estrella de Chile.

Se recordaba que la bandera de la Patria Vieja, ideada por los Carrera, tenía tres franjas horizontales: azul, blanco y amarillo, y que la bandera, llamada de transición, que se enarbó después del triunfo de Chacabuco, cambió el color amarillo por el rojo.

“Así se hace Patria—meditaba don Pedro, restregándose las manos—. Ni una pieza de género encarnado queda en la ciudad, por más que se le busque con cabo de vela. Y, por lo que me dijo mi amigo Zenteno, este color va a predominar sobre el amarillo. ¡Como el pañuelo de la Panchita al bailar la zamba resbalosa!”

El año 1818 se juró al fin la nueva bandera nacional con fiestas en las que participaron los quince gremios de artesanos de la ciudad y la maestranza, compuestos de quinientos ochenta hombres, los que representaron danzas y pantomimas, vestidos con variedad de formas, pero con uniformidad para guardar consonancia con el pabellón. Había gorros rojos, camisas blancas y pantalones de mezclilla azul, casi toda la existencia de la tienda de don Pedro, realizada en pequeñas partidas.

Al año siguiente se le quiso dar mayor magnitud al aniversario de la gloriosa revolución de Chile, pero hubo que enfrentarse a un problema inesperado: la capital no tenía banderas, pues la penuria de las arcas fiscales había hecho imposible la importación de lanillas para su confección. Las banderas del Estado no pasaban de seis, y con ellas andaban el Ejército del Sur y los Libertadores del Perú. Se tuvo entonces que pedir prestadas al Gobernador de Valparaíso, por orden del Ministro de Guerra, dos banderas de las mejores que allí hubiera para que se enarbolasen con tiempo en la Plaza de Armas, y asegurar que serían devueltas el mismo día, después de la función.

Aquí fue donde empezó a actuar el ingenio de don Pedro Chacón. Algunos días pasados, antes que el sol saliese, abrió su tienda, sobre cuyo portón, donde estuvo el labrado escudo de piedra, colocó un asta de largas dimensiones. Y, cuando los rayos solares asomaban en los picachos andinos, izó una gran bandera nacional, como no la tenía el Gobierno ni ningún ciudadano de los contornos. El pabellón, con la fuerte brisa mañanera, se desplegó en airoso batir, y aparecieron laminados de polvillo de oro el azul turquí, el lacre punzó de la China y el raso blanco de las novias.

La bandera atrajo la curiosidad de los vecinos, quienes se apiñaron, frente a la tienda, a contemplar aquel nuevo espécimen, donde brillaba una estrella de pura plata, como bordada con el hilo de los mantos de vírgenes.

Así, con el ir y venir de las gentes, empezó a cobrar vida y movimiento el comercio de la calle, protegido con el flamear constante del sagrado emblema. Nuevos propietarios de tiendas y pulperías se acercaron en torno, tentados por la prosperidad del negocio de don Pedro, a quien su situación llevó a ocupar el cargo de diputado.

La superstición le hizo mantener por varios años, en su asta improvisada, la ya desteñida bandera del año 19, y las damas favorecidas con la adquisición de las ricas telas, al ser interpeladas por el lugar de su procedencia, respondían: "La compré en la Bandera, hijita". Y así, el nombre se extendió primero a las inmediaciones de la tienda y más tarde a toda la calle, que conserva desde esos años su apelativo de "calle de la Bandera".(13)

# CAÑADA DE GARCIA DE CACERES

CUANDO gobernaba Pedro de Villagra, deslindaba la ciudad por el poniente con la chacara del capitán don Diego García de Cáceres. Este ilustre vecino formaba en la falange de los conquistadores que, con Pedro de Valdivia, vinieron a servir al Rey "a su costa" en la pacificación y población del país. Los repartimientos de indios y los terrenos cultivables eran las pagas inmediatas que recibían; pero más de alguno hubo que se posesionó de terrenos ajenos por no estimarse bien remunerado, como le sucedió a García de Cáceres. En el pleito que tuvo con el Cabildo, en el año 1553, se comprobó al capitán haber invadido los términos de la ciudad, por lo que se le notificó para que devolviese el terreno que indebidamente poseía.

Delante de esa chacara se formó una avenida de media cuadra de anchura, que luego fue conocida por la Cañada de García de Cáceres. Esta principiaba en el río, en un punto denominado los Tambillos del Inca, (14) y seguía hacia el sur, un poco inclinada con respecto a las demás calles vecinales, sin encontrarse con la Cañada de San Lázaro, que servía de límite austral de la ciudad. Las casas de la chacara estaban situadas entre las actuales calles de la Catedral y de la Compañía, más próximas a la primera.

La Cañada de García de Cáceres tuvo sus toques de rebato por el año 1565. Jerónimo Costilla penetró a la capital haciendo gala de los poderes que traía para reemplazar al Gobernador Pedro de Villagra. Frente a la chacara hizo su campo de guerra, colocándose en medio del escuadrón con el estandarte real tendido, mientras ordenaba encender las mechas de los arcabuces y poner su artillería adelante con sus corredores a caballo. No embargante tanto despliegue, nada sucedió. Villagra, mucho más celoso del respeto a Su Majestad, no quiso salir a su encuentro y lo dejó libre penetrar con las nuevas a la ciudad por la que es hoy calle de la Compañía, hasta la casa de don Rodrigo de Quiroga, a quien iba a entronizar en el Gobierno.

El capitán don Diego García de Cáceres se casó con doña María

Osorio, y su hija, doña Isabel Osorio de Cáceres, fue la esposa del general Ramirriñez de Saravia, ilustre abuelo de los marqueses de la Pica, por lo que sus posesiones se conocen en 1630 con el nombre de Cañada de Saravia.

En el plano de los jesuitas del año 1780, figura la población extendida hasta San Miguel, señalándose un "casino" en la ciudad de Dios que ellos mismos llamaban "Roma de las Indias". Pero, en realidad, era una lechería, que tal nombre dan los italianos a las fábricas de quesos, y que en Francia se ha adaptado para designar lugares de diversión. Vicuña Mackenna explica esta curiosidad diciendo que el jesuita italiano que levantó el plano debió ser gran amigo del marqués de la Pica, pues no sólo señaló entre sus posesiones la lechería, sino también su casa, en la parte alta de la calle de la Catedral, entre las atravesadas de los Teatinos y de la Bandera.

La antigua Cañada de García de Cáceres, con un nombre en cada siglo, se denominó, en el barrio que fue de Portales, calle "de la acequia de Negrete", hasta parar en la que, con escasos vestigios, es la moderna Avenida Brasil.

Desde los años de su formación data la calle "del Colegio", cuyo nombre se debió a un establecimiento que, en la esquina nororiente con la Alameda, tuvieron los frailes agustinos, destinado al noviciado de los religiosos de su orden en Chile. Durante los tres siglos de existencia del Colegio, 1660-1899, se quiso realizar en sus aulas el ideal de la Universidad Pontificia.(15)

El nombre de la calle del Sauce, más al oriente, que hoy lleva el de Riquelme, se debió a un hermoso sauce que crecía en la esquina poniente con la Alameda de las Delicias. Era calle de acequia, por lo que no le fue difícil encontrar un remanso para sus copudas ramas. Los capataces, arrieros y vendedores ambulantes que transitaban por esos bajos parabanse a la vera de la calle en busca de la apacible sombra. Al rumor alegre de la acequia, que corría sobre guijarros, cuchareaban el mote con huesillos o los helados de canela, y la calle tomaba el nombre de su sauce llorón, por entre cuyas ramas se escuchaba, en el verano, el canto épico del cuerno.

## CALLE DE LA CATEDRAL

AL principio, la Iglesia Mayor se hizo de carrizos y adobes, pero después, como los caudales crecieron y los ánimos también se ensancharon, compartió las bonanzas del humilde reino para convertirse en un suntuoso templo de tres naves, construidas con piedra de sillería. La Catedral ocupaba el costado occidental de la Plaza de Armas, y su pórtico enfrentaba al norte, en la calle derecha llamada "de Bartolomé Flores", en recuerdo del pechero y soldado alemán que acompañó a Valdivia en la conquista. Esta calle, que comenzaba en la plaza, se extendía cinco cuadras hacia el poniente, terminando en la parroquia rural de Santa Ana. En 1580, apenas se recordaba allí el nombre del abuelo de la Quintrala, pues el templo, que edificara con limosnas don García Hurtado de Mendoza, se alzaba con su vistosa arquería de piedra blanca, sin que otro en las Indias le igualara, dando a la calle su nombre grandilocuente "de la Catedral".

No estaba aún terminada la iglesia cuando sobrevino el terremoto del año 1647 que asoló a Santiago, arruinando "obra tan prima" y de tan magnífica fábrica. Sin embargo, después de un tiempo en que se despejaron los escombros, la misa floreció de nuevo en las derruidas naves de la Casa de Dios, oyéndola los feligreses desde la plaza y calle contigua, y en el momento de la elevación, la hostia blanca surgía de entre las ruinas, como mística siempre viva que llevaba la esperanza y la fe a los corazones afligidos.

En el año 1748 se empezaron de nuevo los trabajos, bajo el gobierno de Ortiz de Rozas, en el mismo local, pero bajo un plan distinto, pues la Catedral ya no daría su frente a la calle de su nombre, sino a la Plaza del Rey, tomando, para su mayor extensión, el solar situado en la esquina de la atravesada, que pertenecía a los bravos caballeros de Bascuñán y Pineda, y donde anteriormente estaba situado el cementerio parroquial.

El Obispo González Marmolejo puso la primera piedra de esta iglesia en julio 1.º de 1748, y dio para su fundación 43.000 pesos. Incendiada el 29 de diciembre de 1769, los trabajos de reconstrucción los continuó once

años después el Obispo Alday, a los que contribuyó con doscientos mil pesos. Celebró "su colocación" estando aún la fábrica incompleta. Se había hecho cargo de la obra el célebre arquitecto Toesca, quien concluyó la antigua fachada copiando el plano de la iglesia de San Juan de Letrán; pero la construcción del templo continuó aún por algunos años más, con largas intermitencias, hasta 1830, en que quedó concluida, con excepción del frontispicio. En tanto, algo curioso pasaba en esta fábrica, permanentemente inconclusa: el pueblo divulgaba la superstición de que la Catedral no podía ser terminada jamás. A comienzos de este siglo, el Obispo Casanova quiso darle un aspecto definitivo, cubriendo la piedra patinada por las edades con la banal arquitectura de la nueva época; sin embargo, no está lejano el día en que vuelva a surgir la línea eterna con que antaño fue construida, para mayor gloria de Dios y regocijo de la cristiandad, y una vez más se cumpliría la tradición...

Don Antonio Ramos, que vive en la esquina con la calle del Puente, me conduce del brazo en peregrinación de recuerdos. Es un señor muy perejil, y cuentan de él que, en el año 1850, todavía usaba chape largo, pantalón corto, zapatos con hebilla de plata y capa color de aceituna. No se resignaba a los tiempos del pipiolismo.

Don Antonio se ha puesto solemnísimo:

—Vamos, niño, no me arrastres los tacos; que aún para algo servimos los viejos que no hemos llegado a verdes.

Y me ha conducido, abriendo el ceremonioso compás de las zancas, calle abajo, parándose aquí, gesticulando con los brazos allá, persignándose acullá, y, casi siempre, elevando los ojos hacia el cielo para gimotear contra una juventud que ya no respeta nada y que acabará por destruir las cosas más santas.

—Esta calle debía haberse llamado "de los colegios", pues fueron varios los que sentaron sus reales por estos sitios.

Nos hemos detenido en la esquina de la Bandera; su vista hacia el Congreso y los jardines que dan a la calle de la Catedral.

—No hace muchos años, una friolera de setenta nada menos (cualquier muchacho de mi tiempo tiene hoy día noventa), cuando quedaba un resto del edificio de los jesuitas, existía aquí un patio que se llamaba el Aula de la Gramática, y que era como una escuela de las primeras letras a la que asistían los niños de la nobleza. Ese patio tenía una puerta baja hacia la calle, semejante a la de las cocheras, y en él se alojó el Batallón de Talaveras durante los años trágicos de la Reconquista, en que lo capitaneó San Bruno.

"Si la memoria no me acompaña del todo mal, fue a mi señor padre a quien le tocó presenciar una escena soez en los momentos en que pasaba una dama de muchas campanillas por la puerta del cuartel. El sargento talavera le gritó desde adentro, entre las risotadas de sus compañeros: "¡Insurgenta! ¡No te tragara el diablo y te viniera a vomitar a mi cuadra!" Pero también me refería mi padre que un capitán de Dragones le contó que, habiendo ido a vender cuando niño manzanas en un canasto a la

puerta del cuartel, le arrebató un tambor una fruta, amenazándolo con cortarle la cabeza si reclamaba; visto por un superior, fue obligado a pasearse durante una hora con su caja a la espalda, a lo largo de la cuadra, en castigo de su rapacidad.

—¡Vaya, no parece un talavera de San Bruno el que estaba ese día de jefe de la guardia!

—¡Cosas del destino, porque esos demonios hasta hoy día no dejan de molestar!

—¿Cómo así?

—¡Ese sitio está infectado! Yo era niño. No tendría diez años y me educaba en el viejo instituto que estuvo instalado en estos mismos salones. Era condiscípulo mío, pero de más edad, por supuesto, don Diego Barros Arana. Veá, pues, en nuestras jugarretas del recreo un día se nos ocurrió abrir un cuarto semiescondido en la casona, y que parecía haber permanecido cerrado una porción de años. Tiramos del mohoso candado, y al penetrar, cuál sería nuestro asombro al descubrir una cantidad de morriones, bandas y demás paramentos que habían pertenecido a los Talaveras. Felices con el hallazgo, en un santiamén nos repartimos los aborrecidos uniformes para formar un escuadrón. Yo, como era el más pequeño, elegí un morrión de dos cuartas de alto, lleno de polvo, pero nunca lo hubiera hecho... ¡Cómo quedé, hijo mío! ¡Cubierto de piojos! Y así todos los compañeros que tuvieron la humorada de vestirse de talaveras.

”En otra de esas salas funcionó también una escuela de primeras letras, dirigida por un mocho mercedario que no le iba en zaga a su augusta patrona en lo de dar cordonazos. Y para confirmar que esta calle debió haberse llamado “de los colegios”, no hay más que mirar la acera del frente, hacia la casa de don Agustín Edwards. Allí estuvo el de Zapata, que tenía por costumbre poner en la puerta del zaguán una lista de “los locos” que educaba. ¡Cómo serían esos zanguangos!

Vamos a llegar a la esquina con Amunátegui. Don Antonio se ha detenido para contemplar la vieja casona del general don Juan Francisco Gana, que destaca sobre la esquina sudponiente, con soberbioso gesto, su pilar de piedra.

—¡Esquina del Peumo! —susurra don Antonio, llevado por un recuerdo de vieja cortesía—. ¡La casa de misía Rosarito! ¡Las primeras cuadrillas bailadas en la juventud! ¡Cómo ha pasado el tiempo en que les agradaba a las mujeres cuando uno las sacaba a bailar! Decían que yo las llevaba muy bien... Dolorcitas, ¡qué lejos estás de mis pisotones! Estoy desvariando, niño... Esta memoria..., ¿qué íbamos hablando? Ya recuerdo: aquí estuvo, hasta la Independencia, el Colegio de San Carlos, donde se educó mi padre; el “Colegio Colorado”, como lo llamaban por el uniforme. Diz que por primera vez se dio aquí a los nobles una educación científica. Se abrieron clases para la enseñanza de latín, filosofía, teología y jurisprudencia; y que de sus aulas salieron esos tres

mosqueteros que se llamaron José Miguel Carrera, Manuel Rodríguez y Diego Portales.(16)

“Y vea, amiguito, si no tengo razón que esta calle debió llamarse “de los colegios”: mire hacia allá, en la casa de la derecha, al llegar a la esquina del Sauce: allí tenían su colegio las beatas Mardones, que enseñaron a leer a los “Ochocientos” (apodo que los Carrera pusieron a los Larraín), con lo cual las pobres tuvieron para irse calzadas al cielo. Y de remate, Bello, el gran don Andrés, que hasta hoy día enseña para claridad de la gramática, vivió sus últimos años en esta calle, en el número 100, frente a la casa de Matte, el padre de don Domingo.

El sol deja en las techumbres su rayo dorado. Por el balcón alto de la casa de misiá Rosarito unas manos apresuradas cogen las jaulitas de los pájaros, llevándolas al interior. La calle se llena de sombras. Hemos caminado hasta la plazoleta de Santa Ana. La vieja y amazotada torre se levanta formidable bajo un cielo límpido y verdoso. Es una hora de añeja sugestión para don Antonio Ramos. Se ha sentado en el borde de la pileta a sorber con largura una narigada de rapé. Sus ojos reviven en una ronda de niños.

Pasa una mujer de manto con unas flores que va a depositar en la hornacina de la Virgen Inmaculada.

Un lejano resplandor aún mancha la cúpula de la Catedral.

## CALLE DEL CARMEN

LA CASONA achaparrada del capitán Francisco de Bardesi echaba su esquina sobre la Cañada de San Francisco, como atalaya de un fortín. Estaba situada frente al molino que Araya poseía en la parte sur del Cerro Santa Lucía, y sin otras pretensiones guerreras que la de guardar el reposo del viejo soldado, el caserón dormitaba con sus huertas, ungido de aire vetusto y solemne.

Don Francisco era casado con una santa señora llamada Bernabela de Hermúa, la que para mejor expurgar sus pecadillos trabó amistad con fray Juan de la Concepción, carmelita descalzo, venido de Buenos Aires en busca de limosnas para la orden. No tardó fray Juan en hacerse hombre indispensable en la tertulia del capitán Bardesi, y, como era de carácter vivo y emprendedor, captóse su simpatía para llevar a cabo en esta tierra, tan propicia para las glorias de Dios, la fundación de un monasterio de la orden de Santa Teresa. Don Francisco no anduvo muy lerdo en congratularse con el Señor, pues los años pesaban demasiado sobre sus espaldas; y, al poco tiempo, le hizo a fray Juan una donación de su casa y sitio para dicha fundación.

Esto pasaba en el año de gracia de 1681.

Fray Juan, que tenía fama de andariego como un árabe, mientras se obtenía del Rey la licencia, marchóse al Perú en busca de nuevas limosnas y dejó a cargo de Bardesi la construcción del monasterio en el mismo sitio donde tuviera su solar. En Guamanga estaba cuando supo la nueva de que el Rey había despachado la licencia para la fundación, y, sin perder tiempo, regresó a Chile, trayendo en sus bolsas no menos de 24.000 pesos entre limosnas de alhajas y dinero.

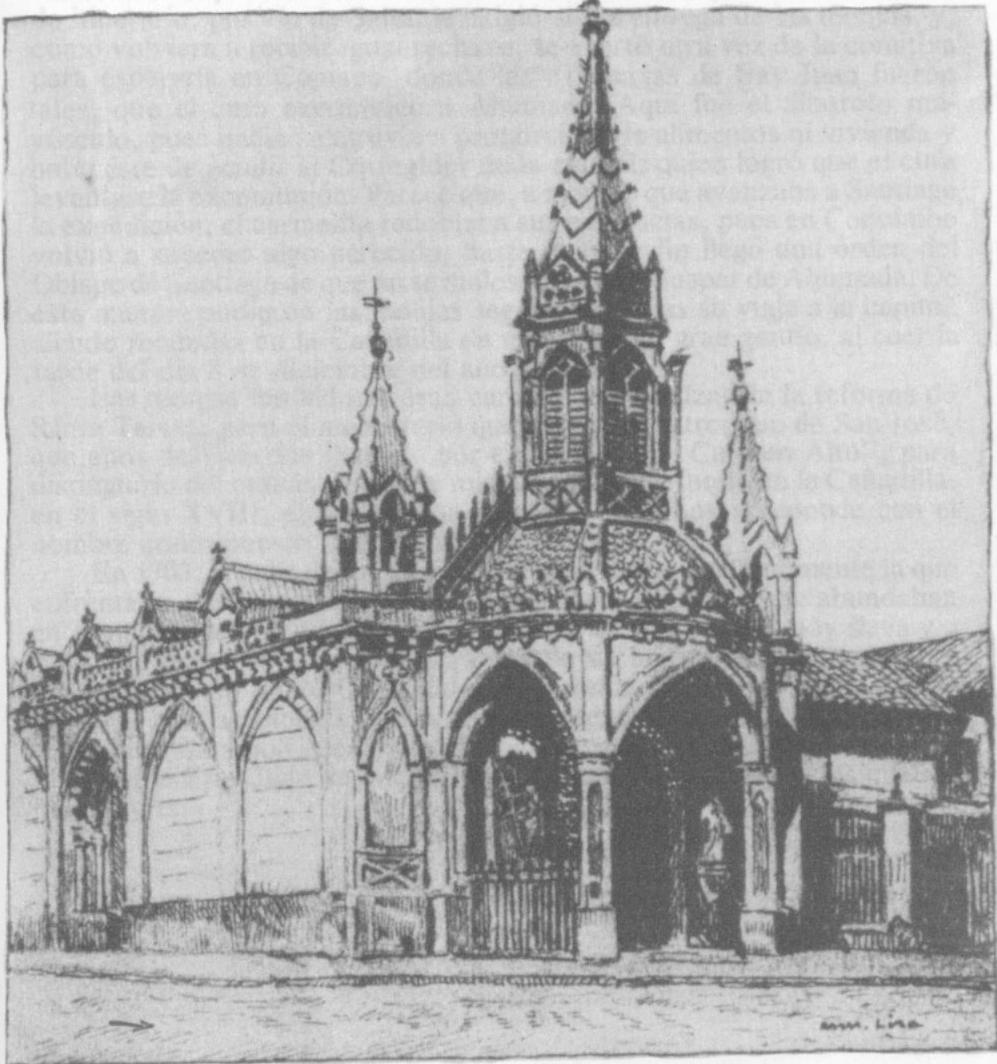
¡A fray Juan de la Concepción no había quién le ganara en argucias en el arte de limosnear, ni corretaje donde no atrapase sus pesos de buena plata macuquina para el convento! Se cuenta del carmelita que en ese tiempo había en vano reclamado de un legado que le dejó un paisano suyo, el capitán Francisco de Pastene, socio este de otro portugués que fue abogado, clérigo y médico, don Francisco López Caguinca, y cuya

fortuna, acumulada por ambos, no bajaba de un millón. Fray Juan alegó en la causa que al morir el capitán le había hecho señas con los dedos de dejarle cinco mil pesos para el monasterio, pero los Tribunales no dieron lugar a la abigarrada petición, pues, como se ve, también en esas épocas milagrosas los jueces no entendían de testamentos por señales.

Estaban ya casi terminadas las obras de la nueva fundación y obtenido el permiso del Obispo y la Real Audiencia, cuando fray Juan emprendió viaje a la ciudad de Chuquisaca, por tener noticias de que en ésa existía un monasterio de carmelitas, y del cual pensaba traer las madres fundadoras para el de Santiago. Allí, ante el Arzobispo de esa diócesis, gestionó que se permitiera venir a las carmelitas necesarias, y fueron destinadas para la fundación la madre Francisca Teresa del Niño Jesús, como priora, y la madre Violante, como maestra de novicias; fray Juan recibió el título de confesor de ambas.

Sucedió que, hallándose de paso en aquella ciudad el Corregidor de Santiago, don Gaspar de Ahumada, (17) el Arzobispo le confió el cuidado de las madres, para lo cual el magnate chileno se ofreció costear el viaje de su propia cuenta, nombrándoles además un nuevo capellán, fray Antonio de Céspedes. Fray Juan, al saber el nombramiento de Ahumada, puso el grito en el cielo, por no ser bien visto que un particular fuera a cargo de las religiosas y no un fraile de la misma orden, cual lo era él. Vino entonces una serie de notas en las que el Arzobispo, para calmar la impetuosidad del resentido carmelita, le expuso varias razones, haciéndole ver que, en la disposición del viaje, don Gaspar de Ahumada sólo tenía aquella parte concerniente a lo temporal; "en cambio —decía—, puede Su Paternidad dedicarse a la obediencia espiritual de las Madres y ver el premio de su trabajo logrado, la casa en perfección y colmo de virtudes, y, por fin, la intercesión de Nuestra Santa Madre Teresa, que solicitará para después, en la bienaventuranza, las felicidades eternas en los reinos del cielo". No le agradaron mucho a fray Juan las razones del Arzobispo Bartolomé y, lejos de calmarle, le dieron alas para hacer formal renuncia de su cargo de capellán y confesor. Quería ser el conductor de las monjas sin entrometimientos de nadie, pues para algo era el fundador del monasterio. Tales debieron haber sido los arranques revoltosos de fray Juan, que el Arzobispo lo conminó con tono paternal a la pena de excomunión mayor *ipso facto incurrenda* si no le obedecía en acompañar a las madres fundadoras. No le quedó, pues, al malparado carmelita otra cosa que partir cuanto antes por vía de Potosí y de Atacama; pero fray Juan nunca se pudo conformar de que sus hermanas de religión no estuvieran subyugadas bajo su paternidad, y así fue que, por quitamé allá estas pajas, durante el camino a Santiago le venía haciendo exigencias tenaces a don Gaspar para que le entregara a las reverendas madres. En Potosí se disgustó con el capellán Céspedes, a consecuencia de la posesión de una mula, por lo que éste se volvió a Chuquisaca. Sin embargo, en Lipes, fray Antonio alcanzó de nuevo a la expedición, con lo que el enojo del capellán fundador se hizo más enconado, apartándose

por cerca de dos meses. Cuando Alvarado salió con su gente a Atacama, vio de nuevo aparecer la sombra del carnaval. Este, que había cambiado



Iglesia del monasterio del Carmen Alto de San Francisco.

por cerca de dos meses. Cuando Ahumada llegó con su gente a Atacama, vio de nuevo aparecer la sombra del carmelita. Este, que había cambiado de itinerario, por vía de Salta, le exigió allí la entrega de las monjas, y, como volviera a recibir igual rechazo, se apartó otra vez de la comitiva para esperarla en Copiapó, donde las exigencias de fray Juan fueron tales, que el cura excomulgó a Ahumada. Aquí fue el alboroto mayúsculo, pues nadie se atrevió a proporcionarle alimentos ni vivienda y hubo éste de acudir al Corregidor de la ciudad, quien logró que el cura levantase la excomunión. Parece que, a medida que avanzaba a Santiago la expedición, el carmelita redoblaba sus exigencias, pues en Coquimbo volvió a suceder algo parecido, hasta que por fin llegó una orden del Obispo de Santiago de que no se molestase a don Gaspar de Ahumada. De esta manera pudieron las monjas seguir tranquilas su viaje a la capital, siendo recibidas en la Cañadilla en medio de un gran gentío, al caer la tarde del día 8 de diciembre del año 1689.

Las monjas fundadoras eran carmelitas descalzas de la reforma de Santa Teresa, pero el monasterio quedó bajo el patrocinio de San José, que años después fue llamado por el pueblo "del Carmen Alto", para distinguirlo del monasterio de la misma orden que fundó en la Cañadilla, en el siglo XVIII, el Corregidor Zañartu y que hoy se conoce con el nombre contrapuesto "del Carmen Bajo".

En 1703, la calle de los Perros, como se llamaba comúnmente la que enfrentaba el nuevo monasterio, tal vez por los muchos que abundaban en esa parte de la ciudad, empezó a tomar el nombre que hoy lleva y a vivir bajo el perfume de los naranjos de su huerta. Se recuerda, por tradición, de un Santo Cristo fabricado con la madera de uno de estos árboles, que las monjas nunca pudieron tenerle devoción por haberlo conocido "naranja", de donde nos han llegado donosos dichos populares. ¡Pobre Fray Juan de la Concepción si así pensaron de él las madres fundadoras!

# CALLE DE LA COMPAÑIA

por cerca de dos meses... vio de nuevo aparecer la sombra del carmelita... por vía de Salta, le exigió allí la entrega de las monjas... como volviera a recibir igual rechazo, se apartó otra vez de la comitiva para esperarla en Copiapó, donde las exigencias de fray Juan fueron tales, que el cura excomulgó a Ahumada. Aquí fue el alboroto más violento, pues nadie se atrevió a proporcionarles alimentos ni vivienda y hubo que acudir al Corregidor de la ciudad, quien logró que el cura levantara la excomunión. Parece que a medida que avanzaba a Santiago la expedición, el carmelita redoblaba sus exigencias, pues en Copiapó volvió a suceder algo parecido, hasta que por fin llegó una orden del Obispo de Santiago de que no se molestase a don Gaspar de Ahumada. De esta manera pudieron las monjas seguir tranquilas su viaje a la capital, siendo recibidas en la Cañadilla en medio de un gran gentío, al caer la tarde del día 8 de diciembre del año 1689.

YA EXISTIA, en 1593, una pobre capillita levantada por los jesuitas con la primera limosna recibida del vecindario a su llegada a Chile. Este solar ocupaba la mitad sur de la manzana; la mitad norte fue donada a los jesuitas años después, en 1620, por el capitán López de la Peña, que había hecho a los mismos padres varias donaciones en Mendoza. Otro piadoso propietario, el maestre de campo don Martín Ruiz de Gamboa, quiso contribuir también a la fundación, y les hizo una rebaja de 808 pesos a la suma de 4.400 que pedía por un terreno en ese predio. Los jesuitas formaron con el ensanche su magnífica casa, que, treinta años después, mostraría al poblado el templo suntuoso de la Compañía de Jesús.

Esta iglesia fue construida, en el sitio que ocupan los jardines de la Cámara de Diputados, bajo la dirección de Miguel Teleña, religioso coadjutor del mismo instituto. El material que se empleó en la fabricación de sus tres naves era piedra blanca, labrada a pico y sentada sobre yeso. El sombrío techo, cerca del presbiterio, tenía una gran cúpula; el tabernáculo, colocado en la nave principal, por lo primoroso de su tallado y la riqueza de su revestimiento, fue apreciado en 32.000 pesos, y reputado como la primera obra artística que poseía Santiago. El costo de la fábrica estaba avaluado en cien mil ducados.

En el templo fue colocada, bajo su advocación, la cabeza de una de las once mil vírgenes, en relicario de plata, que tenía la forma de un castillo.

El callejón que enfrentaba la puerta principal tuvo su respectiva plazuela, mercadillo de vendedores, y punto donde acortaban las horas señorones de manto y capa.

Las prédicas de los jesuitas, habilidosos en recursos de oratoria, empezaban a congregarse a numerosos feligreses, los que salían en procesión por la callejuela hasta la Plaza de Armas, recitando la doctrina. Las beatas trajineras que acudían a las festividades diarias de los padres de Jesús, fueron las primeras en llamar a la calle con el nombre "de la Compañía".

La vida del templo terminó en el año 1647, en que fue arrasado por el terremoto del 13 de mayo. Poco tiempo después se empezó a reedificar, en el mismo sitio, la tercera iglesia de su nombre, en cuya fábrica se emplearon cerca de treinta años. Se le hizo una enorme torre, sobre el frontispicio, colocándose en su esfera el primer reloj público que ostentara Santiago del Nuevo Extremo, y que marcó el nuevo año de 1760, en medio del indescriptible pavor que produjo entre los timoratos santiaguinos el golpe misterioso de las doce campanadas de la *máquina*, como llamaron a las diversas piezas endiabladas que hacían andar los punteros.

Este nuevo templo fue arruinado también por el terremoto del 8 de julio de 1730, pero se procedió muy pronto a su reparación, reforzándose los arcos de las naves con murallas transversales, de lo que resultó una serie de oscuras y estrechas capillas, en los dos costados, que dieron al recogimiento del recinto un sedante misterio.

Expulsados los jesuitas en 1767, por la pragmática de Carlos III, la iglesia de la Compañía de Jesús quedó casi abandonada, hasta los primeros años del siglo XIX, en que fue su capellán el clérigo don Manuel Vicuña, más tarde Arzobispo de Santiago.

La plazuela de la Compañía, en el año 1820, tenía en torno un grupo de edificios de importancia pública para los santiaguinos. Eran éstos la Aduana, al oriente; el Consulado, al sur, enfrentando el antiguo templo, y al costado poniente quedaba el Teatro.

La Aduana se había construido en 1807, según planos de Toesca, en el mismo lugar donde los jesuitas tuvieron el Convictorio de San Francisco Javier. Cuando fue trasladada a Valparaíso, después de la Independencia, se instalaron en el edificio colonial las Cortes de Justicia y los Juzgados de Letras en lo civil. (18) El Consulado, especie de Cámara de Comercio, se empezó a construir a fines del siglo XVIII y fue terminado en 1806. (19) La fachada era de dos pisos y sus pilastras sobresalían con sencilla severidad. El Teatro, por sus curiosas amarras arquitectónicas, parecía una barraca.

La plazuela era el rincón predilecto de los próceres y ciudadanos que empezaban a discutir los rumbos de la política. Un cartelón, pegado a la muralla del teatro, anunciaba "Los Locos de Sevilla" o el "Rey Niño Segundo", comedias muy en boga, y en las que había amoríos y asesinatos a destajo.

La calle de la Compañía señalaba su existencia a los transeúntes por el sordo bullir de ese cuadrilátero, centro de los primeros vagidos de la nueva era en la vida civil de los habitantes. El pueblo bautizó a la plazuela con el nombre de "Las Postrimerías", para recordar el término del dominio de la potestad del Rey con la proclamación del Gobierno Nacional.

El 28 de enero de 1823, el Consulado presenció la abdicación de don Bernardo O'Higgins y su marcha hacia el destierro.

Serían las seis de la tarde cuando "el primer soldado de Chile" atravesó la plazuela, en medio de los atronadores vivas del gentío.

Llevaba en el pecho el postrer dolor que le causara el despojo de las insignias del mando supremo, al que había renunciado por la felicidad de la Patria. Don Bernardo daba el brazo a don Antonio Mendiburu, en cuya casa, al poniente del Consulado, fue a pasar los últimos días que permaneció en Santiago, antes de su partida a Lima.

Años después, el pueblo veía en los cuatro edificios situados en la plazuela de la Compañía, bautizada con el nombre de "O'Higgins", sendos símbolos de la Muerte, del Infierno, el Juicio y la Gloria.(20)

Los estudiantes del Instituto Nacional, que tenían sus aulas no muy distantes, cantaron en una cuarteta la historia de la plazuela:

*En la Aduana está la Muerte;  
el Juicio en el Consulado;  
la Gloria en la Compañía,  
y el Infierno en el Teatro.*

En el lugar donde se encuentran el Senado y parte de la Cámara de Diputados estaba entonces el edificio de los colegios de San Carlos y el Seminario, refundidos más tarde en uno solo, con el nombre de Instituto Nacional.

Los muchachos, que se entretenían en pesadas jugarretas, casi incendiaron la torre del templo de la Compañía. Habían tomado la diversión de empapar con parafina las lechuzas que cazaban en los aleros del viejo edificio jesuita, para soltarlas a volar ardiendo. El avechucho, desesperado, se disparaba en busca de refugio a las troneras de la gran torre vecina, metiéndose en los huecos del maderamen como antorcha viva. Así estuvo a punto varias veces de ser consumida por las llamas. Pero estos amagos sólo fueron un augurio de la tragedia que años más tarde allí se desarrollaría. El incendio de la Compañía, el 8 de diciembre de 1863, día del aniversario de la declaración del misterio que proclama a María Inmaculada, convirtió a los fieles que asistían a la festividad religiosa en humano holocausto. Santiago entero se llenó del clamor de las víctimas y casi todos los hogares se cubrieron de luto. El incendio de la Compañía pertenece a los sucesos que se perpetúan en la memoria de los pueblos. Desde los países escandinavos hasta las regiones más meridionales de Italia, España y Portugal, la prensa, con rara uniformidad, dijo: "El incendio de un templo en medio de una gran solemnidad religiosa y en el que las víctimas del fuego y la sofocación se cuentan por millares, es el primero que registra la historia de las naciones civilizadas".

La calle de la Compañía, frente a los escombros del santuario, mantuvo durante largo tiempo a una muchedumbre vestida de duelo, y de cuyas almas salían gemidos profundos, cantos lúgubres y tiernas súplicas. Los nombres de los mártires lo repetían los esposos, los hijos, los hermanos, los novios: la historia de la joven que expiró por salvar a su madre; la hermana que se arrodilló, en acción de gracias, con los brazos

tendidos al cielo sombrío de la hornaza; la de la niña que prefirió volverse a las llamas por no permitirle su recato presentarse en público en el estado en que se hallaba...

En el jardín del Congreso Nacional, en el sitio preciso donde estaba el altar mayor, cubierto con los adornos del sagrado tabernáculo que originaron la catástrofe, se alza una estatua blanca de María Inmaculada, en actitud de ruego por las almas mártires del incendio "de la Compañía".(21)

# CALLE DE LAS CLARAS

BERMEJEABA en sus dos puntas el tejado de un convento. Los mercaderios por el norte y Santa Clara, la antigua, por el sur. Sin embargo, entre esas dos fundaciones religiosas impuso su nombre durante un siglo una humilde capilla que edificó un capitán llamado Salguero. Estaba situada en la esquina poniente de los Huérfanos, en el ángulo encontrado del claustro de la Merced, y, por su levantado tejadillo de mezquita moruna, hacía pensar en los azores conventuales que ahora ahuyentaban la arrogancia del capitán fundador. Era su ventura monjil. Tal vez el único privilegio concedido para purgar, en las telarañas del alma, los arrebatos de la pasión y de la espada. La gente llamaba esa cuadra con el nombre de "calle de Salguero".

La mansión del místico capitán, con su muerte, transformóse en albergue particular de otros hombres, y en la alborada del siglo XIX ocupó esa casona don Francisco Antonio Pérez, juez probo y hombre de avanzadas luces. Era hijo primogénito del historiador de Chile don José Pérez y García y de doña María del Rosario Salas y Ramírez.

Don Francisco pasaba una existencia tranquila en el asoleado patio de armas del finado capitán, sin otra preocupación que la de travesear con un sobrinillo llamado Pepe,(22) cuando llegó el año de 1810 y hubo de lanzarse en la azorada aventura de defender la libertad de su Patria, como miembro de la junta revolucionaria. Durante la Reconquista, fue perseguido con tesón, hasta que Osorio lo descubrió oculto en Colina, en una heredad de los Larraín y Salas, de donde lo confinó a la isla de Juan Fernández. La casa fue entonces ocupada por el coronel de Dragones don Antonio Morgado, hombre tan feroz en sus caprichos como San Bruno, que llevó a la austeridad de su cuadra la escandalosa aventura con una hermosa muchacha robada en Cádiz a un zapatero remendón, más feliz con su mujer que San Crispín en el cielo. Llamábase la preciosa deidad Pepita Morgado, y la guardaban de las furtivas miradas de la calle dos asistentes o gastadores, soldados de caballería, que, por su fealdad y mala traza, causaban el espanto del barrio. Se les veía a toda hora



que don Bernardo tuviese a orgullo el contemplar todas las semanas a sus caballos favoritos, los que hacía pasear por el fremo de su casa, en la cuadra de Salguero. Siempre lo acompañaban, en estos madrugones, algunos amigos que, después del chocolate matutino, se encontraban muy a su gusto allí reunidos para comentar las cualidades de los caballos que don Bernardo exhibía.

Pero cuando la calle estaba de gran fiesta era en los domingos y días de guardar. Apenas terminaba la misa de alba, animábase la cuadra con mucha gente que se venía a estacionar en la plazuela de la Merced para ver "las carreras de don Bernardo", como llamaban a los juegos de destreza que éste hacía con sus preciosos zorrillos.

La calle, entre dicha plaza y la Merced, se llama Calle de las Claras (Nueva Enrique Mac-Iver).

sentados en el zaguán, entre bostezos interminables, pasándose las manos por las luengas barbas de azabache, o profiriendo palabras soeces que horrorizaban a los transeúntes y hacían persignar a las mujeres.

La noche de las vísperas de Chacabuco se les entró el habla por largo rato a los dos fantasmones, ante la súbita presencia de un extraño jinete, que, atrevido, metióse en el patio, revolviendo el caballo, y dando gritos de ¡Viva la Pátria! y ¡Muera el Rey! Cuando, repuestos de su estupor, los barbudos soldados quisieron castigar el horrendo desacato, el jinete había desaparecido, escudado en las tinieblas.

Al día siguiente, el vecindario comentó a hurtadillas la hazaña, pues se temía la represalia de Morgado, de quien se dijo que le había dado un desmayo en brazos de Pepita.

Los gastadores nada sacaron en limpio con las averiguaciones: unos hablaban de Manuel Rodríguez y otros de Ramón Picarte; pero el secreto se guardó como en cajita de oro tras el ceñudo portón de la Casa Colorado, donde esa noche se refugió el jinete, que era el santo sacerdote don José Manuel Irrázaval, que por entusiasmo patrio expúsose a aquel peligro con la atrevida humorada.

En la esquina de la sombra, frente a la antigua casa de Salguero, estaba el solar del maestro de campo don Bernardo de la Cuadra Echeverría, vástago de la antigua familia que fundara Rancagua.

Don Bernardo poseía en sus predios grandes criaderos de potros, que por la excelencia de sus productos tenían fama en la villa y sus contornos. No eran éstos los potros zahareños o andaluces que trajeran consigo los conquistadores. Era un producto más propio de las breñas indianas y, por ende, con más virtudes: el caballo chileno. Don Bernardo hacía gala de su destreza de jinete sobre el montaraz bruto y lo tornaba de reacio y alborotado, en manso y sumiso.

En esos tiempos se tenían en gran estima los caballos de paso, con la cola que arrastraba al suelo, lentos y solemnes como sus amos, siendo mal visto el caballero que cruzase las calles llevando al trote su cabalgadura o montando en una yegua, pues hasta los arrapiezos creíanse con derecho a hacerle blanco de sus burlas con una común expresión muy zarandeada y punzante: "tan caballero y montado en yegua"... De aquí que don Bernardo tuviese a orgullo el contemplar todas las mañanas a sus caballos favoritos, los que hacía pasear por el frente de su casa, en la cuadra de Salguero. Siempre lo acompañaban, en estos madrugones, algunos amigos que, después del chocolate matutino, se encontraban muy a su gusto allí reunidos para comentar las cualidades de los caballos que don Bernardo exhibía.

Pero cuando la calle estaba de gran fiesta era en los domingos y días de guardar. Apenas terminaba la misa de alba, animábase la cuadra con mucha gente que se venía a estacionar en la plazuela de la Merced para ver "las carreras de don Bernardo", como llamaban a los juegos de destreza que éste hacía con sus mejores animales.

La calle, entre dicha plazuela y la esquina de los Huérfanos, era

cerrada con varas, y poco después salía por la puerta del corral el mismo don Bernardo, montado en lustroso potro negro. Saludaba a la concurrencia con un galope de punta a punta de la calle, en el que lucía su rica vestimenta de huaso; desde el sombrero legítimo de Córdoba al pañuelo de seda, desde los pantalones de cuero labrado a las fabulosas rodajas de plata.

Los productos de la hacienda aparecían de uno en uno: los caballos de brazo, que en su marcha acompasada sacaban las patas delanteras, hiriendo los estribos del jinete, a tiempo que hacían con la pequeña cabeza movimientos corteses y graciosos; los caballos de paso, circunspectos por curiosa asimilación al modo de la época, y que con sus piernas parecían ir nadando; los caballos de marcha solían tener también alguna preferencia entre los mirones.

Al final, don Bernardo hacía dibujos, en los que demostraba conocer a fondo el arte de jinetejar a la chilena. La reunión remataba con una avalancha de huasos a caballo que aparecían por el corral, vistosos con sus mantas multicolores, y que, entre el clavar de las espuelas y el caracolear de los brutos, llenaban la calle de rumores y gritos, cuando iniciaban entre pechas y carreras las topeaduras en la vara.

Estas escenas le daban un carácter típico a la calle, como un paréntesis a su vida cotidiana, paso taciturno y obligado del beaterío que frecuentaba las iglesias situadas en ambos extremos.(23)

Poco a poco la urbanización llevóse este localismo pintoresco, y sólo las monjitas de la esquina de la Cañada continuaron enviando por la callejuela a sus demandaderas, portadoras de las bandejas olorosas con el morisco alcuzcuz, que con buen recado llevaban a sus amistades del centro el primoroso prestigio de sus manos, y como en "lo que estamos benedicamos", la calle tomó el nombre de "las Claras". Pero si era por derecho, las monjas lo tenían ganado con tres siglos de vecindario. Su casa se había fundado el año 1576, casi enfrentando su pequeña iglesia con la de San Juan de Dios, y su historia trascendía de sus muros con tantos ejemplos de humildad, que el Obispo Villarroel decía que "para representar al vivo las del Monasterio Imperial de Madrid, no les falta sino ser descalzas".

## CALLE DEL CHIRIMOYO

TENIA tres cuadras de largo, cerrada en sus extremos por los espesos muros del convento de las Claras, al oriente, y de las Agustinas, al poniente. Esta manera de estar cortada hizo que la denominasen al principio "calle tapada de las Monjas". Pero el transeúnte, siempre gráfico en la observación, al pasar por la calle del Rey veía perfectamente la configuración de la calle, que, a medida que avanzaba, se iba ensanchando, para volver a apretarse en el término y sugerirle la idea de un barril. De aquí que la imaginería popular la llamase "calle del Barril".

El aspecto del callejón era pobrísimo. Sólo en las esquinas de Ahumada y del Rey cobraba cierta airosa gallardía con los pilares de ángulo de las bodegas, cuyas macizas piedras recortaban audazmente la escueta visión de los adobones del caserío. No había calzada, y el tránsito se hacía por la antigua huella, eternamente polvorienta en el verano y cubierta de lodazales en el invierno. Por allí caminaban la beata y la pobretona, de un convento a otro, lastimosas sobre sus medios zuecos. De tarde en tarde se sentía venir por la calle del Rey una calesa con mucha bullanga de campanillas, en dirección a la portería de las Agustinas. Por los postigos se asomaban rostros curiosos y la gente se paraba a comentar. Al rato se veía la figura jacarandosa de un padre y un nuevo murmullo de voces llenaba la calleja.

—Mira, niña, ¿no es el padre Ramón?

—Sí, misiá Chabela.

—¿Dónde irá a predicar mañana?

—Pues dicen que en las Agustinas.

—¡Ocurrencias tuyas! ¿No sabes, hija, entonces, que el padre Ramón es de nuestro partido? Un recoleto franciscano sólo predica en las Claras. Yo no tengo valor para dejar de llorar cuando le oigo. Muchas veces, antes que suba al púlpito, me pongo a lagrimear.

Eran las postrimerías del siglo XVIII. El capitán de un bergantín español había traído a Quillota el primer retoño de un árbol de las Antillas cuyo fruto era una pulpa alba y dulce, que le recordaba sus hambres

sensuales de viejo lobo de mar. El marino, en viajes anteriores, sintió revivir su salud en el clima ardiente y húmedo de la aldea, que hacía prosperar algunos árboles que él viera en el trópico. Sintió la misma alegría de los negros pestosos cuando éstos, abandonados allí por los capataces, mordían el verde lúcumo o la jugosa naranja. Y se prometió, en una próxima travesía, trasplantar el árbol de la guanábana o de la chirimoya.

Y lo hizo así para que un quillotano, devoto de Nuestra Señora Santa Clara, trajese años después al convento en su petaca viajera, cuidadosamente retobado, el retoño de un chirimoyo nutrido en la huerta de su villa tropical.

Dio a la madre superiora las instrucciones:

—El fruto que da es para boca de santas como las clarisas; la médula es más dulce que la miel de caña y más blanca que la hostia. No plante el árbol a la intemperie, porque no resistirá el clima de Santiago; busque mejor la sombra de una muralla que lo libre de las heladas del invierno.

¿Siguió la madre clarisa los consejos del devoto quillotano? Diz que sí, pues con el trascurso de los años la huerta del convento llegó al apogeo de su prestigio aromático. Un chirimoyo florido se divisaba por encima de la pared, y sus ramas caían sobre las bardas hacia la calle tapada, y sorprendía al transeúnte con su penetrante olor que, como una oblación de las monjas, maceraba ensueños místicos y de amores terrenales.

La calle, sin historia, encontró el nombre que iba a responder durante largos años por la “del Chirimoyo”.

En 1850 se abrió calle en el paredón de las monjas Agustinas hasta la de la Bandera, para comunicarla con la actual de la Moneda; veinticinco años después se hizo otro tanto con el monasterio de las Claras, uniéndose con la de Varela hasta el Cerro Santa Lucía, y el Chirimoyo, arrancado de raíz por los barreteros, se llevó para siempre del lugar su aroma de leyenda.

## CALLE DEL REY

SE ENREDABAN en el aire ayes indios y cantares de España. La cordillera empenachábase de nubes que se deslizaban sobre el tafetán azul del cielo; el verde naciente de los árboles avivaba el triste amarillo de las techumbres. En la calle se veían espejear gonfalones heráldicos y tapices recamados de oro y plata.

Era el 8 de septiembre de 1609.

La nueva de que iba a salir de San Francisco el Sello del Rey, en procesión, por la calle "del Alguacil Mayor", acompañado de cuatro altos personajes, titulados "Oidores", había congregado en la Plaza Mayor y a lo largo de la calle a una muchedumbre abigarrada de indios, negros y mestizos.

Nadie se atrevía a acercarse a las puertas del templo franciscano, custodiadas por una guardia de arcabuceros. Los más supersticiosos comentaban el suceso con detalles y agregados, explicando que Su Majestad, por obra y gracia de Dios, habíase metido en la cajita de oro para ver mejor lo que hacían sus súbditos en este apartado reino, ni más ni menos que Nuestro Señor en el milagro de la transubstanciación en la hostia consagrada. Este misterio, inexplicable para la mayor parte de la indiada, ponía les más impacientes en el transcurso de las horas de espera.

Una vieja zanquilarga que venía por la calzada hacía chasquidos de besos con sus dedos colocados en cruz, para asegurar que había visto de cerca la cajita del Sello, sobre dos cojines de terciopelo carmesí, y cubierta con un paño de seda, cuajado de flores, al que se le colocó encima una corona de plata.

—Nadie me la pega que hay un agua espiritosa adentro —decía—, por el cuidado que ponen mis señores padres de San Francisco.

—No es agua —le interrumpió un negro de cabeza cenicienta—: es el ánima de Su Majestad, que cuando destapan la cajita toma forma de cuerpo presente para presidir la audiencia.

—¡Virgen Santísima!

La muchedumbre hervía, medio enterrada en los altibajos del te-

rreno, abarbeciendo con pisadas y encontrones, apretujados unos contra otros, para lograr mejor colocación en portadas y ventanas. Un vientecillo sur levantaba pequeñas polvaredas que contribuían a exaltar la impaciencia de las gentes.

Serían las dos de la tarde cuando apareció en el portón de las Casas Reales(24) el maestro de campo don Alonso García de Ramón, acompañado de los alcaldes, regidores y caballeros del reino, vestidos con ropas rozagantes y gorras de raso carmesí. El Obispo vino a la vez a reunirse con la clerecía para seguir la comitiva por el costado oriente de la plaza en dirección a la Cañada.

El pueblo estaba aturullado.

¿Qué iría a pasar con la cajita mágica? ¿Reventaría el Rey?

Por fin se oyeron los repiques y los disparos de los arcabuceros, que hicieron prorrumpir a la muchedumbre en un vocerío interminable:

—¡El Rey!... ¡El Rey!...

La procesión acababa de aparecer, doblando el basural de la Cañada. Un resplandor de oro y plata laminaba la calle del Alguacil Mayor.

Una mujer, con el rebozo metido hasta la punta de la nariz, cayó de rodillas, besando el suelo:

—¡Mi Señor, que Dios guarde! ¡Que no le vaya a faltar el aire!

Otra exclamaba:

—¡Si parece cosa del demonio meterse en una cajita de oro!

Un indio, engalanado con su manto cuzco, restregábase los ojos para ver mejor la realeza.

Encabezaba el desfile, abierto en orden de guerra, un caballo overo, enjaezado con gualdrapas y guarniciones de terciopelo negro. Llevaban el diestro dos oidores, que ostentaban, inflamados de orgullo, una peluca de alto copete. En la silla, sobre un cojín carmesí, venía la cajita del Sello Real, cubierta con una banda de tafetán rosado, guarnecida de plata. Los flecos, por ambos lados, los asían el oidor Merlo de la Fuente con el Gobernador que, además, llevaba colgada al cuello la llave del sagrado cofrecito.

La pasada del caballo overo era recibida con un vocerío de exaltación mística.

—¡El Rey, el Rey! —prorrumpía la muchedumbre, echándose al suelo como si fuera el Santísimo.

La curiosidad de las mujeres inquiría hasta el detalle más ínfimo de la sedería que enjovaba a la maravillosa cajita. El arnés en que venía era de hojuelas de oro, y los afollados y fajas, recamados de brillantes bordaduras.

En pos del caballo seguía el estandarte de la ciudad con el blasón de sus armas, el Obispo, los Cabildos y clerecía, los caballeros del reino, rodeados de pajes y alabarderos.

Cerraban la procesión dos compañías de infantería y tres de caballería, armadas de alabardas y picas, tocando cajas, trompetas y pifanos.

La procesión dio una vuelta por la Plaza de Armas y la tropa de

caballería tomó posición en las cuatro esquinas. La infantería formó una calle ancha por la cual pasó la comitiva en dirección a las Casas Reales.

El pueblo supo que se abría la cajita mágica por los disparos de la arcabucería.

En la muda expectación de la llavecica que giraba, relució en las manos del Gobernador el Sello del Rey, fabricado en plata. Púsose de rodillas para rendirle su veneración y recato, y le siguieron los oidores, uno en pos de otro, con igual ceremonia, la mano derecha sobre el Sello.

El juramento resonaba solemne: guardar los fueros de Su Majestad por Dios Nuestro Señor, por Santa María, su bendita madre, y por las palabras de los Santos Evangelios.

Al día siguiente quedó el comentario de la poblada. El arribo de los cuatro oidores, que se comunicarían directamente con el Rey por medio de su cajita mágica, fue recibido con los augurios de una nueva era en el régimen político del reino. El Gobernador don Alonso García Ramón había pasado al rango de Presidente o Capitán General, mientras el alto copete de los oidores se alzaba principescamente, con sus derechos tradicionales, dispuestos a parodiar en altura a los picachos nevados de la cordillera grande.

Así nació el nombre de la calle, en el mes de septiembre, cuando los árboles florecían.

La indiada siguió creyendo en el mito del cofrecillo misterioso, que los años posteriores fueron confirmando con la entrada que por esa calle hacían los Presidentes que venían a gobernar el reino. La calle del Rey vinculó a Chile con la potestad española. El recuerdo del Sello continuó perdurando hasta el día en que don Francisco de la Lastra, por decreto del 20 de enero de 1825, la transformó en el símbolo "del Estado" de Chile.(25)

# CALLE DE LAS RAMADAS

NACIO la callejuela como Dios o el Diablo, sin que nadie supiera cuándo ni cómo...

Se cree que las ráfagas del Mapocho trajeron de los carrizos riberaños las briznas de totora de las primeras ramadas en las que habría de anidarse el alma de la calle.

Cuando surgió al trajín, con sus casas de quinchá, era lo más humilde que había en la ciudad. En las noches, sus chiribitiles ocultaban sombras siniestras de poncho y cuchillo. Pero su cercanía a la plaza del Basural (Mercado Central) la hizo la arteria del pobrerío sosegado, que nada quería con la justicia. Llegaba hasta allí, huraña y oblicua, continuando el antiguo límite de la capital que empezaba en la calle de los Tres Montes.

La callejuela, con sus barrizales en el invierno y sus nubes de polvo en el verano, parecía la prolongación del cascajal del río por su aspecto sucio y desamparado. A la vera del camino, hombres del pueblo dormían su borrachera, con los velludos pechos al sol, y otros, en pequeños grupos, jugaban a los naipes y tabas, mientras los chiquillos disputaban las clavadas de los trompos, riñendo porque estaba "cebito" o porque estaba "cucarro".

Algunas mujeres, en las puertas de los ranchos, soltaban sus moños de trueno para asolear las matas negras de cabellos, como los ricos hacían con su plata en los pellones. La vida íntima salía a la calle en los tendidos de ropa blanca y en las cocinerías de los braseros. Las comadres terminaban sus grescas disparando pedruscos a los chanchos invasores. Más tarde, los vecinos aprovecharon su proximidad a la plazuela de Santo Domingo para adquirir el pescado de primera mano, y establecer ventorrillos de fritangas, que fueron muy favorecidos por los abasteros y comerciantes del centro.

La Juana Carrión, a fin de atraer a su puesto mayor número de parroquianos, hizo a su hija cantar en la guitarra tiernas y maliciosas tonadas para "entretener el oído". La vecina, viendo el éxito, la imitó y lo mismo la del frente, la de más allá, hasta que, al poco tiempo, la calle

entera se animó de cantos y rasgueos, y tuvo asiduos clientes en los viejos verdes y mozalbetes, quienes, al concertarse para ir a una sandunga, no decían “vamos a las chinganas”, sino “vamos a las ramadas”, de donde vino el origen del nombre.

Años después ensanchóse la calle en su centro y formó una plazuela que se rodeó de pintorescas casas, y vino a servir de estación al Puente de Palo de la Recoleta. La principal de esas casas clavó su pilar de piedra en la esquina norponiente, y al abrir en las tardes sus caladas celosías de madera, dejó aire al perfume de sus flores y cielo al canto de sus pájaros. Frente a la plazuela, se levantó un barracón en el que se efectuaron, en el año 18, las primeras representaciones de comedia en Santiago, siendo empresario don Domingo Arteaga. Era éste un corral que tenía en el fondo un tablado cubierto de telas de saco y llamado por el público “Espejo de la vida”.

Estas funciones dieron mucha animación a la plazuela por el gentío que acudía a sus tendales y mesones, instalados para el expendio, en los entreactos, de bebidas y dulces.

Los vecinos copetudos llegaban al teatro precedidos de sus criados negros que cargaban en hombros las silletas y cojines, para colocarlos en “los cuartos”, o sea, en los espacios desde donde seguirían el curso de la comedia.

El pueblo quedaba atrás, en la cazuela, y se disponía a recoger, con supersticiosa gravedad, en cada palabra del actor la sentencia que haría luz en su entendimiento al señalar el castigo que habría de caer sobre el criado mentiroso, el amigo fingido y el despensero ladrón. Tampoco faltaba entre los protagonistas un gobernador que se descuidaba del buen gobierno de su república, ni un padre sin carácter para refrenar la libertad de sus hijos. A pesar de ser éstas representaciones ejemplares, un libro que enseñaba a bien vivir, apenas la función terminaba la gente se iba a las ramadas a empezar la noche de los danzantes, en la que caballeros y campesinos sacaban chispas al zapateo de punta y taco.

En los primeros días septembrinos de 1830 un vientecillo juguetón infla las alas azules de la capa de don Diego Portales, y el popular Ministro inaugura en la casa esquina una “Filarmónica”, en remedo al salón de baile, del mismo nombre, situado en la calle de Santo Domingo, en el que se reunía la mejor sociedad de la capital. Don Diego gustaba tañer en el arpa la zamacueca, lo que hacía con primor, y muy rara vez. Sólo en medio de sus íntimos azuzaba el genio con los recuerdos de una saturnal de malambo, y se ponía a danzar el baile indígena, aprendido en Lima.

Los domingos, que era el día preferido de don Diego, la “Filarmónica” de las Ramadas ostentaba en su frontis la luminaria de fiesta, y la calle se llenaba con los rumores del arpa y la vihuela. Las convidadas eran niñas alegres, pero no de mala vida, fervorosas del rosario y de la zamba a un mismo tiempo; los convidados, sus correligionarios de la tertulia política y algunos jóvenes oficiales del Cuerpo de Vigilantes. Don

Diego era el alma de esas reuniones nocturnas, donde hablaba con vehemencia de los sucesos políticos, y con extrema veleidad pasaba de los impulsos de una violenta cólera a una alegría casi infantil.

En una de estas veladas, un amigo le instó a que dejase "su incomprendible desinterés" y derrocaria al general Prieto.

Portales se encogió de hombros ante la insinuación, y con sonrisa burlona respondió:

—¡Qué! ¿Quiere usted que yo cambie la Presidencia por una zamaqueca?

La "Filarmónica" derramaba por su balcón volado torrentes de música y de palmoteos que se perdían en la callejuela oscura. La tonada salía de allí viva en asuntos de amor, y como la chispa del cuento infantil, antes de apagarse, suplicaba que le aplicasen de nuevo una pajita para encenderse más. Así, al tañer de la guitarra, se repetía el aire con distinta letra y la melodía brotaba henchida de sollozos, como un canto de desesperanzas o llena de estremecimientos voluptuosos, que luego la calle recogía para hacerla pulsación de su sentimiento.

Al amanecer se veía escotero de las murallas a un embozado, de rara belleza varonil, que dejaba entrever por el sombrero de castor una nariz que parecía huronear la media luz gozosa y virginal.

Don Diego Portales era el principal subscriptor de la "Filarmónica" y costeaba sus gastos con tres onzas mensuales. Las buenas mozas le apreciaban por ser el más vivo y chistoso mantenedor de los picholeos, aunque poco bebía y en rara ocasión bailaba.

La calle cuidó la ascendencia ilustre en los años posteriores, y sus casas fueron alegres y misteriosas a la vez, españolas y moras, con balcones salientes y corridos, como la del edil don Antonio Vidal, en el eriazó, frente a la plazuela donde estuvo el primer teatro de comedia. Había ojos que atisbaban por las celosías o el criollo "mucharabied". Había menestras y vinos dulces en las puertas de esquina. En los portales enroñados, jaulas de pájaros cantores y escaleras clandestinas. En la tertulia, ponche "con malicia" y maticito dorado de las monjas.

Las continuas visitas que los cadetes de la Escuela Militar del año 1900 hacían a "las Copuchas", aquellas niñas buenas y condescendientes, cuyos redondos y frescos cachetes tanto celebraran, mantuvieron todavía por algún tiempo el aire galante de las plumas y entorchados. Portales había sido el primero en llevar allí a oír tonadas olorosas a campo y soledad a los jóvenes oficiales cívicos de su gobierno dictatorial. Las parrandas en esos ranchos le hacían amar la guitarra del país, las buenas voces que vibraban el quejido amoroso con íntima ternura, durante noches enteras.

El nombre actual de la calle recuerda la gloriosa corbeta *Esmeralda*, en la que Arturo Prat se inmolará.

De su pasado colonial sólo queda la casa esquina de la "Filarmónica", cuyo balcón volado avanza sobre la calle y se sostiene arrogante en el pilar de piedra. Hay una sombra misteriosa que la protege de las

acechanzas de la barreta demoleadora. Las rejas de sus ventanas son de la antigua forja vizcaína, colocadas allí, como piezas de museo, para dar la sugestión del ambiente. Una de ellas pertenecía al típico balconete desde el cual el Corregidor Zañartu vigilaba la construcción del Puente de Cal y Canto. En el frente, que da a la plazuela, donde añora una auténtica pila el romance ido, está el escudo del linaje, labrado en piedra, de aquel hombre singular. (26)

La "Filarmónica" de Portales es hoy la "Posada del Corregidor". Aunque ninguna relación tiene su nombre con el célebre justicia mayor de la ciudad, ese bautismo ha servido para recordarlo en la urbe arrolladora, vinculándolo a la plazuela donde, más de una vez, hizo un alto con los celadores de su ronda. Bajo el rústico artesonado, cuando arden los velones de la cena, cobra la posada el prestigio de los antiguos mesones castellanos. Es la "peña" de los poetas y pintores, que sonríen del pasado y deshumanizan el alma de las cosas. En el claroscuro, lindas mujeres, de siluetas estilizadas, lloran sutilmente la ausencia del romance. Y cuando el arte menos se entiende en la noche tibia y fragante, la risa irónica de don Diego Portales estalla en el rasgueo de las guitarras criollas con la auténtica gracia del viejo Chile de "las ramadas".

## CALLE DEL GALAN DE LA BURRA

LA BEATA ciudad no debió haber cuidado mucho de sus extramuros, cuando, más allá de los cuarteles jesuitas, el demonio pudo rondar a su gusto. Esto explica que una población, donde la mayoría de las calles tenían nombres de santos, dejara florecer en uno de sus arrabales una leyenda extraña que parecía arrancada de una página del *Asno de Oro* de Apuleyo.

Era un amor criado en el llanito de los rumores de agua: el galán, bueno como la leche, y ella, más sabrosa que pan al rescoldo. El mancebo tenía un nombre que no le cabía en culpa, pues le echó en suerte el calendario, en este mundo de Dios, un día de San Casimiro, y, sin otra protesta de su parte que un llanto soltado a todo trapo, tuvo que aceptarlo una semana después, con el agua bautismal, en la pila de la parroquia de San Lázaro.

Apenas despuntó en el labio de Casimiro el cosquilleo del bozo, diose a lánguidos enamoramientos, en los que no anduvo bien parado. No tardó, sin embargo, en verse correspondido por la más hermosa de las doncellas que vivían en la Cañada de Saravia, y para colmo, aturullado con una cita nocturna, concedida con imploraciones y requiebros, y en la que no dejó de poner parte a su favor recadera habilidosa de la ciudad.

La noche de la cita, la luna estaba en creciente. Casimiro bajaba por San Lázaro con pasos leves que se sumergían en las voces agorinas de los campos cercanos. Cuando llegó a la calle del Nogal,(27) arreciaba el remoto ladrido de los perros. Se quedó largo rato en espera antes de decidirse a tomar este camino corto que debía llevarlo hasta el cequión que pasaba por el fondo de la quinta.

El galán observaba en el claro de luna, a lo largo de las tapias, la interminable y fantástica fila de cachos que sobre sus bardas colocaron los dueños de los corrales. Era un espectáculo característico en los alrededores del matadero de San Miguel, con los cueros estacados en los techos, el estiércol de los vacunos en la calle y los cuernos clavados en las murallas para ahuyentar la mala suerte. Pero la imaginación calenturienta

LA BEATA ciudad no debió haber cuidado mucho de sus extramuros, cuando, más allá de los cuarteles jesuitas, el demonio pudo rondar a su gusto. Esto explica que una población, donde la mayoría de las calles tenían nombres de santos, dejara florecer en uno de sus arrabales una leyenda extraña que parecía arrancada de una página del *Asno de Oro* de Apuleyo.

Era un amor criado en el llanito de los rumores de agua: el galán, bueno como la leche, y ella, más sabrosa que pan al rescoldo. El mancebo tenía un nombre que no le cabía en culpa, pues le echó en suerte el calendario, en este mundo de Dios, un día de San Casimiro, y, sin otra protesta de su parte que un llanto soltado a todo trapo, tuvo que aceptarlo una semana después, con el agua bautismal, en la pila de la parroquia de San Lázaro.

Apenas despuntó en el labio de Casimiro el cosquilleo del bozo, diose a lánguidos enamoramientos, en los que no anduvo bien parado. No tardó, sin embargo, en verse correspondido por la más hermosa de las doncellas que vivían en la Cañada de Saravia, y para colmo, aturullado con una cita nocturna, concedida con imploraciones y requiebros, y en la que no dejó de poner parte a su favor recadera habilidosa de la ciudad.

La noche de la cita, la luna estaba en creciente. Casimiro bajaba por San Lázaro con pasos leves que se sumergían en las voces agorinas de los campos cercanos. Cuando llegó a la calle del Nogal,(27) arreciaba el remoto ladrido de los perros. Se quedó largo rato en espera antes de decidirse a tomar este camino corto que debía llevarlo hasta el cequión que pasaba por el fondo de la quinta.

El galán observaba en el claro de luna, a lo largo de las tapias, la interminable y fantástica fila de cachos que sobre sus bardas colocaron los dueños de los corrales. Era un espectáculo característico en los alrededores del matadero de San Miguel, con los cueros estacados en los techos, el estiércol de los vacunos en la calle y los cuernos clavados en las murallas para ahuyentar la mala suerte. Pero la imaginación calenturienta

de Casimiro hizo que en vez de sentirse protegido de los brujos, le impulsara a un vértigo de absurdas cabezas de toros que estuviesen a su acecho, con un círculo de plata en medio de sus frentes, y para no verlos cerró los ojos, caminando a tropezones.

Llegó encandilado al hueco negro de la muralla derruida junto al cequiún, donde se habían dado cita. (28) La noche era profunda. La luna dejaba rincones discretos en las arboledas, tendía esterillas boscosas que incitaban a un lecho tibio y pecador. En la quietud el tiempo se eternizaba y le hundía sin recelo en caos de sueños y lascivias. Escalofriado de gusto, percibió un ruido, hojas desgajadas que caían, pasos cautelosos que se acercaban. Le cegó una ráfaga lunera. ¿Para qué abrir los ojos si ella estaba allí? ¿Si su aliento perfumaba la nocturna tiniebla? ¿Si sentía su cuerpo escapado furtivamente por entre sus guardianes dormidos, y sola, en medio de la noche, venía hacia él? Su pie interrogaba el camino; su mano, que temblaba de miedo, buscábalo a tientas en la oscuridad. Por fin, la dicha deteníase en el hueco donde ahora sus brazos penetraban con timidez, para no hacer daño. “¡Angel de mi vida!” ¡Qué débil se escapaba la voz del apasionado! Casimiro así lo comprendía mientras apretaba por el cuello, apretaba suavemente a una borrica cabezona que, en su metamorfosis, regocijaba a más de un verde y jocundo compadre.

Y aquí terminaría. Pero nunca faltan digresiones para tanta exuberancia. Como diz que el amor es ciego, un tradicionalista supuso que Casimiro era miope de remate. El argumento no ha dilucidado la verdad histórica, porque la escena perteneció a un siglo malicioso y picaresco, y, en vez de referir que fue escándalo entre borricos, dejó que el encantamiento apareciera en la jerigonza de los brujos del llano, y la alimaña se tornase historia mística, muy misteriosa en libros de santos, muy regocijada en obras latinas.

¿Acaso no le jugaría a Casimiro una mala pasada alguna de las cabezas con astas de media luna que viera en la calle “de los cachos”? Zeus, para ocultar su divinidad y robarse a la joven Europa, corrió un velo sobre sí mismo y se transformó en toro.

Pero el apologista cristiano, temeroso del mugido, no ahondó el asunto y creyó prudente perpetuar el equívoco burlón con el eufemismo del “Galán de la Burra”.

## CALLE DEL OJO SECO

DE UNO de los once ojos del Puente de Cal y Canto, en el lecho del Mapocho, se formó la calle.

La avenida grande del 16 de junio de 1783 había dejado un eco medroso entre los habitantes que vivían en ambas riberas del río. Los perjuicios causados por la inundación hicieron pensar a los gobernantes en la construcción de nuevos tajamares, que sólo vinieron a terminarse en 1808, en vida del Presidente Muñoz de Guzmán. El río, con la delineación que le dieran las obras, encauzó directamente sus aguas al centro del puente, dejando en seco algunos ojos de la arquería, los que quedaron, sobre el lecho pedregoso, como portadas de la ciudad. El pobrerío que vivía en el poniente descubrió que la pasada por el arco de la ribera sur facilitaba su acceso a la Plaza de Abasto. Las tropillas de mulas y las carretas que venían de los Tambillos del Inca siguieron la senda que les evitaba la penosa subida de la rampa, cuya enorme pendiente llegaba a la calle de San Pablo.

El buen sentido práctico del humilde vecindario trazó su calle sin buscar ayuda de alarife, y levantó sus ranchos frente al curso de las aguas del río, mientras el acopio diario de las chacarillas del contorno acudía íntegro por el Ojo Seco.

En la noche la obscuridad lo transformaba en una boca de lobo. Nadie se atrevía a pasar a través de su bóveda, temeroso de un golpe traidor. El bandidaje que se anidaba en los carrizales del río salía por allí a buscar sus víctimas. El pueblo aseguraba que eran las ánimas de los trabajadores muertos en la construcción del puente las que hacían un aquelarre con sus gritos y ruidos extraños.

En los primeros años de la Patria Nueva cobró este paso un tinte menos sombrío, y la portada fue el baluarte del mestizaje y un lugar de cita de los vendedores ambulantes que se estacionaban a ofrecer sus mercancías a los vecinos de una y otra barriada. En la competencia llegó a hacerse habitual el pregón: "Por diez cobres se corta el pelo, se dan

porotos y se pasa en burro al otro lado". La copla vagabunda encontraba bajo el arco su mejor inspiración para describir su abigarrado comercio:

*Allá viene Peiro  
por el ojo' el Puente,  
vendiendo empanadas  
y humitas calientes.*

Los niños también se habían adueñado de los ojos que las aguas apenas lamían, convertidos en cuarteles de sus guerrillas de piedras. La batalla se iniciaba, río por medio, contra los muchachos chimberos. A veces tenían lugar en las corrientes mismas del río, y una de las mejores entretenciones de los paseantes era verlos zambullirse y salir mojadós como taguas después de sobarse en reñida lucha con palos y piedras.

Entre esos niños terribles figuró el Arzobispo Valdivieso. Se cuenta que para dar una pedrada en el río no había quién le ganara en puntería y destreza, y, como él, muchos de nuestros graves y tiesos abuelos vieron, en los ojos secos del puente, la tronera de un castillo encantado.

Otra original y peligrosa travesura de los colegiales del año 1840 fue pasar por la pestaña o cornisa de media vara de ancho que rodeaba, como balcón volado, cada casucha del puente. El niño que se atrevía a dar este rodeo, a una altura de más de quince metros del precipicio, debía hacerlo con los brazos en cruz y de soslayo. Los compañeros que en gran número se reunían para esta semitrágica diversión, guardaban un silencio profundo, porque, al más débil grito, el de la hazaña podía turbarse, perder el equilibrio y caer de espaldas al fondo de la cascada de piedras. Si lograba dar la vuelta, al otro lado de la casucha, los compañeros silenciosos tendíanle las manos, y una vez en salvo, lo aplaudían con atronadores gritos, depositando en su sombrero un premio de medio real por cabeza, que solían sumar algunos pesos fuertes. Pero el niño que pasaba una vez no se atrevía a repetir la peligrosa apuesta.

Esta muchachada traviesa merodeó por las orillas del Mapocho hasta el año 1840, y fue ahuyentada por los primeros "pacos" que hicieron el servicio policial en las inmediaciones de la Plaza de Abasto.

Sucedió que los indios y carreteros que venían a expender los productos de los fundos, cansados ya de los hurtos que los chiquillos hacíanles de sandías, melones, choclos, papas, etc., se pusieron de acuerdo con sus patrones para dar una cuota, de medio cuartillo por carreta, y pagar un sueldo a un veterano de Chacabuco: a ño Pascual Mendoza, para que les cuidara las carretas.

Ño Pascual tenía el mote familiar de "don Paco" y "don Paquito", que los muchachos hicieron de inmediato suyo cuando éste, chicote en mano, recorría las carretas, al grito de alerta: ¡el paco!, ¡el paco!, ¡guarda con el paco!, ¡ey, viene el paco!...

Las madres empezaron a amedrentar a sus guaguas con la amenaza de ¡llamo al paco pa que te lleve! Ño Pascual, al aumentar las carretas que

entraban por el Ojo del Puente, buscó dos ayudantes, a los cuales la chiquillada les llamó ¡los pacos!, ¡ey, vienen los pacos! Este nombre se hizo extensivo hasta hace pocos años a todos los vigilantes que hacían la policía del país.

Mucho debió crecer la población durante esos años en la ribera sur, porque el antiguo camino, transformado en arteria principal, no tardó en incorporarlo la imaginería popular al *Ojo Seco* del Puente. Por él había entrado el acopio cotidiano de la ciudad, toda la Chimba, toda Renca con sus olores rústicos, el balido de sus recuas, y los versos de sus cantares.

En el plano de Herbage, del año 1841, aparece con los nombres de Petorca y de Hierro Viejo, de los que no hay memoria, a no ser que este último fuera por algún depósito, abandonado en un corral, a la vista del pueblo.

Las autoridades le dieron después el nombre oficial de *Sama*, en recuerdo de un hecho de armas durante la Guerra del Pacífico, nombre que se mantuvo hasta su reciente bautismo de "General Mackenna".(29)

Pero si algún día se busca el origen en el trazo primitivo de la ciudad, volverá a encontrarse el arco monumental del Puente de Cal y Canto que abrió la calle con su "Ojo Seco".

## CALLE DE LOS HUERFANOS

SOLO daba audiencia a los pisaverdes en sus portalones de caballerizas y cuartos redondos, sin otro pebetero que el perfume de los huertecillos ni otra luminaria que la luna. Empezaba la calle en la esquina de las Claras con la casa de Salguero y seguían las sombras pajizas de las mediaguas(30) que en el día cobijaban a los trajineros de las haciendas de don Mateo de Toro, y en la noche servían para pecadero de su hijo don Joaquín, tan consentido y veleidoso como gastador de onzas.

A tres cuadras de la esquina del Rey, hacia el poniente, se divisaba el mirador de la casa llamada de "la Moneda Real", y que a los ojos ávidos de chapetones y mestizos surgía en el encantamiento de las noches de luna con una corona azul de plata. Era esa casa esquina, sudoeste con la de Morandé,(31) la de don Francisco García Huidobro, y se habían acuñado en ella las primeras onzas de oro de los lavaderos de Casuto y Andacollo, con el busto de Fernando VI y el collar de Toisón.

La muchedumbre que por allí transitaba olvidó el humilde origen del "callejón de las caballerizas" de don Mateo para dar el metálico canto de "la Moneda Real". De los huecos de las puertas, donde se sentaban a platicar los vecinos de los corrales, salía la historia de la casa de amonediación con olor a narigadas de rapé y a pelambrillo de cambistas limeños.

Se susurraba que don Francisco iba a ser más rico que el Rey mismo, sellando onzas con menos ley que la fijada por el marco legal. Muchas otras cosas peores decíanse con el ruido del viento y el croar de los sapos. ¡Las malas lenguas empezaban a lamer los cimientos de la Casa!...

Pasó el tiempo y llegó el año de 1770. El chismecillo pecó por maligno, y los culpables se santiguaron pidiendo perdón. Sólo los cambistas, que a toda costa querían llevarse a Lima el oro en pasta y tejos, buscaban medios de apretarle las calzas a don Francisco. Si no salieron con lo que el diablo les ordenaba, en cambio le quitaron su fundición, pues el Rey mandó, por cédula real, que se incorporase a su Corona. La orden se cumplió. Los hornos dejaron de arrojar sus columnillas de humo sobre la calle, las maquinarias y volante<sup>esas</sup> cesaron en su trabajo de

acuñación, y cuando la nueva Casa empezó a funcionar, donde hoy se encuentra, surgió el recuerdo jubiloso del día en que vio Santiago, por primera vez, los doblones con la imagen del Rey, y este ensueño que representaba el esfuerzo por el cual durante ciento sesenta y cinco años habían luchado los santiaguinos, hizo a éstos denominar la calle, en la que el marqués de la Casa Real tuvo su antigua fundición, con el nombre "de la Moneda Vieja", hasta el año 1830, para distinguirla de la otra que, como un fantasma, levantaba la sombra de su recia Casa de Moneda.

Cuando la casa de acuñación de don Francisco Huidobro desapareció de la calle, vino otro personaje a enmarcar allí su curiosa personalidad. Era don Tomás Alvarez de Acevedo, más conocido con el nombre de Regente, que lo había sido de la Real Audiencia. Este gran señor, en medio de su pobreza, vivía arrinconado en el antiguo "callejón de las caballerizas", y su puerta ostentaba un adelanto, digno de recordarse en el romance de las viejas calles: el número de orden de la casa, y que la atónita muchedumbre de magnates y mestizos no podía comprender que reemplazara el escudo nobiliario, "prenda gloriosa del arnés", como decían, y no el número infamado y común del presidiario.

El Regente Acevedo, el año 1780, en el interinato de su laborioso gobierno, introdujo este adelanto local que causó escándalo entre los grandes del reino. Sin embargo, la calle fue bautizada con el nombre "del Regente" y substituyó a los antiguos, y pudo haber persistido aun hasta nuestros días si no hubiera sido por un enorme caserón de ladrillos que ya existía desde el año 1758, destinado para los infelices expósitos en los arrabales del poniente.

En este sitio había elegido el marqués de Monte-Pío, don Juan Nicolás de Aguirre, una manzana de cuatro cuadras en contorno, comprendida entre las actuales de las Agustinas y los Huérfanos y sus atravesadas San Martín y Manuel Rodríguez, para fundar un Hospicio de Pobres con recogimiento y crianza de huérfanos.

La miseria hacía que las criaturas que nacían del vicio y la pobreza quedasen expuestas en las calles y en los campos a ser pasto vergonzoso de los animales. El marqués refería que, apenas se supo la intención suya de fundar un asilo, le arrojaron en la puerta de su casa, en un mismo día, veinticinco criaturas.

En esos años corría por la calle, a tajo descubierto, una acequia que, después de atravesar la Hospedería, iba a perderse en el llanito de Guanguali como un estero traído de la cordillera.

La casona de ladrillos aparecía por fuera como una fortaleza, dejando, en el espesor de la muralla, algunos huecos de luz que semejabán mirillas por los trenzados haces de hierro forjado. La portada, como la de los conventos, dejaba ver un patiezuelo rodeado de corredores y puertas.

En la "vista de ojos" que le hiciera el oidor don José Clemente de Traslaviña, pudo cerciorarse de que en su interior habíase gastado verdadero lujo en establecer no sólo hospedería, sino capilla, con un Santo Cristo de "hechura romana", y, como era natural, hasta un torno en

miniatura para expósitos en beneficio de los pobres. Abastecieron los dormitorios con las "cujas" o catres de madera del país, y los diez telares para tejer bayeta fueron un canto al primor de la mano indígena.

La capilla, edificada en el centro de la casona, se dividía en dos secciones para separar hombres y mujeres, y tenía en lo alto del tejadillo un encatrado, sobre el cual suspendíase una campana para llamar a misa a todo aquel barrio.

Siguieron años de piadoso recogimiento a la benéfica fundación, cuyo torno no cesaba de girar para recibir en su regazo el tierno presente.

En el mes de octubre de 1779 apareció en Santiago una epidemia conocida con el nombre de "malcito" (cólera morbus). Habían traído el contagio los marineros de una escuadra que, al mando del almirante Vaccaro, viniera del Callao a Talcahuano para vigilar a los corsarios ingleses.

La epidemia del "malcito" empezó a diezmar la ciudad. La gente pobre y desvalida veía en el flagelo la expiación del Judío Errante, que vagaba por todo el mundo esparciendo su dolor y su rencor. Se hizo una rogativa a la Virgen Santísima del trono, venerada en la iglesia de Santo Domingo, y por la que más devoción tenía el vecindario; otra a Nuestra Madre y Señora de la Merced, por tres días; y, después de la novena del Señor Santiago Apóstol, patrono de la ciudad, se sacó su efigie en procesión por las calles. Inútiles fueron todos los medios cristianos con que los religiosos estimularon su celo para extirpar la peste, ocurriendo a las clemencias del cielo; por el contrario, el mal cundía y hubo que habilitar para lazareto de coléricos la *Casa de Huérfanos*, ya derruida, del marqués de Monte-Pío, nombrándose de administrador a don Diego Portales Andía e Irrázabal.

Se asistió en esas salas, durante la epidemia que duró desde octubre de 1779 hasta enero de 1780, a 3.978 mujeres.

Un año después el Cabildo reclamó la antigua Hospedería, volviendo a establecerse la casa de expósitos durante tres largos decenios. Pero llegado el año 1812, la Junta de Gobierno revolucionario la destinó para cuartel del cuerpo de Granaderos, recién creado, y del que fue su primer comandante don Juan José Carrera.

La calle, entretanto, dejaba correr por la acequia el agua purificadora que iba a redimir de las pasadas pestes la antigua casa de los huerfanitos. En las tardes solía soplar un viento que embalsamaba esos lugares con el olor del arrayán y toronjil del llanito vecino. Su calzada mostrábase menos dura para el desamparado que iba en busca de asilo y sentía el toque levísimo de la campana de su capilla. Sobre la Casa velaba una mano protectora que no dejaba que torcieran su destino de acoger al hijo de nadie. Después del triunfo de Maipú, volvieron los huerfanitos a ocuparla. Sólo el año 1850 se les vio salir en gorjeante procesión, custodiada por tocas blancas, en dirección al nuevo asilo de la Compañía abajo, desde donde se trasladaron a la Casa de Providencia.

El solar de los pobrecitos expósitos se repartió entre diversos due-

ños, y cuando se abrieron los heridos para echar los cimientos de las casas de los señores Díaz, Reyes, Valenzuela, Figueroa y Echeverría, se descubrieron restos humanos del antiguo camposanto de los coléricos del año 1780.(32) Pero en la calle ninguna de estas historias se sabe, aun aquella de los 30.000 pesos que escondió el brigadier Maroto en un sitio de dicha manzana. Los que terminaron con el siglo de las luces decían que en el pozo del antiguo huerto, al repercutir una gota fúnebre, se podía escuchar ciertas noches cómo se corría el tesoro en la tierra socavada del cementerio. Los que vamos corriendo en el actual sólo sabemos que el nombre “de los huérfanos” responde a la pátina de lo prócer, a los que salieron de la dura prueba y encontraron Patria donde lavar el pecado de los padres que los abandonaran en el torno del asilo colonial.(33)

## CALLE REAL DE LA CAÑADILLA

CAMINO de Chile. Su ruta fue abierta por los naturales y bajaba de la cordillera central hasta Putaendo, seguía al sur, dejando al poniente el cerro que los españoles llamaron Pan de Azúcar, por su figura, y después de hacer una extensa curva al este, llegaba al valle del Mapuche, a un lugar donde tenía sus rancherías un poderoso cacique llamado Huechuraba, que dio su nombre a un cerrito, y en cuya cumbre doña Inés de Suárez instituyó una capilla a Nuestra Señora de Montserrat.

Las tropas del Inca que venían a través del desierto acamparon en el portezuelo de Huechuraba, últimos tramos del camino civilizador, para sellar en las márgenes mismas del Mapocho la voluntad de su Señor, que era la de dominar al país hasta Maule. En retorno de gracia llevaban del valle la "flor y nata", el tributo de sus cerros y ríos auríferos. Entre los conquistadores del Perú el mito venía rebosante de poesía. En Tupiza, el capitán don Diego de Almagro pensó encontrar, en el camino del Inca, la ruta encantada que lo llevaría al mediodía de la leyenda de "El Dorado". Todos situaban en el sur la existencia de aquel hombre de oro, rey o sacerdote, que para sus ceremonias diarias untábase de odorante resina que luego cubría con el polvo del sol molido. Pero los sufrimientos de la travesía de Atacama y la poca paciencia para buscar el metal precioso lo hicieron volverse con sus huestes, pues, según una expresión suya, no le parecía bien Chile, "por no ser cuajado de oro". El castillo fantástico del Adelantado desmoronábase para dar paso al esfuerzo de don Pedro de Valdivia, que no ignoraba que la realidad era el mejor hilo con que se tejían los sueños.

A principios del siglo XVII el camino de Chile era el tránsito más usado por los forasteros y peregrinos que acudían a la ermita del Cerro de Montserrat (Cerro Blanco), imitada del santuario que existe con dicho nombre en la cumbre de una áspera montaña de Cataluña, y en la que los padres del convento de los predicadores decían "para siempre jamás" una misa rezada, de tres a tres viernes, por la conversión de los naturales, y el ánima de don Pedro de Valdivia, las de sus padres y abuelos, hijos y

descendientes y demás conquistadores de esta tierra. Estaba destinada también a celebrar la Purificación de la Virgen María, para lo que venían en procesión hasta la capital los padres de Santo Domingo.

El origen del nombre de Cañada de la Chimba, que tuvo primero la barriada, se debió a un brazo de río que se extendía por allí en las creces del Mapocho, parecido al que pasaba por la Cañada de San Francisco. Entonces los españoles llamaban "cañada" lo que nosotros conocemos por quebrada, estero o brazo de río.

La Cañada de la Chimba vino con el aumento de los pobladores a tomar en el siglo XVIII un nuevo aspecto que hizo cambiar su nombre por el de Cañadilla, con que la bautizó el pueblo. Convertida en camino real, empezó a ser el paso obligado de todo el comercio colonial que venía de Buenos Aires y de Cádiz, por vía de cordillera, o que iba a Lima y Charcas, por Valparaíso.

En esta época comenzaron en el camino los remates en pública almoneda; los terrenos se valorizaron; los pleitos abundaban; las chacaras y viñas se extendían hasta el "pago de Renca"; los molinos hacían cantar en la molienda las dos paradas de piedra; y luego, para mayor imaginaria de la rúa, se alzaba omnipotente el vecino don Luis Manuel de Zañartu, que, en 1770, entregó a la devoción el monasterio del Carmen de San Rafael, del cual fue fundador, y que el pueblo, para distinguirlo del de la Alameda, llamó del "Carmen Bajo". Frente al convento tuvo su quinta, en el lado poniente, cuya extensión comprendía por el sur el pedregal del río y por el norte la calle de Cruz, y su anchura estaba entre la calle real y el camino de las Hornillas.

La prosperidad de la Cañadilla data desde que fue superintendente de las obras públicas don Melchor de la Jara Quemada, constructor de la Real Audiencia, del Cabildo y de la Cárcel, (34) quien inició los trabajos para convertir en una calle cómoda y aseada lo que antes estaba lleno de zanjas, hoyos, charcos, barrancos y matorrales. Como en la construcción del Puente de Cal y Canto, les tocó a los presidiarios de cadena el cargo de la obra, cuya extensión abarcó más de veinte cuadras, desde la rampa del Puente hasta las Tapias de los Herederos de don Gabriel González. En los comienzos se plantó la primera "alameda" conocida en la Cañadilla, siendo de árboles frondosos.

Desde entonces se acostumbró atravesar el puente de piedra ya en calesa o carreta, ya en caballo o mula, para dar un paseo circular, yendo por la Cañadilla hasta la calle de los Olivos y volviendo a la ciudad por la Recoleta Franciscana. El trayecto se hacía entre arboledas y quintas, a cuyas sombras, en las tardes de calor, se reunían familias amigas a jugar al naipe o a "pelar" al prójimo.

La Cañadilla fue consagrada por tres obispos. (35) El primero que habitó la barriada fue don Manuel de Alday, que visitaba los ranchos de los pobres y consolaba a los afligidos por el hambre o la desnudez. Otras tardes se sentaba en las faldas del Cerro Blanco, rodeado de un enjambre de niños, a los que hacía cantar dulcemente himnos religiosos.

El otro obispo benefactor de la Cañadilla fue el doctor don Francisco de Borja José de Marán, célebre por haber jugado a los indios su vida en la chueca, después de un desastre en que le robaron todas sus alhajas. A él se debe la construcción de la *Estampa*, nombre que dio el pueblo a la iglesia de Nuestra Señora del Carmen, por haber caído allí una imagen iluminada en colores de la Virgen María, que, mientras un campesino la compraba con regañidos al comerciante don Fermín Fabres, en los portales de Sierra Bella un torbellino la elevó por los aires llevándola, sobre el Mapocho, hasta la Cañadilla adentro.

La construcción de este templo fue comenzada el 26 de septiembre de 1805 y se terminó, después de fallecido el obispo Marán, el 21 de marzo de 1814. La primera partida asentada en la nueva iglesia fue el bautismo de un hijo del vecino don Manuel Joaquín Valdivieso, padre del Arzobispo de este apellido, y su vástago se llamó José Ramón Niceto Jesús de los Dolores. Siendo la primera ceremonia, se hizo gran bullanga de cohetes y campanas, que sacó del silencio al quieto barrio y puso más de una barba chimbera en remojo.

El tercer Obispo que habitó en este barrio fue el doctor don José Antonio Martínez de Aldunate. Era de carácter alegre y franco. Gustaba pasar las horas de descanso con sus amigos de confianza bajo los emparados de un pintoresco rincón, entretenido en jugar al naípe. Allí hizo que le construyese el arquitecto don Joaquín Toesca una casaquinta. Esta fue la última construcción que levantó en Santiago, en 1798.

La casa-fortaleza del Obispo Aldunate la ocupó después, como propietario, don Luis Echeverría, cuyo apellido dio a la calle que se formó al pie de dicho edificio para comunicar la Cañadilla con las calles Juárez y Recoleta.

La Cañadilla, libre a los caminos del mar y de la cordillera, fue assolada durante esta época por el bandidaje que se enseñoreó en las vecindades después de la muerte del Corregidor Zañartu. La partida de Pascual Liberona era la más temida, pues figuraban presidiarios que trabajaban en la obra del camino, cuya libertad había urdido su jefe, por lo que lo llamaban el *Brujo*.

La Patria Vieja y la Patria Nueva hacen de la Cañadilla su vía de desesperanzas y de glorias. El 3 de octubre de 1814, durante todo el día, el camino que bajaba desde la rampa del Puente hasta Chacabuco se vio lleno de una multitud que huía enloquecida. Por todas partes resonaba el grito: "¡A Mendoza! ¡A Mendoza!" Las nuevas del desastre de Rancagua y la marcha de los vencedores habían traído el pánico de los terremotos. Todo el desorden de la fuga estaba impreso en la calle con muebles abandonados y animales sueltos y perdidos de sus dueños. Era una emigración confusa de carretas lentas, cargadas de petacas y camas, y de jinetes veloces; de calesas con bellas damas y graves caballeros; de tropillas con cargas de plata y frailes que se resignaban al tardo paso de sus cabalgaduras.

Don José Miguel Carrera cruzaba la Cañadilla al amanecer del nuevo

día en guarda de las espaldas del pueblo fugitivo; lo acompañaban los últimos restos del deshecho ejército con su hermano don Luis y los capitanes Maruri, Astorga y Jordán.

El general Carrera se volvió, al pasar el Puente, por última vez a la ciudad nativa, que ya sus ojos nunca más verían, y se despidió como Jefe Supremo con el brazo en alto que hizo del poncho blanco un airón.

El 9 de octubre entró por la Cañadilla el ejército de Osorio. Los ranchos más miserables enarbolaron jirones de telas rojas y amarillas, como si todos los habitantes, por un instinto común de salvación, hubiesen querido ampararse a la sombra del pendón de Castilla.(36)

Años de la Reconquista.

1814-1815-1816.

Se oían gritos aislados de “¡Viva la Panchita!” y los anuncios de las montoneras de Manuel Rodríguez. Por las rendijas de las puertas, las mujeres atisbaban “la cola” satánica de los talaveras.

1817. En el aire llegó el himno del Ejército Libertador de los Andes. Era en la Guardia; era en las Coimas; era en Chacabuco el 12 de febrero con la carga gloriosa de O’Higgins.

Al día siguiente penetraba por la Cañadilla el Ejército de San Martín. El pueblo había acudido a esperarlo al norte del río con flores y festejos; llevaba como trofeos los enseres del Palacio de Marcó del Pont, saqueado en la mañana que éste huyó por la calle de San Pablo al poniente.

Comenzaba la era de la Patria Nueva en la Cañadilla.

San Martín salió en carroza hasta la “esquina del fraile”, donde arranca el camino de Renca. De ahí seguiría en su mula barrosa de cordillera hasta los pasos de Huechuraba, a pasar la noche en el fundo de su tocayo don José María Serrano. Iba camino de Buenos Aires a preparar la expedición al Perú.

El día 11 de mayo de 1817, a casi tres meses desde su primera entrada, después de la victoria de Chacabuco, se anunció la presencia de don José de San Martín, seguido de O’Brien y del baqueano Justo Estay, en las afueras de la Cañadilla.

Un gran concurso de gente fue a recibirlo con el Cabildo, llevándole la carroza que le obsequiaron los vecinos, y en la cual el general acomodábase no sin pena de dejar los blandos lomos de su “barrosa”.

Las cuatro campanas de la Estampa fueron las primeras en echarse a repiques saludando al Libertador, después las del Carmen Bajo y luego las campanas de toda la ciudad. En la matinada de su canto, por cielo y tierra, predecían la libertad definitiva de dos naciones y el afianzamiento de la Independencia del continente sudamericano.

Desde la administración de don Bernardo O’Higgins, la Cañadilla cambió oficialmente de nombre por la de “calle de Buenos Aires”, en recuerdo de los esfuerzos que hizo esa ciudad por independizarnos de España.

El letrero que contenía aquel nombre, hecho en tablero negro con letras blancas, estuvo colocado frente a la iglesia del Carmen Bajo, acera



## CALLE DE LA MAESTRANZA

El general Carrera se volvió, al pasar el Puente, por última vez a la ciudad nativa, que ya sus ojos nunca más verían, y se despidió como Jefe Supremo con el brazo en alto que hizo del poncho blanco un avión.

El 9 de octubre entró por la Cañadilla el ejército de Osorio. Los ranchos más miserables crujieron projes de telas rojas y amarillas, como si todos los habitantes, por un instinto común de salvación, hubiesen querido agruparse a la sombra del pendón de Castilla (36)

Años de la Reconquista

1814-1815-1816

Se oían gritos asustados de "¡Viva la Panchita!" y los anuncios de las montoneras de Manuel Rodríguez. Por las rendijas de las puertas, las

LOS JESUITAS, que habían tendido una red misteriosa para atrapar todas las industrias, quisieron para sí también la de los alfareros; en unas cuadras de viña que poseían en los suburbios fundaron una fábrica que hiciese competencia ruinosa a los pobres indios talagantinos.

La chácara donde se instaló su industria locera pertenecía a la donación que un capitán de la Conquista, llamado Agustín Briceño, había hecho a la Compañía de Jesús, en la primavera del año 1595, para que allí se estableciese un colegio de religión que le diera patente de fundador.

En el año 1740 la casa de ejercicios de Loreto albergó en sus patios grandes hornos para cocer las vasijas. Los indios que merodeaban por esos lugares fueron los primeros en detenerse a observar con curiosidad el aparato que desplegaban los padres jesuitas en los ranchos y corrales adyacentes, donde disponían de la colocación de hornos y alambiques. La manufactura, hasta entonces muy primitiva, de las ollas de greda no les permitía aún comprender el partido que los milagrosos frailecitos querían sacar del amasijo de la arcilla. Era la loza, por esos años casi desconocida en Chile, y las familias que no podían tener vajillas de plata labrada usaban utensilios de barro cocido. El nuevo procedimiento que iban a poner en práctica los jesuitas había exaltado el ánimo de los indios de Talagante y Melipilla, que veían ya mermados sus recursos por la competencia que éstos les harían en las plazas de abastos.

No pasó mucho tiempo sin que los indios vieran los efectos que para su peculio significaba la industria de la casa de Loreto, que hizo florecer en sus patios con la arcilla roja jarras esbeltas para vino y agua, y con la arcilla negra ollas populares y de guerra; la mano fina decoró mates con dibujos blancos, cántaros con asas en forma de brazos humanos, lebrillos jaspeados con polvo de oro, platos con figuras de santos y episodios evangélicos, fuentes y cuencos de diversos tamaños y colores. Los jesuitas habían fundido con líneas propias la modalidad aborigen al transportar el arte rústico de la alfarería a los nuevos procedimientos de su casa.



El 1.º de octubre del año 1842 se estableció en la antigua masquerita la Academia Militar siendo su primer Director el general don Francisco Gans.

El año 1870 se suprimió la Escuela Naval, fundada en 1858 en Valparaíso, y sus alumnos pasaron a la Academia de Artillería, de donde salían a los buques de guerra a completar su instrucción, después de cuatro años de estudios.

El antiguo convento jesuíta, convertido en masquerita y cuartel, ha llegado hasta nuestros días como continuador de su tradición. Hasta ayer los clarines del Regimiento de Caballería "Los escuadras del General Baquedano" saludaban desde sus pasadizos al alba, y desde un viejo soldado de la Confederación, llamado Agustín Bazzano, armados en días envueltos en el hábito de hermano custodio, evocaban la última noche que hizo a los hallos en Montevideo.

Calle de la Ollería. Casas del Hospicio.

El camino que conducía a la chacara cobró la candorosa de un friso en el ir y venir de las mujeres con los cántaros en la cabeza, y el tráfico de las recuas de mulas con enormes botijas bermejas.

En los patios de la casa se veían apiñados los grandes cancos, entre rumas de ollas, despidiendo olor de greda fresca, que incitaba a beber los primeros sorbos del jugo cosechado en los lagares, y que envolvía en la misma ansia a los arrieros y transeúntes del camino, por lo que dieron en designarlo con el nombre "de la Ollería".

Hacia cada tinaja un mínimo de veinticinco arrobas y costaban tantas veces cuatro reales como arrobas contenía.

Después de la expulsión de los jesuitas, la industria de su casa de ejercicios decayó, y volvieron a recuperar su mercado los lebrillos de Pomaire, las ollas de Talagante, las botijas de Melipilla, las lámparas y braseros de greda de Valparaíso, las jarras de Penco y las arabescas miniaturas de las monjas. Los indios, con la competencia, trabajaban ya con más novedad su antiguo arte, cuyo amásijo rural producía ahora inmejorable loza.

La casa de Loreto se convirtió, durante la guerra de la Independencia, en maestranza, bajo la dirección del célebre padre Beltrán, y fabricó pertrechos para el Ejército patriota y la Expedición Libertadora del Perú. Las épocas habían cambiado diametralmente. En los patios, donde antes se apiñaban las ollas y cancos, ahora se veían armones y cureñas, balas de bronce y de hierro, sartas de bayonetas y herraduras; y como ya en la calle no había ni olor de arcilla fresca o cocida, el antiguo nombre fue substituido por el de "calle de la Maestranza". El pueblo desde el amanecer sentía el canto de los yunques, por sobre murallas y corrales, que forjaban a golpe de martillo las balas emancipadoras. Era como un nuevo llamado de la patria, que repercutía en los aldeaños y ponía en guardia a los salteadores del "Callejón del Traro".(37)

El 6 de octubre del año 1842 se estableció en la antigua maestranza la Academia Militar, siendo su primer Director el general don Francisco Gana.

El año 1870 se suprimió la Escuela Naval, fundada en 1858 en Valparaíso, y sus alumnos pasaron a la Academia de Santiago, de donde salían a los buques de guerra a completar su instrucción, después de cuatro años de estudios.

El antiguo convento jesuita, convertido en maestranza y cuartel, ha llegado hasta nuestros días como continuador de una tradición. Hasta ayer los clarines del Regimiento de Caballería "Cazadores del General Baquedano" saludaban desde sus patios el alba de un pueblo que en su torre de ejercicios escuchó cánticos del Señor, y donde un viejo soldado de la Conquista, llamado Agustín Briceño, terminó sus días envuelto en el hábito de hermano coadjutor, evocando la última carga que hizo a los indios en Mareguano.

# CALLE DE LA MERCED

El camino que conducía a la chacra cobró la candoridad de un rizo en el ir y venir de las mujeres con los cántaros en la cabeza, y el tráfico de las recuas de mulas con enormes botijas perlas.

En los patios de las casas se veían apilados los grandes cancos, estas rumbas de ollas, despidiendo olor de grada fresca, que invitaba a beber los primeros sorbos del jugo cosechado en los lagares, y que envolvía en la misma ansia a los arrieros y transeúntes del camino, por lo que dieron en designarlo con el nombre "de la Ollera".

Hacia cada tinaja un mínimo de veinticinco arrobas y costaban tantas veces cuatro reales como arrobas contenía. Después de la explosión de los tejantas, la industria de su casa de ejercicios decayó, y volvieron a recuperar su mercado los lebrillos de Pomare, las ollas de Talsante, las botijas de Melilla, las lámparas y

IBAN y venían dándose la vereda con graves y elocuentes inclinaciones de cuerpo o suscitando pequeñas querellas al volver de una esquina.

—Mi señor don Francisco, usted la tiene.

—No, loado conde... Vuesamerced la lleva.

—A las vegadas le suplico...

—Cuando se os ruega pasar adelante...

—Mi señor don Francisco, hacedlo al instante.

Y los dos magnates terminaban la cuestión de cortesía, después de mucho accionar, entrando a un mismo tiempo. Sólo en ciertos casos, cuando les acompañaba el garbo, en el paso de escote, apenas rozaban las capas; pero la precipitación o el excesivo tamaño de los señorones daban buena cuenta de sus cuerpazos, las más de las veces, con un estrellón.

Esta enjundia de los vecinos nacía del carácter mismo de la calle, encuadrada por recios portones y no menos macizos escudos de piedra, labrados en las canteras del Cerro Blanco, y que en el frontispicio tenían seguro aire de eternidad.

No cabrían en el largo más de tres cuadas, de ciento cincuenta varas castellanas cada una, desde la Plaza Mayor hasta la cuesta del Santa Lucía llamada el Alto del Puerto,(38) y, sin embargo, toda el alma engolillada de la vieja España palpitaba en esa hilera de casonas por cuyos postigos se asomaban pelucas de frente de hierro.

En la esquina noroeste, atravesada con el templo de la Merced, frente a la plazuela de ordenanza mística, alzaba su casa de "cadena" el Corregidor don Luis Manuel de Zañartu. Alto paredón frontal, mirillas de fortaleza en vez de ventanas, portón tachonado de estrellas, cerrado con mudo ceño, y en el escudo el casco de guerra de los caballeros de Oñate.

La vara de mando del Corregidor había impuesto en la calle la observancia de un tránsito de convento. Sobre su alma caía el desamparo de una viudez sombría, y sus dos hijas se preparaban para recluirse en el convento que él mismo fundara en la Cañadilla. Los vendedores pasaban sólo en las primeras horas de la mañana y uno que otro al atardecer; en la

calle no había más ruidos que los chichisbeos en las rejas, las zalemas de cortesía entre los nobles, el grito de "paró calesa" de los negros y el canto patético de los serenos.

La casa del Corregidor dejaba entrever, sin embargo, la visión morisca del patio principal, con la pila que éste construyera en su arrogante mocedad para mostrar en el artificio del juego de agua la suntuosidad del adorno, propio de las mansiones del Rey.

Cada esquina se apuntalaba con la piedra de una casa grande: la del sudoeste con San Antonio pertenecía a doña Francisca de Borja de la Carrera y Ureta. Su padre, don José Miguel de la Carrera y Elgueta, había pasado la vida acumulando caudales en la hacienda de Limarí, para hacer vida de gran señor a las orillas del Mapocho. Doña Francisca era hermana de don Ignacio de la Carrera, padre de los tres soldados de la Patria Vieja, y se casó con un devoto caballero peruano, don Domingo de Valdés y González, regidor y alcalde de Santiago en 1743; fundador, veinte años más tarde, del mayorazgo de Santa Cruz.

Doña Francisca tuvo una hija, llamada Nicolasa, que se casó con don Mateo de Toro y Zambrano, antes que fuese Conde de la Conquista.

En los primeros tiempos, don Mateo se avino con su suegra, pero, el mejor de los días, enredóse misiá Nicolasita en una de dimes y diretes con la vieja "mama" que la crió, por lo que hubo de apartar casa, pues doña Francisca de Borja no cedió en la rebujiña, metiendo cucharón y cucharilla en defensa de la "mama", hasta terminar por ponerle a su hija "las peras a cuatro". Don Mateo, que por primera vez veía horripilante la lengua de bronce del golpeador, salió en busca de solar, y para no ser menos que su suegra, en la cuadra vecina a la plaza, compró en veinte mil pesos el de la viuda del capitán Juan de los Ríos y Terán, fincando allí la casona que años después iba a ostentar, en el color sangre de sus paredes, el más caro emblema de los próceres de la Patria Vieja.

La ilustre prosapia de la mansión de don Mateo no desmerecía en nada al de sus vecinas de la acera de la sombra, que era donde habían levantado sus solares los mayorazgos y cruzados, como un derecho no consignado aún en la heráldica de Indias.

En los portales de la Plaza estaban los herederos de don Francisco de Tagle y Bracho, hermano menor del primer marqués de Torre Tagle, que vino del Perú a establecerse en Santiago, habilitado por éste con la suma de 113.000 pesos; venían después los Prado, descendientes del maestro de campo don José Miguel y de doña María del Rosario Jara Quemada. En la esquina con San Antonio estaba la casona, de pilar de piedra y balcón volado, de don Juan Alcalde, primer Conde de Quinta Alegre, y al oriente dábanle cantonada don Martín José de Larraín, el fundador de la familia de los "Ochocientos", y su sobrino don Santiago, caballero de la Orden de su nombre. Tantos fueros de nobleza prestaban a la calle un ceño de ranciedad que el mestizaje miraba con guarda y respeto, y decían, para su capote, de todo señorcete o mulato acaballerado, con humos de haberse tragado una lanza, que venía de la calle "de los Condes

y Cruzados", de donde nació el nombre de la vía. Pero nunca se ha visto que las vanidades humanas suplanten la eternidad de las órdenes de religión, muchas de ellas tan beneméritas a la Iglesia como protegidas por los monarcas. Entre éstas venían los mercedarios siguiendo las banderas de los conquistadores y procurando atraer a los indios al yugo suave de la ley divina. Los padres de la Orden fray Antonio Correa y fray Antonio Rondón se hallaban en Lima cuando Diego de Almagro organizó su expedición para invadir el territorio chileno y se incorporaron en ella, como capellanes, a correr los azares del desgraciado conquistador.

Los mercedarios comenzaron a levantar casa el 10 de agosto de 1566 en los solares donados por el Cabildo, y con buena fortuna, pues uno de los sucesores de Valdivia, don Rodrigo de Quiroga, les construyó a sus expensas la iglesia del convento, que fue una de las más suntuosas que existieron en la ciudad, por la munificencia de su costo, que pasó de 15.000 pesos.

Mal parada quedó con el terremoto del 13 de mayo de 1647, pero se salvó la capilla mayor, donde causó asombro encontrar a San Pedro Nolasco vuelto en su nicho hacia Nuestra Señora, como pidiéndole amparo para sus hijos.

La nueva iglesia fue construida por el arquitecto Toesca en las postrimerías del siglo XVIII; la apuntaló con rudos contrafuertes en la calle lateral, y en el ángulo mismo con las Claras levantó esbelto el minarete cristiano que llamaría a la oración.

La calle de los Condes y Cruzados estaba obligada a contemplar como fondo el murallón legendario de su templo, y a medida que fueron desapareciendo con la muerte sus arrogantes vecinos, quedó libre y eterno el de su tradicional religión de la Merced. Sin embargo, siempre conservó esa calle una aureola de sus hombres de cruces y veneras, y la historia recuerda el jubiloso día en que la casa de don Mateo de Toro y Zambrano fue punto de reunión de más de cien vecinos conspicuos para tratar sobre quiénes debían ser los vocales de la Junta revolucionaria.

Estaba ahora la gloria en la acera del sol. El primer galón de la cruzada de 1810 se remachó, cuatro años más tarde, en el portón de doña Mariana Toro de Gamero, clavándose una corona de oro por orden del Gobierno republicano, en honor de la dama que hizo uno de los sacrificios más heroicos al dar sus dos hijos a la Independencia de la Patria. No muy lejos de esta casona, en la que cierra la calle al oriente, pasada la plazoleta, se escondía modesta con su drama la casa que habitó doña Agueda Monasterio de Latapiat. Esta dama fue una de las emisarias que, con Manuel Rodríguez, compartieron el terror de los días tenebrosos de San Bruno, llevando despachos al Ejército Libertador. Doña Agueda murió agobiada por los castigos que los talaveras le infligieron por haberse tragado una carta de San Martín, y su terrible capitán le hizo abrir el estómago, después de muerta, para extraer la correspondencia.

La primera casa que visitó San Martín al entrar a Santiago, después de la victoria de Chacabuco, fue la de doña Agueda, con el fin de llevar su

palabra de consuelo y de fe a sus dos hijos huérfanos, don Francisco y don Bruno.

Años más tarde, esos dos hijos vengaban a su heroica madre, el primero en Valdivia y el segundo en el Callao, muriendo éste el 18 de septiembre de 1821.

Por fin llegaban días de bonanza y de meditación en que la vía se unió con el pasado y se prolongó hacia el porvenir, camino hacia el oriente, y formó las atravesadas de los Tres Montes,(39) la de Mesías, hasta los Tajamares.

La calle olía al tufillo que salía del ancho patio de la Casa Colorada durante el asoleo de los charquis, cueros y frutas de la hacienda de Alhué. La españolería y el criollismo les daban un carácter peculiar a los zaguanes y balcones volados de las casas. Cuando no se asomaba por la reja el rostro pálido y curioso de una damita, con algo de infanta de España, venían los olores perfumados de los jardines o el olor de la yerba del país que más de un boticario secaba en la resolana del corredor.

Se pueden contemplar aún dos entidades del carácter social y religioso de la vieja calle de los mayorazgos: la Casa Colorada y el templo de los Mercedarios. La primera, al desafiar a los tiempos con el rojo revoque de sus paredes, afirma la inmortalidad de las conquistas castellanas que la hicieron después el baluarte de la emancipación de sus hijos; y la segunda, el atestiguar la eternidad de su Orden, al convertir en basílica(40) el humilde templo colonial que fundara el capellán de Valdivia para gloria y prosapia de la calle de la Merced.(41)

## CALLE DE LAS RECOGIDAS

TRAS el hosco decorado de las primitivas calles, el deseo pecaminoso iba desplegando la añagaza de las mujeres libres que mercaban sus favores. Esta muchedumbre femenina se había formado en el siglo XVI, cuando la ciudad, convertida en claustro y cuartel, sólo daba alojamiento a los soldados de los refuerzos que venían del Perú, donde estaba la ralea social de su reclutamiento. La falta de una sociedad orgánica que las vigilase y la complicidad de los encomenderos en la misma aventura hicieron también fácil la presa indígena, en medio de una naturaleza en que la breña incitaba con sus aromas, mostrando los instintos desnudos como sus espadas conquistadoras.

La mestiza nacida de dicha convivencia, sin otra sombra fantasmagórica que la del murallón conventual, desperdició a veces su sangre como riego de guerra, pecando en lo obscuro.

No tardó el mal en cundir. Pobláronse las calles de mendigantas que atisbaban al amparo sombrío de los aleros el paso de una figura zorriillesca. Fue en el auge de esta merca cuando el Gobernador Marín de Poveda, a insinuación del celoso Obispo Romero, ordenó que se construyese una casa en que fuesen recogidas y guardadas las mujeres de mal vivir.

Se empezó su construcción en la antigua plaza de San Saturnino.(42) No terminaban de levantarse las murallas cuando llegó a oídos del devoto Felipe III que dicha casa estaba situada nada menos que al pie de un cerrillo fácil de escalar, y que por la ubicación tan vecina podía utilizarse como punto de miraje, y ordenó que se paralizasen los trabajos. Pero como no podía dejarse perder el dinero invertido, se prosiguió la construcción, con el recurso de que proporcionaba los peajes de los puentes de Maule y Aconcagua. Cerca de cuarenta años se demoró en terminar la obra, y entre empréstitos, cédulas reales que aprobaban y desaprobaban, derribando lo hecho y tornando a reconstruir, se puso término a la Casa de Recogidas el 2 de noviembre de 1734, siendo obispo don Juan Sarracolea y Olea, quien confeccionó su reglamento interno.

La casona quedó solitaria en la manzana, apuntalada por rudas murallas que proyectaban negras y violentas sombras, y daban a las callejuelas vecinas, con sus ventanillas pegadas junto al alero, un tétrico aspecto, que hacía pensar en la cautela de los antiguos serrallos.

La nueva fundación se constituyó en forma de beaterio y con un personal de seis santas hermanas del hábito de Jesús, que desempeñaban los oficios de rectora, ministra, sacristana, compañera, portera y escucha, siendo estrictamente vedada la entrada al recinto a cualquier hombre, excepto el barbero, el médico y el capellán.

Las recogidas empezaron a ingresar con gran escándalo.

Así, una tarde, cerca de la oración, vióse venir por la calle de los Perros, en dirección a la casa de piedad, un tumulto formado por dos mujeres, que entre un piquete de soldados caminaban con los brazos atados a la espalda. Una de ellas marchaba llorosa y ocultando su cara entre los pliegues de su rebozo; y la otra, menos resignada, lanzaba imprecaciones al Corregidor y a sus apresadores, arremetiendo a punta-piés y cabezadas para lograr evadirse.

Seguía a las mujeres una poblada de gente curiosa que, a la voz de "una recogida", se agregaba al grupo y prorrumpía en exclamaciones soeces y carcajadas espantosas.

A la distancia, sin perder de vista la procesión, escurríanse dos embozados, chambergo sobre los ojos...

Al día siguiente, después de la queda, se vio escalar el cerro, por la parte del molino de Araya, a dos hombres que, por largo rato, entre los peñascos, avizoraban hacia el interior de los patios haciendo misteriosas señas con luces de color...

Las asiladas día tras día fueron aumentando, hasta llegar, en el año 1779, al número de ochenta, y hubo, por tal motivo, que establecer rondas continuas en el cerro, para evitar que los amancebados se comunicasen.

La taciturna casa suprimió de esta manera todo horizonte para aquellas infelices a quienes se les recluía a una existencia sórdida y monótona, sin plazo ninguno, obligadas a un voto de renunciamento total.

La calle donde daba su frente la portería del beaterio corría paralela a la del convento de las Claras, y respiraba a su través un aliento febril de penitencia, para borrar lascivias y perjurios. Sin embargo, por las ventanillas, de trezada malla de hierro, algunos ojos de recogidas escudriñaban con tristeza la espectral vereda. Los transeúntes que solían ver esos rostros prisioneros llamaron muy pronto a la calle con el nombre "de las Recogidas".

Años más tarde, en 1796, el Presidente don Gabriel de Avilés, de acuerdo con el Obispo Morán, dotó a la casa de telares, y, lo que no hicieron en su airosa juventud las primeras recogidas, terminaron su vida, nevados los cabellos, hilando lana en vez de las historias añejas y picantes...

La revolución de la Independencia les trajo, por fin, la libertad, y la casona fue destinada a cuartel. El día de la batalla de Maipú estuvo situado en sus claustros el hospital de sangre.

Por esos años, lo que antes fuera huerto del convento mercedario hasta el cerro o calle de Bretón dividióse para dar prolongación a la de las Recogidas, que se llamó calle "Nueva de la Merced"; mas no duró mucho el nombre, pues el vetusto caserón vecino a la Cañada mantuvo su preponderancia como calle "del Cuartel" o de la "Artillería". Y algunos de estos nombres debió haber conservado para recordar el combate que se efectuó a la sombra de sus paredes el 20 de abril de 1851.

La calle en ese día siniestro fue invadida por una gruesa columna, que no bajaría de novecientos hombres, formada por los cívicos que, al toque de la generala, habían acudido a defender el Gobierno del Presidente Bulnes. Estos voluntarios venían en auxilio del Cuartel de Artillería. Se decía que estaba ardiendo por las cuatro puntas. Todos entraron por el callejón donde estaba la antigua portería del beaterio. Pero apenas quedaron encajonados su columna fue flanqueada por las tropas revolucionarias del Valdivia en las bocacalles inmediatas. El coronel Urriola largóse al trote de su caballo para atacar con su banda por las Claras, en tanto que Arteaga tapaba la salida a la Cañada. El destino quiso que, al doblar hacia las Recogidas, cayese el célebre coronel herido por la bala de un guardián. Reemplazóle Videla en el mando, quien dio la orden de fuego para cruzar en una trampa a la columna de cívicos.

Los hombres, enloquecidos por el terror de las balas, y careciendo de armas con que responder, golpeaban la única puerta del Cuartel que existía en la callejuela, sin que los de adentro contestasen, arañando con desesperación las murallas, mientras rodaban por el suelo, formando con sangre, lamentos y súplicas un amasijo de cuerpos. Parecía que las maldiciones de las antiguas recogidas hubieran brotado de nuevo por las ventanillas de su prisión, para caer sobre esos artesanos pacíficos que, cuando ya creían que se abría la puerta salvadora, vieron aparecer por su caverna infernal la boca de dos cañones de montaña, que, apuntando la una a la derecha y la otra a la izquierda, abrieron un boquete humano para darse paso hacia la Cañada. Y así, la catástrofe confundió a los amigos de una misma causa, sin medir las proporciones del siniestro, que los espartaba, corriendo los que podían salvarse hacia el cerro, echando abajo las puertas de las casas o deslizándose por las acequias. Muchos arrojaron sus uniformes, escondiéndose tras los mismos artilleros, que no se daban cuenta de dónde surgía ese alud de gente horrorizada...

Estuvo después en esa casona la Guardia Nacional. En los días en que se rumoreaba guerra con la Argentina, fue asaltada por los rotos patriotas, que a toda costa querían enrolarse en las filas, sin que para ellos fuera un argumento el que en los patios y claustros no cupiese un hombre más. Era ya la calle "Miraflores", nombre que recibió en recuerdo de la batalla librada el 15 de enero de 1881, con la que Chile puso fin a su contienda con el Perú.

La actual plazuela de Vicuña Mackenna surgió sorpresivamente el año 1901, bajo la piqueta demoledora que, en una sola noche, derribó los viejos claustros de arrepentimiento de "las Recogidas", y puso apacible lápida a su trágico pasado.

simple de su nombre.

El 7 de febrero de 1874 se inauguró con gran solemnidad el claustro de las Recogidas de la Compañía de María.

Era la última etapa, el más bello y serio, de una de esas peregrinaciones que en el alma de los religiosos de esta ciudad se realizaban con tanta frecuencia. Traían las religiosas, en sus largas y estrechas túnicas, los hábitos de las novicias, los hábitos de las hermanas mayores y los hábitos de las hermanas de la vida común, el estroico y austero hábito de las hermanas de la vida común.

Las hermanas mayores de la Compañía de María, que habían estado en el claustro de las Recogidas, se trasladaron a las Recogidas de la Compañía de María.

ALORA se dice que en el claustro de las Recogidas de la Compañía de María se encontraba el claustro de las Recogidas de la Compañía de María. En las hermanas mayores se encontraba el claustro de las Recogidas de la Compañía de María. En las hermanas de la vida común se encontraba el claustro de las Recogidas de la Compañía de María. En las hermanas de la vida común se encontraba el claustro de las Recogidas de la Compañía de María.

Y no es difícil comprender la historia de la plaza, porque en aquella época, sin que se pueda decir por las pruebas, sus antecedentes y sus antecedentes, desde la creación de la Plaza de Armas hasta la plaza de la Compañía de María, se encontraba el claustro de las Recogidas de la Compañía de María.

En el primer bastión que se levantó en la plaza, se encontraba el claustro de las Recogidas de la Compañía de María. En el primer bastión que se levantó en la plaza, se encontraba el claustro de las Recogidas de la Compañía de María.

El primer bastión que se levantó en la plaza, se encontraba el claustro de las Recogidas de la Compañía de María. El primer bastión que se levantó en la plaza, se encontraba el claustro de las Recogidas de la Compañía de María.

El primer bastión que se levantó en la plaza, se encontraba el claustro de las Recogidas de la Compañía de María. El primer bastión que se levantó en la plaza, se encontraba el claustro de las Recogidas de la Compañía de María.

El primer bastión que se levantó en la plaza, se encontraba el claustro de las Recogidas de la Compañía de María. El primer bastión que se levantó en la plaza, se encontraba el claustro de las Recogidas de la Compañía de María.

El primer bastión que se levantó en la plaza, se encontraba el claustro de las Recogidas de la Compañía de María. El primer bastión que se levantó en la plaza, se encontraba el claustro de las Recogidas de la Compañía de María.

El primer bastión que se levantó en la plaza, se encontraba el claustro de las Recogidas de la Compañía de María. El primer bastión que se levantó en la plaza, se encontraba el claustro de las Recogidas de la Compañía de María.

El primer bastión que se levantó en la plaza, se encontraba el claustro de las Recogidas de la Compañía de María. El primer bastión que se levantó en la plaza, se encontraba el claustro de las Recogidas de la Compañía de María.

## CALLE DE LAS MONJITAS

Por esos años, lo que antes fuera cuarto de la calle de las Recogidas, que se llamó calle "Nueva de la Merced", mas no duró mucho el nombre, pues el vasto caserón vecino a la Cañada mantuvo su preponderancia como calle "del Cuartel" o de la "Artillería". Y algunos de estos nombres debió haber conservado para recordar el combate que se efectuó a la sombra de sus paredes el 20 de abril de 1871.

La calle en ese día siniestro fue invadida por una gruesa columna que no bajaba de novecientos hombres, formada por los civiles que, al toque de la generala, habían acudido a defender el Gobierno del Presidente Buñes. Estos voluntarios venían en acción del Cuartel de Artillería

AHORA la calle transverbera muy distintas preocupaciones: la luz eléctrica ha borrado el panorama de la noche colonial; las celdillas reemplazan a las generosas casonas de corredor volado y piedra en la esquina. De su aire aristocrático sólo queda algo íntimo que no pasará tan pronto y, luego, el nombre de las "monjitas", sin el "de las", porque se ha ido gastando con el uso.

Y no es difícil ir enhebrando la historia de la calle, porque su girón es corto. Sin prisa se pueden medir, por las pisadas, sus ochocientas varas castellanas, desde la esquina de la Plaza de Armas hasta la plazuela de Bello. En el primer bastión nororiental estuvo la casa de las monjitas, que canta su origen en la manzana que yace entre las calles de San Antonio, de Santo Domingo y 21 de Mayo. En el final de aquellas cuadras se encontraban la pista del reñidero de gallos y el estanque desde donde venía el agua para la fuente de la plaza.

El altar mayor del convento de las monjitas daba su frente a la antigua Cárcel (Palacio Consistorial), y su torre, formada por un rectángulo de ladrillos, se alzaba hacia la calle de su nombre y que antes fuera del conquistador Pero Gómez, primer vecino del primitivo callejón, y por donde se iba a tomar el camino de Apoquindo y de las Condes. El templo de las monjitas Claras de Nuestra Señora de la Victoria sólo tenía puertas laterales, a fin de que el coro hiciese frente al altar mayor.

La portería daba a la vieja calle de Pero Gómez, y era por allí donde el mundo de la Colonia desfilaba al tañer de las horas canónicas. Por el torno salían los lebrillos con sus sazónadas lentejas, los azafates de plata con sus finos almendrados y la sabrosa pasta de la madrileña alcorza. Era la portería el centro del movimiento comercial de la calle: cantigas de mulatas en la calzada del frente y trajín de chinas y demandaderas; del apiñamiento salía la beata corredora, llevando el chisme; el benjuí de la dama saturaba el locutorio de un hálito perfumado de mundanidad. Una mujer deshojaba ramos de aromos y una cacica devota extendía en el suelo, con la gracia de los choapinos, la pintada alfarería del valle. Y,

mientras la campana clarísima se volvía jardín de rosas bajo la planta voladora, en la labia de los mestizos se esparcía el nombre de las monjitas de la plaza con el sabor de sus pastas maravillosas, hasta grabar en el alma de aquellas sencillas gentes, como en una pintura iconográfica, la verdad simple de su nombre.

El 7 de febrero de 1678 llegaron por primera vez a sus nuevos claustros "las monjitas de Osorno".

Era la última etapa, o así parecía serlo, de una de esas peregrinaciones que en el alma de un pueblo se levantan como proeza de la raza. Traían las religiosas, en la palidez de sus rostros y en el andrajo de los sayales, las huellas de las que soportan todo y desprecian todo: el lado estoico y místico al mismo tiempo.

Las primeras monjas de la Orden de Santa Clara la antigua, que desde Santiago salieron a las regiones sureñas, habían partido hacia ya ciento cinco años, en 1573, con doña Isabel de Plasencia, noble matrona fundadora del convento de Osorno. Prosperaba la santa casa con las limosnas que venían del "oro de Valdivia" en la explotación de Pozuelos de Villarrica, y llevaban veinticinco años de piadosa reclusión, cuando sobrevino el alzamiento de indios llamado de "las siete ciudades". Habían caído, en menos de tres años, de 1600 a 1603, Arauco, Angol, Cañete, la Imperial, Villarrica, Valdivia y Osorno. Las monjitas tuvieron que abandonar su casa, despoblado el asiento que heroicamente defendía el maestro de campo don Francisco Hernández Ortiz en medio de un cerco de millares de bárbaros. Salieron las clarisas, presididas por la imagen de Nuestra Señora de las Nieves,<sup>(43)</sup> que la indiada había alcanzado a azotar, hacia Carelmapu y desde allí caminaron hasta Castro, apartadas del bullicio de la caravana, descalzas y felices de los trabajos que por Dios pasaban, rezando sus horas y alabando al señor en la penosa marcha de retirada. En Castro, las peregrinas esperaron un bergantín que las condujo a Valparaíso, y de aquí siguieron, por orden del Obispo Pérez de Espinosa, a una casa franciscana en San Francisco del Monte. Pero tampoco terminaron en esta aldea las andanzas de las clarisas. Algunos años después fueron traídas a Santiago a un sitio destinado para la fundación de la Orden, en las faldas del cerro Santa Lucía. No pararon aquí tantas mudanzas. Las rivalidades de la vida monástica estaban en su punto, y las osorninas formaron, con gran escándalo de los padres franciscanos, bajo cuya tutela se regían, un bando que desconocía su autoridad, por lo que tuvieron que salir a asentar su religión en uno de los bastiones de esquina de la Plaza Real.

Pero, entre tantos forzados cambios, no les faltó a las monjas un corazón devoto y enamorado que las acompañara con indignación en las tribulaciones que sufrían. Fue un gallardo capitán, llamado don Alonso del Campo Lantadilla, que pagó con sendas talegas de oro el derecho de celebrar sus esponsorios místicos con las vírgenes del Señor. El piadoso militar legaba a las clarisas lo suficiente para que comprasen una de las más valiosas manzanas de la ciudad y edificasen un cómodo monasterio,

sin otra cláusula testamentaria que la de poner a su fundación el nombre de Santa Clara del Campo. Disculpable vanidad que las monjitas retribuyeron con femenina ingratitud, olvidando el mundano homenaje que les pedía su benefactor para llamarlo de "Nuestra Señora de la Victoria", cúspide consciente de su voluntad heroica.

El siglo XVII y el siglo XVIII mantuvieron el baluarte monástico en la esquina de la Plaza Mayor: rezos por las tropas que salían hacia Arauco, por gobernadores que llegaban, por los ajusticiados que caían y por las pestes que diezaban. El siglo XIX las esperó con la misma unción, entre los cánticos de victoria de la Patria Nueva; pero estaba decretada en el destino la marcha de las monjitas de la Plaza.

Benavides, en el sur, se había alzado con los indios bárbaros. Se repetían los avisos de que éste aumentaba sus piraterías por mar, y que por tierra se preparaba para invadir el Biobío. Era necesario formar un ejército que impusiera la pacificación definitiva en el país, rechazando al español de los últimos reductos. Pero, para sufragar los gastos de 100.000 pesos que demandaba el ejército, había que recurrir a cualquier arbitrio, y porque en semejantes casos "cesa toda consideración, fuero o privilegio en presencia del bien público" —decía el decreto de don Bernardo O'Higgins— hizo desocupar con cargo de devolución dentro de ocho meses la Recoleta de San Francisco para que allí fuesen hospedadas las monjitas de la plaza, y se pudieran vender sitios en la manzana que ocupaba el convento, reconociendo el Estado a censo sus productos. Y terminaba con el consuelo de ofrecerles a las monjitas en un tiempo más "otro cómodo asilo, libre del bullicio y perturbación que hasta ahora han debido experimentar en la Plaza Mayor, destinada a las armas y oficinas, y por lo mismo, incompatible con la vida contemplativa de las religiosas". ¡Como si no hubieran sido veteranas de la destrucción de las siete ciudades!

Las monjitas recibieron la orden por intermedio del chantre de la Catedral, don José Antonio Briceño.

La primavera empezaba a cubrir la calzada con los canastos de las vendedoras de flores.

Era el 28 de octubre de 1821.

El ánimo del gentío que había acudido a presenciar la partida estaba quieto y religioso como el azul transparente de la tarde. El despliegue de la pompa tenía mucho de cortejo funeral. Una hilera de calesas y coches aguardaban frente a la portería. Se les había provisto de lienzo en las vidrieras, meticulosamente cerrados, de modo que no pudieran romper su clausura. La multitud femenina hormigueaba por la calle, deseosa de escudriñar los claustros que dejaban. Sin embargo, en los semblantes se notaba una angustia enorme, como si el alma de las monjitas fuese a emprender un vuelo postrero.

De pronto, interrumpió el silencio un campanilleo de gloria, y apareció en la esquina de la Plaza de Armas, por el portal Tagle, una carroza de gala que aún ostentaba sus armas y emblemas reales. Cuando el gentío se

apiñó en torno, se supo que era el carruaje del marqués de Casa Real, quien había ordenado a sus dos hijos condujesen los caballos y tomasen la delantera de la procesión que iba a ponerse en marcha, llevando a las monjas hacia la Chimba.

Era abadesa de la comunidad la virtuosa madre sor Carlota Huidobro, hija del marqués de Casa Real, y fueron sus hermanos los que la trasladaron en la carroza blasonada que guardaban como reliquia desde el año 1810.

En la calle se extendió un piadoso clamoreo. ¡Favor de descubrirse todos los que iban pasando! La procesión de calesas arrastraba ciento cuarenta y tres años de vínculos espirituales que habían dejado las monjitas de la Plaza Mayor.(44)

## CALLE DE LA MONEDA

POCOS caballeros de golilla se atrevían a andar por los recovecos del callejón vecino a la Cañada. Aquel paraje era un disperso rancherío de indios que reconocía como solar mayor al de don Francisco de Riberos.

El nombre del conquistador anticipaba la buena pieza de su prosapia. Habíase hallado en el descubrimiento del Desaguadero, participado en la conquista del Perú, y venido a Chile en la jornada de Pedro de Valdivia. Fue regidor del Cabildo y alcalde de Santiago hasta el año 1574. En sus treinta y dos años de servicios al Rey, todo lo sufrió, pasando excesivos trabajos, hambres y adversidades; gastó su hacienda y patrimonio por sustentar en su casa tropas de soldados y proveerlos de armas y caballos. Sotomayor lo nombró "castellano del castillo de Arauco" para hacerle pleito homenaje, que más tarde reconoció S.M. y dio título de castillo al de Arauco.

Este vecino ilustre tuvo una estancia hasta la cordillera, en los términos de Santiago, donada por el Cabildo en 1547, por lo que se suponía que ya en esos años fuese dueño del solar de la Casa de Moneda.

Era la Conquista. Después, al perderse el nombre del castellano Riberos en la memoria de las nuevas generaciones, surgía la palabra mágica "Real", que se dio a la calle como símbolo de la augusta y lejana imagen de "Su Majestad, que Dios guarde".

La calle Real fue un nombre demasiado grande y pomposo para lo que era como tránsito ciudadano. Sólo había en todo el trayecto ranchos miserables, cubiertos de polvo y lodo. Parecía destinada más bien para amedrentar a los criollos de escasa imaginación.

Pero he aquí que en el año 1785 la calle Real sacudía su lengua existencia de camino pobre para comenzar a ser invadida por un ejército de carretas montañosas que venían del Maule y del Puerto cargadas de maderas. Se anunciaba la construcción de un palacio nunca visto y cuya fábrica iba a demorar años. El monorrímo traqueteo penetraba al callejón por todos sus atravesos: el alerce de Valdivia, las piedras de Polpaico, los hierros de Vizcaya. Largas recuas de mulas llegaban de la Chimba con

los zurroneos atascados de ladrillos cocidos en el callejón de las Hornillas. Un rumor nuevo y vibrante sacudía el andurrial: era el golpe de las escodas, el canto de los picapedreros, el martilleo de la herrería, la voz zumbona de los mayoresales que saludaban al amanecer de la obra. La Casa de Moneda comenzaba a lapidar con su fábrica la antigua historia del espacioso solar que perteneciera al conquistador Riberos y a los padres teatinos. (45)

El sitio elegido para casa de monedación le costaba al Presidente Benavides innumerables consultas y engorrosos trámites. La inundación del río en el año 1783 hizo peligrar la obra de la primera casa en el terreno que donara el Cabildo, en el basural de Santo Domingo, por lo que hubo de buscarse un lugar más apropiado. Y fue éste el sitio de la calle Real, poblado de una cuartería ruinoso, y que había sido adjudicado al Colegio Carolino, después de la expulsión de los jesuitas, en 1767. Se pagó por el solar la suma de 9.000 pesos.

Habían corrido varios años desde que se empezó a fabricar la Casa de Moneda. Eran las postrimerías del Gobierno de don Ambrosio O'Higgins. El viejo irlandés paseaba por los patios su adusto señoreaje, observando la similitud de la fábrica con el Alcázar conventual del Rey monje. Todo estaba construido para ser eterno y evocador. El genio de Toesca había filtrado, por entre las juntas y contornos de la piedra, su refinado italianismo, y aquel conjunto sobrio de la fachada, de esbelta unidad, dejaba añorar la gracia clásica que imprimía a la plaza su elegancia.

La calle Real no había cambiado aún su nombre. Parecía esperar la primera amonedación para saludar al poblado con su nuevo bautismo. Poco tiempo después, sobre un lienzo de pared del Palacio, se leía en grandes letras que todo aquel que robase en el recinto tenía pena de muerte de "Orden del Rey".

En el año 1805, siendo gobernador del Reino don Luis Muñoz de Guzmán y Superintendente de la Casa don Santiago Portales Larraín, se prepararon por primera vez las pastas metálicas en las modernas maquinarias, cuyo lavado de la plata y corte de los volantes dio la monedita de cordoncillo, con busto de Fernando VI, "*Deo Gratia Hispan Rex*".

El fausto suceso trascendió a la calle, y, para conmemorarlo, se construyeron dos fuentes, labradas en piedra, cuyos caños de agua traían el rumor de una taza morisca. Colocadas en el segundo cuerpo del edificio, rezó, la del oriente: "En memoria de la protección que ha merecido esta casa a don Luis Muñoz de Guzmán"; y la del poniente: "En honor de don J. Santiago Portales y Larraín, Superintendente de esta Real Casa".

El bautizo definitivo de la calle sólo vino a llevarse a cabo el 9 de junio de 1817, en que el Supremo Director delegado, don Hilarión de la Quintana, decretó el nuevo sello de la moneda nacional, en substitución del de los monarcas españoles. Fue un peso fuerte de plata, en cuyo anverso se leía: "Unión y Fuerza, 1817". Sobre la cifra, la base de una columna sostenía un hemisferio, alumbrados por los rayos de una estrella

de cinco pesos; y sobre ésta, en una cinta, la palabra "Libertad". En el reverso: "Chile Independiente.-Santiago". En el campo arriba, dentro de una corona de forma oval: "Un peso", montañas con un volcán en erupción.

Así tuvo su nombre oficial la calle de la Moneda. La línea plebeya de la ranchería había desaparecido y los nuevos edificios se miraban en la severa arquitectura del Palacio.

Un dibujo de Paroisien, del año 1835, pinta su ajetreo ciudadano en la plazuela que cierran las caballerizas del frente de la Casa de Moneda. Pasa un fraile, de gran teja; una señora, de saya y manto, que vuelve o va a misa, acompañada de su "chinita"; dos ingleses, con trajes de mañana, observan el edificio; un criollo camina ufano, vestido de seda, en tono de visita; un vendedor ha puesto su mercancía sobre una estera, en el suelo; dos jinetes marchan juntos, en amistosa conversación, y, a gran trote, la escolta del Presidente hacia la calle de los Teatinos arriba.

Decora el fondo del dibujo la Casa de Moneda, solitaria, inmensa.

Aún no la habitaban los mandatarios. El primero que la ocupó, el año 1842, fue el Presidente don Manuel Bulnes. Entonces sólo se amonedaba el oro de buena ley de la República, la onza bendita de América que, dentro de una corona de laurel, llevaba un sol radiante sobre la cordillera de los Andes en el amanecer del *Estado de Chile, constituido e independiente*.

## CALLE DE MORANDE

SE AVECINDO en esta leal villa el año 1720 un matrimonio de repicar gordo. Llamábase el marido don Juan Francisco Briand de Morigandais y su conjunta era la graciosa doña Juanita Caxijal y Solar. No hacía mucho tiempo que habían llegado de Concepción, nombrado don Juan Francisco en el empleo de tesorero general de Cruzada en Chile. Lo bien aderezado que venía en su puesto, a pesar de ser extranjero, abogaba una existencia gastada en servicio del Rey, y que “andes o no con chiquitas”, hizo grata su presencia a los conmlitones santiaguinos.

Don Juan Francisco había arribado a Chile como capitán de una de las fragatas que, con motivo de la guerra de sucesión, pasaron a América, y obtuvo carta de naturaleza, después de haber servido en una compañía de caballos que levantó.

En Concepción, el francés de Saint-Malo dio en hacer el amor a una hija de don Mateo Caxijal y Solar, señor de la casa, mayorazgo de Arcillero y Caxijal y caballero del hábito de Santiago.

El padre de la niña, que había servido en los tercios de la Armada de galeones, no se mostró desasosegado por esta pasión, como era costumbre; al contrario, las gallardías de don Juan Francisco le supieron a gavián corsario. Cayó éste en las redes de la hermosa criolla, y diz que fueron tantos los dengues de doña Juanita, que decidió avecindarse en el país, aunque fuere necesario perder, en virtud del derecho de *aubaine*, el señorío de los Morigandais, que había heredado como hijo legítimo de Juan Briand y Juana Guillaume, pues los franceses desheredaban de sus títulos a los que se establecían en reinos extraños.

Don Mateo, en cambio, en los constantes viajes que hacía al Perú en busca del “situado” para proveer la real caja, consiguíole la merced del honorífico empleo de tesorero general de Cruzada.

El solar en que se alojaron en Santiago estaba situado sobre la Plaza de Armas, y desde la portada abarcaba sus cuatro costados, encuadrados por las nobles fachadas del Cabildo seglar, del Palacio de los Gobernadores, de la Iglesia Mayor y de los portalillos de mercaderes. Del centro de

la desmantelada plaza se destacaba una fatídica estaca, símbolo de la justicia del Rey y terror de los desalmados: la horca.

Doña Juanita nada sabía de la maldad humana. Sus dieciséis años se habían deslizado mansamente en la lejana ciudad de Concepción. Cuando despertó a las realidades de la vida, rodrigóle el brazo de su galán un calor más suave que el de sus bordados cojines, y por eso el día que a través de la ventana de la casa desgarró su visión un ahorcado, balanceándose al compás del viento del atardecer, una melancolía extraña se apoderó de ella. No pudo olvidar la horrible pesadilla. La larga figura colgada del cuello, girando sobre sí misma, con la cabeza caída sobre el pecho, la llenó de pavor. En las noches, sus oraciones por el ajusticiado eran intermitentes y de sus labios se escapaban gritos angustiosos que pedían paz para su alma cada vez que, apretándose contra el brazo de su esposo, despertaba sobresaltada por la visión del infeliz ahorcado.

Este terror de doña Juanita fue esparciendo un eco medroso en toda la casona, hasta el extremo de que, llegada la oración, ningún sirviente o esclavo se atrevía a asomarse por la portañuela, temerosos del ánima del ajusticiado.

Así pasó el tiempo, y parecía ya alejada doña Juanita de todo mal recuerdo, cuando los redobles de las cajas estremecieron de nuevo su casa, anunciando una nueva pena capital. Por la calle pasaba una trágica procesión, trayendo montado sobre el palmo de la rabadilla de un jumento a un nuevo reo que sería ajusticiado. Otra vez ella, esforzada a traer la terrible visión pasada, cayó en su extraña postración. Era un rezar constante y no dejaba día sin comulgar. Su rostro empezó a enmarcarse de una palidez de cera. En las noches mantenía encendidas las candilejas de todas las habitaciones, y la servidumbre la acompañaba hasta muy avanzada la madrugada. Don Juan Francisco en balde le daba mil razones para tranquilizar sus angustias. Doña Juanita no parecía escuchar. Sólo una cosa pudo hacerla sonreír: la idea de abandonar esa mala vecindad.

No tardó su marido en buscarle nueva casa, y su empeño la halló lo más distante posible de la Plaza Mayor, en un solar al poniente de la ciudad, y en una esquina de la calle conocida entonces con el nombre de don Francisco Riberos (actual Intendencia), dando su frontis a una callejuela que subía desde la Cañada hacia los totorales del río, y que empezó a llamarse esos años con el nombre de "calle de Morandé", españolizado el apellido por el buen entendimiento de la costumbre. Fue así como doña Juanita mejoró del mal y volvió a ser todo lo vivaracha que otrora la vieran sus tierras sureñas, al pelar la pava con el señor de Morigandais, que, a horcajadas sobre la albardilla del paredón de la huerta, contábale historietas de amor...

La callejuela durmió varios años bajo el espeso polvo acumulado por las ventiscas sobre las tapias y tejados colindantes, hasta que un nuevo comercio la sacudió de su calmoso ambiente. Era el trajín que por allí hacía la gente a la botica de los jesuitas, situada entre la calle de la

Compañía y de la Catedral,(46) en busca de alivio que la farmacopea consultaba, bajo la mirada sapientísima de su protomédico. Entonces ese establecimiento era el único que existía en Santiago, por cuanto el Presidente del reino “estaba en el firme dictamen de que el aumento de las boticas preparaba el aumento de enfermos, con lástima de este sano temperamento, en que, sin algunas de estas oficinas, gozan de una robustísima salud los innumerables habitantes que ha visto desde ésta hasta Valdivia”. Sin embargo, este criterio bonachón ladinamente se escurría soplando los manteos jesuitas, y la botica de su claustro máximo expedía por la portería los olores de las yerbas medicinales del país, a las que honraba en pedir la botica de Su Majestad, y las drogas de los procedimientos misteriosos por las que iban las viejas brujas para hacer sus recetas: agua de capón, bálsamo de calabazos, ojos de cangrejo, sangre de macho, dientes de caballo marino y enjundia de cóndor.

Tanto era el comercio de la botica de los jesuitas en el año 1776 que, a pesar de “la robustísima salud de que gozaban los habitantes”, llegó a escasear el papel para envolver los medicamentos, y hubo de pedir por tal motivo a la Real Audiencia que cediera las bulas sobrantes para llenar esta falta. No fue concedida por dicho tribunal la autorización, pues las bulas que quedaban sin trocar se quemaban. Este hecho demuestra el trajín del poblado en esas cuadras, que por los años de 1788 se conocían con el nombre de “calle de la botica”. Después de la expulsión de los jesuitas había subsistido el establecimiento, administrado por un lego, aunque malos tiempos corrían para el expendio de drogas, pues tuvo que ceder el monopolio ante “el aumento de los enfermos, con lástima de este sano temperamento”. Años más tarde ocupó el pequeño claustro el viejo Instituto, y, como ya había desaparecido la antigua botica, el pueblo volvió a recordar la tradición pasada, y el nombre del señor de Morigandais quedó enraizado para siempre en el plano de la ciudad del Nuevo Extremo, en memoria de haber acompañado a su esposa en la muda protesta contra el horror de la justicia de horca y cuchillo.(47)

# CALLE DE LA MUERTE

MURCIELAGO gigante caminaba por el flanco de la iglesia de San Agustín con las alas abiertas de su capa. Había venido de la Cañada por la calle de San Antonio, escrutando las tinieblas, sin el negro esclavo que otras veces le acompañaba en estas aventuras, velón candil en la mano, porque el billete amoroso así lo pedía para mayor sigilo. Sin otra guarda que su bastón, apartaba los trastos que encontraba a su paso y que más de una vez fue el hueso de un bienaventurado que saltó a la calle al remover una tumba el sepulturero del templo. El camino por andar no era mucho, pero estaba torturado por un deseo que Luzbel se placía en tardarlo. ¡Tentación! ¡Tentación! Nunca la sintió más provocadora y lúbrica, amante de dama encumbrada. ¡Oh maligna dicha que se le enroscaba calenturienta en los silos del alma! Cada paso parecía espolear su cuerpo hacia el pecar.

De pronto brilló una luz a través del quicio de una puerta trasera y apareció en el marco la figura de un negro grande, levantando en la mano un farol.

—¡Ave María! ¡Dios lo ampare a su mercé! —exclamó.

El caballero embozado se detuvo como si presintiera el borde mismo del precipicio, pero sólo fue un relámpago. Penetró resuelto, rápido, a su interior.

El callejón volvió a sumirse, aplastado por el paredón del templo.

Una campanita de claustro llamó a maitines. Algunos gallos cacarearon, anticipándose al alba. El silencio tornó después más pesada la noche. En la calle rechinó la puerta de servicio de doña Catalina de los Ríos y Lisperguer, y la misma luz del farol brilló sostenida en manos de una mujer que sonreía, despidiéndose del amante. Estaba vestida como arrancada del lecho y la lascivia. Sus ojos tenían un brillo de demencia, y sus brazos desnudos eran la antorcha funeraria que alumbraba el paso del bulto, largo y pesado, que con dificultad sacaba el negro a la calle.

Era marzo de 1624.

Al amanecer una poblada supersticiosa rodeaba a un muerto tendido

en la calle del Rey. La indiada, con labios trémulos, nombraba a un encumbrado caballero de Malta. La cabeza lívida de don Enrique Enríquez de Guzmán descansaba sobre almohada de terciopelo carmesí. Entre el tumulto se oyó un grito denunciador:

—¡Allí está la asesina!— exclamó un mestizo, señalando la casona sombría de la esquina nororiente que, calle por medio, colindaba con San Agustín. Había visto las chispas satánicas de los ojos de doña Catalina, atisbando desde lo alto.

Los alguaciles se llevaron al muerto sobre unas parihuelas y el poblado se dispersó, repitiendo con terror, por toda la ciudad, el nombre de la *Quintrala*.

Algunos meses después el negro era ahorcado en la Plaza Real y doña Catalina de los Ríos salía, sigilosa, por la misma puerta trasera, donde la esperaba una carreta de viaje para conducirla a su hacienda de La Liga.

En el callejón, en torno de su casa, quedaba en el misterio la muerte del caballero de San Juan. La gente pasaba por allí con temor, y la imaginería empezaba a dar forma al suceso. Se decía que cerca de la puerta estaba el sótano donde doña Catalina ocultaba su impuro lecho y su armario de venenos. Se decía que en el patio existía un subterráneo que salvaba las murallas de sus aposentos para ir a encontrarse, a través del callejón, con una salida secreta en el claustro vecino...

Dos siglos pasaban ya sobre la calle que habitara la *Quintrala*, cuando su sombra espectral volvió a aparecer sobre ese pedazo de tierra maldita, como un alma atraída a la expiación de sus culpas.

En 1803, la fosa donde yacían sus restos, en San Agustín, fue removida, y por la calle otra vez circulaba su nombre. En toda la cuadra no había un solo habitante que se aventurase a salir en la noche, por temor al alma en pena de doña Catalina, que se levantaba de la tumba, situada calle por medio, para recorrer los sótanos de su vieja casona.

Los padres agustinos contribuían aun a exaltar más esta disposición supersticiosa de los santiaguinos, pues, en un cuarto del convento que tenía una ventana a la calle guardaban un esqueleto que el transeúnte divisaba con sólo volver el rostro, sin que la inesperada visión dejase de erizar los pelos al más valiente, tal era el arte con que los padres habían colocado la calavera, entre luces fúnebrías, para atraer la meditación sobre la otra vida.

No era raro ya que, a principios del siglo XIX, la población señalase la cuadra con especial temor, llamándola "de la Muerte".(48)

En el año 1846, en la misma calzada fronteriza del templo donde tuviera su sótano la *Quintrala* existía una vieja cochera en la que solía venderse cal o carbón. Allí encontró un sereno cierta noche a un hombre que labraba una bóveda, como sugestionado por fuerza maléfica, para acechar a su víctima que vivía en la morada vecina. Este hombre murió al poco tiempo en el patíbulo por un crimen horroroso.

La Cámara de Diputados se reunía en 1847 en el lugar que hoy ocupa

el Teatro Municipal, y que pertenecía entonces a la Universidad de San Felipe.

El paso de los diputados, cada vez que sesionaban, era casi obligado por la calle de la Muerte. Se recuerda que fue en la cochera antes mencionada donde estuvo un famoso asesino en acecho también de otra víctima: el diputado don Manuel Cifuentes. Se libró sólo por haber pasado, sin la menor sospecha, siempre en compañía de amigos.

Don Fernando Lazcano, que hacía estos recuerdos, contaba que el criminal al fin logró su intento, pero en la misma casa del señor Cifuentes, donde lo vio apostado sin imaginar sus intenciones.

En los cincuenta años del último siglo, la leyenda de la calle cayó en el olvido de las nuevas gentes. El demonio de la tentación rondaba ahora en la otra cuadra, en el Teatro Municipal, donde en cada temporada el "Fausto" de Gounod seducía en el tablado a Margarita. Por allí pasaba en dirección a la Opera una sociedad moza y bella, ávida de emociones y de recursos líricos, que las brisas perfumadas del Huelén contribuían a exaltar. Eran los años del romanticismo, en que la Pantanelli daba a conocer la "Lucía", y las niñas usaban batas blancas, de talles interminables, y el pelo en bandoes y tirabuzones.

La calle se llamaba en 1863 "del Teatro", y, en su esquina noro-riente con la del Estado, existía el salón de recreo "El Dorado", que se levantaba entre los satánicos paredones de la casa de doña Catalina de los Ríos y Lisperguer.

## CALLE DE SAN DIEGO

DESDE los tiempos de la Conquista, la calle de San Diego fue la ruta militar de Chile, calcada sobre el antiguo camino central, conocido por las invasiones de los incas. Su nombre le viene de una iglesia perteneciente al Convento de San Francisco, que estaba situado en la esquina sudoriente de la Cañada. Los padres la habían edificado a mediados del siglo XVII para el servicio del colegio que tenían en el mismo sitio. El camino real presentaba de este modo, en la portada de Santiago, la visión del tejadillo de San Diego, levantado como mirador hacia "el puente de maromas de Maipo". El comercio colonial se desenvolvía en gran parte por esta calle, viéndose pasar cotidianamente tropillas de mulas cargadas con mercaderías para las provincias "de arriba" y las que tornaban trayendo productos del sur. En el primer o último descanso, antes de entrar o salir de la ciudad, se formó una plaza de abasto, a la cual solían venir a comprar, de primera mano. En el año 1900 existía allí un mercado (Plaza de Almagro), en cuyo centro había una pila con dos surtidores en forma de patitos, y en la que se abastecían los aguateros para venderla "a cobre" el cántaro.

La calle tuvo un vecino ilustre en el escribano y maestre de campo don Andrés de Toro Hidalgo, conocido por el segundo plantador de cáñamo que hubo en el país. Don Andrés era secretario de Gobierno, lo que le proporcionaba excelentes ocasiones para acertar en los negocios que emprendía. Así supo, anticipadamente, la venida de galeones franceses, con permiso real, en busca de cáñamo, y sembró con tiempo para vender.

Ocurría con este caballero santiaguino la particularidad de que su padre, llamado don Andrés Toro Mazote, su abuelo, don Manuel Toro Mazote, y, por último, su bisabuelo, el célebre Ginés de Toro, el segundo de los escribanos que tuvo en Chile la Conquista, habían tenido igual empleo. (49)

Cuando el terremoto de 1647 actuaba él mismo como escribano, y es

de su puño y letra la ingenua relación de aquel suceso que se registra en los libros del Cabildo.

El padre de Toro Hidalgo había muerto en 1704, dejando una herencia que hoy valdría muchos millones, y, entre otras estancias, la de Panquehue, que fue donde el último hizo sus sembrados de cáñamo.

En consecuencia, a principios del último siglo el cuarto de los escribanos de la familia Toro Mazote, el vecino de la calle de San Diego, era dueño de casi toda la provincia de Aconcagua. El valle de Putaendo entero era suyo, con sus caídas a las pampas de Buenos Aires, donde poseía la estancia del Rosario y San Lorenzo, con millares de ganados. En el centro de Aconcagua tenía la Hacienda de Quilpué, en cuyos potreros se edificó después a San Felipe. Era también suyo el valle de Llay-Llay y la famosa estancia de Panquehue, de la que instituyó un mayorazgo que quedó vinculado, a falta de descendientes directos, en la familia de Caldera. Por último, en las costas, tenía la extensa hacienda de Catapilco, que completaba su red de posesiones desde Cuyo al Pacífico.

Don Andrés era dueño en Santiago de la mayor parte de la calle vieja de San Diego, y su casa habitación daba frente a la torre de la iglesia que terminaba con su huerta, en la que fue quinta del ilustre general Las Heras, tres cuadras hacia el sur.

Este célebre millonario de la Colonia vivió, sin embargo, sus últimos años retirado en la pobreza y sencillez de su solar. Habíase casado, entrado en años, con su prima doña Ignacia, hija del capitán don Gaspar Hidalgo Aparicio y Escobar. Su mujer, que al poco tiempo quedó viuda y sin hijos, repartió todas sus propiedades entre sus sobrinos Vicuña Hidalgo y sus numerosos esclavos. Todo lo demás, y hasta sus muebles y vajillas, lo dio a las iglesias, a cuenta de misas, muriendo con sólo una humilde mesada de sus muy agradecidos deudos en el año de gracia de 1782.

En las postrimerías del siglo XVIII, el provincial Ortiz de Zárate fundó otra capilla del socorrido San Diego, más al oriente de la Cañada, en terrenos también del opulento don Andrés, (50) y que al poco tiempo formó una nueva vía que tomó el nombre, para distinguirse de la otra, de calle de "San Diego la Nueva" (Arturo Prat). (51) Era de una nave de cinco altares y su fachada tenía una torrecilla que hacía ángulo en la entrada de la calle. Los años vinieron a restituir el único primitivo nombre que tuvo el antiguo camino del valle central de Chile. San Diego el Viejo volvía a retoñar en la que hoy día, ufanamente, canta recuerdos pasados, llevando en el vientecillo primaveral el tintineo de antiguas onzas de oro que los comerciantes traían en las tropillas de mulas, que bajaban de las provincias "de arriba".

## CALLE DEL PUENTE

TUVO Santiago un Puente de Cal y Canto que no volverán a ver los siglos venideros. El poblachón, aplastado por sus aleros interminables, destacaba sobre su riacho once ojos ciclopeos que avizoraban el valle del Mapocho, como centinelas de la hispana civilización.

Había trazado su plano un alarife del siglo XVIII, don José Antonio Bidart, y encargado de la fábrica un hombre cuidadoso de la pureza del abolengo como de la argamasa que cimentaría los macizos de piedra de la obra. Llamábase don Luis Manuel de Zañartu y a la sazón era el Justicia Mayor y Teniente Lugar de Capitán General. Nada omitió, desinteresado y enérgico, para hacer del puente un monumento que demostrase la enjundia vasca de su espíritu. Impulsado por su carácter decidido, reunió más de doscientos trabajadores diarios, sacados de la cárcel y del vagabundaje, y los hizo purgar allí sus delitos, acollarados de dos en dos, en las secciones de albañilería, cantería y herrería. Fueron días penosos para la indiada y mestizaje, que no conoció otro canto que el golpe continuo y monótono de la escoda y el chasquear de los látigos de los sobrestantes. Pero la obra apareció suntuosa, soberbia de alzarse sin auxilio de las arcas reales, elevando sobre la ciudad el dovelaje que sustentaba la vía que iba a unir las dos márgenes del Mapocho, y a traer de la Chimba, el Salto del Agua, Quilicura y la Dehesa los olores rústicos de sus hortalizas y viñas y el cantar de sus picanas campesinas en el arreo de las yuntas. El costo de la obra no pasó de 200.000 pesos, debido a su celo de Corregidor, que miraba la ciudad como suya.

La rampa sur del puente vino a enfrenar con el costado norponiente de la Plaza Mayor, llegando su declive hasta las calles de Zañartu y San Pablo.

La calle de Zañartu, que se formó por el caprichoso trajín de la Plaza de Abastos, hizo esquina con el rancherío riberano, antes de llegar a San Pablo, y dejó aislada a una casita que ostentaba en el alto un tejadillo de dos aguas. Sobre el enroñado portalón un balconete miraba hacia el lecho del río, dominando el panorama de la cordillera y toda la magnífica

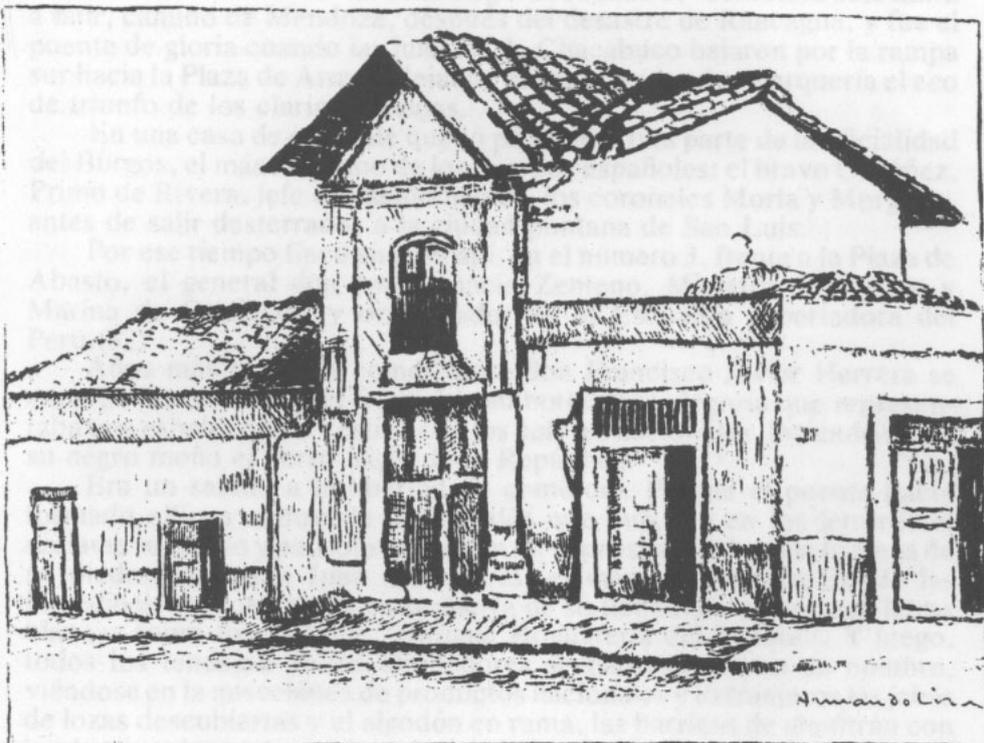
puente. Había sido construida por el Corregidor Zañartu para el solo destino de mirador de la obra. Allí se encaramaba en las tardes a contemplar con sus catalejos los diferentes trabajos, siguiendo con apasionamiento las incidencias de los picadores, herreros y albañiles. Su presencia en el balconete inspiraba terror a los obreros, que en su mayoría formaban una siniestra cadena de condenados a trabajos forzados. El Corregidor, que era de genio sumamente irritable, daba desde allí a los celadores, con voz de calvatuerno, las órdenes de castigo que llegaban al presidio provisional levantado en la otra ribera. Muchas veces bastó vérselo asomar por la baranda de la casuca para terminar con más de una sublevación de presos, pues éstos temían que bajase hasta la obra misma, donde solía dirimir la cuestión por su propia mano, con golpes de látigo y disparos de trabuco.

El pueblo, para dar fe de la solidez del puente, refería que en la argamasa con que se unió la piedra y el ladrillo se echaron nada menos que las claras de quinientos mil huevos.

Una vida nueva comenzó en torno de la rampa del Puente de Zañartu; por la anchurosa vía, abierta al comercio colonial, vino primero el acopio cotidiano de las chacarillas de los contornos, con su tropel de bueyes, caballos, mulas y borricos. Después fueron los viajeros que arribaban a Valparaíso y de la "otra banda", en sus cuatragos y acémilas, cargadas de almofrecas y petacas; el tráfico de negreros; el comercio de la caña del Perú y la yerba del Paraguay, todo el emporio provincial, que los cambistas mercaban en buenas monedas de plata macuquina. De esta manera se formó en la rampa sur una febril actividad que con el trascurso de los años se hizo extensiva a la antigua calle "del Presidente", que salía a la Plaza de Armas, y cuyo nombre se le daba por estar en la esquina encontrada con la Catedral el viejo Palacio de los Presidentes, más conocido por *las Cajas*. (52) Anteriormente tuvo otro nombre de pila, llamándose "calle del Bachiller", acaso porque un señor muy dado a la plática sobre cánones y leyes se aposentó allí; pero cuando el puente vino a enseñorearse del camino, era más bien un callejón reservado del Presidente. En el lugar donde se encontraba el Cuartel General de Bombas, daban las caballerizas del palacio o el Picadero, que después fue Cuartel de Dragones.

El verdadero origen del nombre que iba a tomar la calle estaba en la gran rampa sur. Siguiendo su línea, se habían levantado numerosas casas, almacenes y tendales enfrentando la antigua plaza del Basural, convertida ya en plaza de abastos. La esquina sudponiente de la calle de San Pablo avanzaba sobre la vía con su pilar de piedra como si fuese a encerrar ese rincón, privilegio de las vituallas, para preservarlo de la codicia lugareña. Sin embargo, como allí había más tránsito que en la ciudad entera, el rumor continuo de los pregones se escapaba por la angosta calle del Presidente poblándola de gritos, en los que muchas veces participaban los chimberos de "patas peladas" que venían del otro lado del río, llena la boca de juventud y malas palabras.

El puente hizo de la calle un tránsito abierto a las esperanzas y los desconsuelos. Servía de vía de amarres cuando el vecindario sólo aligó



Morales coran de los pichos y apertos de montar de la habitación de don Anselmo Rojas, sucedes por el viento mientras sona un "estruendo de palo" las montañas, puestas en los ricos pederos, daban poder las tribadas estriteras, que el comprador no se cansaba de sentir. Y en el silencio ya era el tedio de los charquinos o de las bodigas de vino, el palo que cantaban al transcurso como los retores de cacao y de langostas del diablo don Adolfo Martín, cuyo negocio quedaba en la punta de diamante del puente, así al lado de la inscripción:

DON LUIS MANUEL  
DE ZAÑARTU  
ENTRE MUCHOS  
SERVILIA HIZO  
ESTE PUEBLO AÑO  
DE 1815

Attilo de la calle de Zañartu, actual Aillavilú.

El puente hizo de la calle un tránsito abierto a las esperanzas y los desconuelos. Sirvió de vía de amarguras cuando el vecindario sólo atinó a huir, camino de Mendoza, después del desastre de Rancagua, y fue el puente de gloria cuando las huestes de Chacabuco bajaron por la rampa sur hacia la Plaza de Armas, dejando en las bóvedas de su arquería el eco de triunfo de los clarines y cajas.

En una casa de esa calle quedó prisionera una parte de la oficialidad del Burgos, el más veterano de los cuerpos españoles: el bravo Ordóñez, Primo de Rivera, jefe de estado mayor, los coroneles Morla y Morgado, antes de salir desterrados a la ciudad puntana de San Luis.

Por ese tiempo fincó su casa allí, en el número 3, frente a la Plaza de Abasto, el general don José Ignacio Zenteno, Ministro de Guerra y Marina de O'Higgins y organizador de la Escuadra Libertadora del Perú. (52)

Años más tarde, el comerciante don Francisco Javier Herrera se encargó de colocar en el frontis de su botica una alegoría que representaba una esbelta mujer vestida con los colores nacionales, luciendo sobre su negro moño el gorro frigio de la República.

Era un saludo a la libertad de comercio. Porque el puente había formado allí un centro de actividades que buscaba en los letreros el réclame rumboso y patriota para afianzar la prosperidad con la firmeza de su piedra. Así, don Juan Salvatierra, el más viejo hojalatero de las inmediaciones, ostentaba en la puerta de su tienda un tablero con letras blancas sobre fondo azul: "Antigua Hojalatería del Puente". Y luego, todos los tendajos de los alrededores se bautizaban con su nombre, viéndose en la miscelánea de productos nacionales y extranjeros las jabas de lozas descubiertas y el algodón en rama, las barricas de alquitrán con las botijas de miel en bote, los guarapones de pita de don Feliciano Morales cerca de los ponchos y aperos de montar de la talabartería de don Anselmo Rojas, mecidos por el viento, mientras sobre un "caballo de palo" las monturas, puestas en los ricos peleros, dejaban colgar las talladas estriberas, que el comprador no se cansaba de admirar. Y en el ajetreo ya era el tufillo de los charquis o de las bodegas de vino, al paso que cantaban al transeúnte ocioso los relojes de cuco y de campana del alemán don Adolfo Martin, cuyo negocio quedaba en la punta de diamante del puente, casi al lado de la inscripción:

D. O. M.

DON LUIS MANUEL  
DE ZAÑARTU  
ENTRE MUCHOS  
SERVICIOS HIZO  
ESTE PUENTE. AÑO  
DE MDCCLXXXII

Don Adolfo, todos los años, en las vísperas de las Fiestas Patrias,

doraba estas letras, que había aprendido a querer desde niño por su significado histórico.(54)

Esta calle no demoró en presenciar la tragedia inevitable a que la llevarían los errores de los hombres que en su veleidad se mostraban cansados de prosperar a la sombra segura del Puente de Cal y Canto.

La canalización del Mapocho, dirigida por el ingeniero don Valentín Martínez, ocasionó el derrumbe del puente. En los meses de junio y julio del año 1888 hizo socavar su emplantillado, compuesto de sólidas piedras, debilitando los machones que sostenían los arcos del extremo norte para dejarlos expuestos a ser minados en su base por la primera crecida del río. Era una demolición disimulada ante la negativa del pueblo que creía, con buen sentido estético y gran amor de raza, la inutilidad de destruirlo.

No tardó en precipitarse la avalancha de agua, acaso como no había memoria en los santiaguinos viejos. Los continuos aguaceros remataron en agosto con un gran temporal que convirtió al Mapocho en un mar renegrido que arrasó, en medio del asombro y del terror de la población entera, con su mole de granito, como si se tratase de maderos y no de masas compactas de piedras y ladrillos.

El pueblo lloró su derrumbe como si fuera la muerte del abuelo; lo quería como algo suyo, de su sangre. Allí estaba todo su pasado: los azotes de la primera infancia, sus juegos de niño, sus romances, sus trabajos y pesares de hombre, sus glorias.

Se cuenta de un vecino de la calle de Zañartu, llamado Manuel Miranda, enfermo del corazón, que apenas sintió caer el primer machón del puente, a las dos y media de la tarde de aquel 10 de agosto, le afligió tal pena que se hizo llevar a la cama.

—¡Qué gran desgracia para la ciudad! —exclamó al recostarse—. ¡Chile, con toda su riqueza de hoy, no podrá hacer un puente como el de Cal y Canto!

Don Manuel, al sentir a las cinco de la tarde el estruendo total de la demolición, estremeciéndose como si un acerado filo le hubiera clavado en el corazón, y expiró.

Desde entonces el santiaguino neto, para reparar la ingratitud de los hombres nuevos, ha seguido llamando a la calle con el nombre “del Puente”.

D. O. M.

DON LUIS MANUEL  
DE ZAÑARTU  
ENTRE MUCHOS  
SERVICIOS HIZO  
ESTÉ PUENTE. AÑO  
DE MDCCXXXII

## AVENIDA DE LA RECOLETA

HASTA fines del siglo pasado la Chimba fue el barrio novelero con sus dos caminos reales: de la Cañadilla y de la Recoleta. ¿Quién no sentía el canto indiano que cascabeleaba con el nombre de Chimba? La palabra venía del quichua *chimpa*, “terreno a la otra banda del río”, y Santiago, como Lima, tuvo en esa barriada sus parrales de recreo, sus canchas de carreras, sus reñideros de gallos y también sus chimberas...

El prestigio de las tierras de la Chimba data desde la Conquista, porque en ella se produjeron las primeras hortalizas y frutas europeas, como consta también en el acta del Cabildo que en el año de los Tres Cinco (1555) el fruto de las parras fermentaba en la modorra colonial.

El barrio de la Chimba, a principios del siglo XIX, comprendía la calle de la Recoleta hacia el oriente, para quedar reducido en el actual a una sola calleja de desvencijados portalones y animada vida interior, “la calle de la Chimba”, como se llamaba a la que es hoy de Dardignac.(55)

La avenida de la Recoleta era un camino que venía de un lugar denominado “El Salto”(56) desde los tiempos de la fundación hacia el río Mapocho, atravesando chácaras sembradas de maíz y trigo, orillando pequeñas huertas de hortalizas y perfumados cigarrales. Su mayor ensanche lo tomaba al pasar el Cerro Blanco, a cuyos pies se levantaba una capilla dedicada a Nuestra Señora de Montserrat, al frente de huertos y naranjales y rodeada de una bien plantada viña, de propiedad de los padres dominicos, y en la que más tarde quedó ubicado el Cementerio General. El nombre de “Viñita” que dio el pueblo a la capilla tuvo su origen de esas plantaciones, y era la segunda que se levantaba al pie occidental del cerro, en la calle de Montserrat, después de la ruina en que cayó la primitiva, fundada por doña Inés de Suárez. La que actualmente existe fue reedificada en 1843 por el obispo don Manuel Vicuña en un terreno donado por el vecino don Pedro Nolasco León. Este había adquirido el llamado “llano de Santo Domingo” a dicha congregación en la suma de sesenta mil pesos, el que se extendía de la calle de los Olivos para el norte. Años después, al enajenar el señor León el Cerro Blanco a

don Antonio Tagle, puso una cláusula en la que estipulaba que los dominicos podían libremente sacar piedras de las canteras de Montserrat. El último capellán que tuvieron los dominicos en la Viñita fue el afamado Obispo de San Juan, fray Justo de Santa María de Oro, tío del prócer argentino don Domingo Faustino Sarmiento.

La parte del camino real que continuaba hasta el río entre caseríos, molinos y quintas, se denominaba "de la Recoleta", por la Recolectión Franciscana que se estableció en sus inmediaciones en el año 1663.

La historia de esta fundación trae el recuerdo de un alférez retirado de las milicias del Rey, llamado don Nicolás García, y el de su esposa, doña María Ferreira, una devota señora que sabía de memoria las novenas de todos los santos y no pocas oraciones en latín. Pero, sobre todo, amaba al pobrecito de Asís; su amor florecía en las frasqueras de fina porcelana de Talavera, incensando a su humildad con preces y luces para obtener la gracia del "simple". Los ruegos de doña María no fueron en vano, porque los dos esposos concibieron, en una mañana primaveral de noviembre, la idea de fundar un convento de la rigurosa observancia de San Francisco.

Era el ocaso de sus vidas; asoleaban al sol miles de pesos en plata de cruz; no tenían hijos; y como la muerte se acercaba, había que pensar en Dios, dedicándole una obra pía que les acortara el camino para llegar al cielo. Se preocupaban además del numeroso pueblo que vivía diseminado en casas y ranchos, siempre en grandes conflictos para cumplir con sus deberes religiosos, pues las avenidas del río lo aislaban durante el invierno del resto de la ciudad. La capillita de Aguayo que entonces existía era apenas suficiente para contener el crecido número de chimberos, que se multiplicaba cada día, como los peces, y no siempre era fácil encontrar un sacerdote que quisiera pasar el río para decir una barata misa dominical.

Todos estos argumentos contribuían a dar más fuerza al proyecto de fundación de los beatos esposos, el cual fue al fin comunicado al provincial del convento franciscano de la Cañada. En el concurso que los cónyuges tuvieron con fray Manuel Pérez quedó acordado que se levantaría en la Chimba el convento de Recoletos de la Orden del Seráfico Padre San Francisco, y que el fundador lo construiría a su costa en terrenos de su propiedad.

En la escritura de donación, otorgada ante el escribano don José Alvarez de Toledo, los dos viejos pusieron con lágrimas de fervor este encabezamiento: "Sea bendito y alabado el dulcísimo nombre de Jesús. Amén".

Labrada la iglesia, frente a una arboleda, cada día su muralla venerable fue inspirando mayor devoción a los chimberos, quienes con entusiasmo contribuían a la limosna para costear el culto. Por su parte, los padres recoletos se cuidaban de exaltar el sentimiento religioso dando misiones en ciertas épocas del año, a las que concurría mucho pueblo de las dos riberas del Mapocho.

El progreso de la barriada empezó desde esa época, pues se hizo moda el salir de la ciudad a oír misa en la Recoleta, con todos los aprontes y aperos de la gente que iba en viaje a la hacienda.

Por esos días, una procesión solemne cruzó el puente de palo, llevando al convento la "Virgen de la Cabeza", acompañando a la imagen el Gobernador del reino, ambos Cabildos, órdenes y cofradías. Venía precedida de mucha fama milagrosa, de un santuario situado en uno de los pliegues de la Sierra Morena, donde era venerada desde el año 1227, en que se apareció a un pastor llamado Juan de Rivas. Pero lo que en esos días se comentaba entre los chimberos era un milagro patente que había puesto en evidencia las maravillosas gracias de la santa.

Sorprendido el bergantín en que venía la imagen por un horroroso temporal, fue arrastrado hasta las islas de Juan Fernández, y cuando estaba a punto de hundirse, el capitán salió sobre cubierta llevando en sus brazos a la Virgen, ante cuya presencia se calmaron las turbiosas y agitadas olas, cesó el viento de golpear los mástiles, mientras los tripulantes, asombrados del prodigio, hacían votos de traer a Santiago a su celestial protectora.

Años después de este suceso, en 1677, golpeaba en la portería de la Recolección un joven devoto que venía a pedir un hábito de lego. Llamábase Pedro Bardesi y arribaba de los minerales de Potosí a cumplir un celestial mandato. Según él reveló, estando al pie del altar de Nuestra Señora, oyó una voz que le decía: "Anda, hijo, a Chile y entra de religioso en un convento de Recolección Franciscana, del otro lado del río Mapocho, donde me encontrarás bajo el título de María de la Cabeza, cuya imagen allí se venera".

La vida del lego trascendió a los aledaños de la Recoleta. Eran sus actos de penitencia continuos; y los menesterosos recibían de sus manos el alivio y de sus palabras el consuelo. Los milagros aureolaban su figura de recoleto, y en el pozo seco del convento hizo brotar el agua con la vara mágica de su oración.

Fray Pedro Bardesi era estricto en la observancia de la regla, y cierta noche, en el instante en que dejaba caer el cántaro al fondo de la noria, sonó el toque silencio, y él cumplió con suave mansedumbre, manteniéndose hasta el alba en esa posición.

Este joven, de inocente y santa vida, que encendía en la Chimba los corazones de humildad, fue llamado el "Siervo de Dios". Murió el 12 de septiembre de 1700, y cincuenta y cuatro años después se escribió un libro con el título: *Sacra ritum congregatione Exmo. et R. M. O. D. N. O. Card. Tamburrino.—Chile n.—Beatificatione et canonizationis ven, servi Dei fr. Petri Bardesi. Sancti Jacobi de Chile.—1754.*

El sosiego orante de los recoletos fue turbado por la victoria de Chacabuco. No había entonces locales adecuados para dar cabida a los cuerpos del Ejército de los Andes y hubo necesidad de distribuirlos en algunos conventos, ocupando la Artillería el de la Recoleta, a las órdenes

de Blanco Encalada. Después de la batalla de Maipú, volvió a los claustros, donde permaneció hasta el año 1820.

En el año siguiente, la Recoleta pasó a ser la casa provisional de las "monjitas de la Plaza de Armas", obligadas éstas a abandonar su viejo convento "por conveniencia pública".

La llegada de las monjitas victorias produjo un gran alboroto entre los religiosos franciscanos, que no querían desocupar los claustros dentro de las tres horas que les dio el Gobierno. La confusión que siguió a la orden conmovió a toda la Chimba. Los recoletos arrojaban a la calle los enseres más preciados, llenos de santa indignación; la plazuela fue cubierta con los cinco mil volúmenes de su biblioteca. No dejaron de venir a ayudarlos en el duro trance los comedidos del barrio, quienes se encargaban de hacer desaparecer, entre el espanto de los afligidos religiosos, aquellos objetos que más querían.

Por fin pudieron salir en procesión hacia la Recoleta Dominica, donde tomarían hospedaje, llevando el Sacramento bajo el palio y seguidos de numeroso pueblo. Iban camino del destierro el padre guardián Tadeo Herrera, el padre bibliotecario Javier Cajas Morales, autor de *El sacerdote idiota*; dos hermanos de apellido Silva, el padre predicador Jara, que a pesar de su vejez había sabido enrostrar a la autoridad su abuso incalificable; el padre Domenech y el padre Infante.

Sólo dieciséis años después volvieron a su antiguo convento a cobijarse bajo el gran lúcumo de su claustro principal. El árbol seguía ofreciendo generoso su fruto exquisito de todo el año; las viejas parras del tiempo de don Nicolás García, que pasaban hasta el huerto de don Miguel Dávila, producían un zumo aromático que hacían único el vino de la santa misa. La vejez había exaltado a los nuevos recoletos, que guardaban con veneración la cruz que ponía en su lecho al acostarse Pedro Bardesi, y cuya humildad volvía a florecer en el hermano menor Andrés Filomeno García, conocido por "Fray Andresito".(57)

# CALLE DE LOS BARATILLOS VIEJOS

LA CIUDAD se llamaba en esta parte Guanguali –murmullo de agua– y sus términos se perdían entre los guañiles del llanito de Portales.(58) Por esos lados no se veían más que ranchos pajizos y tendales de ropa, pero el olor a romero y arrayán ponía en los corralones una calma montañesa que hacía más dulce y soportable la vida entre la gente pobre. Muchas de las acequias que corrían por las calles a tajo descubierto dispersaban sus aguas en las arboledas del llanito, conducidas por canales curiosamente dispuestos, los que, al saltar sobre los guijarros, llenaban el aire de murmujeos cantarinos.

Un día quiso la mala ocurrencia de un señorón deshacer el encanto en que vivía el pobrerío en esos arrabales, estableciendo en uno de los corrales vecinos la merca de esclavos.

En el ángulo nororiente, donde terminaba la calle de las Agustinas, construyó un galpón de paja, guarnecido por un altillo que sirviese de vivienda y de almena vigilante para los capataces.

Eran tiempos en que se hablaba mucho de la protección al indio, y, aceptada su igualdad en el cristianismo, los monarcas españoles, para aliviar su servidumbre, instituyeron el tráfico de negros.

El marqués de Casa Real afrontó el negocio de la carne de ébano, importándolos de las costas africanas, por vía de Buenos Aires y Mendoza, para los ingenios del Perú y las casonas aristocráticas de Santiago. Los peligros y los azares con que se realizaba el tráfico de los negros encarecían su botín. Las recuas de infelices bozales que penetraban al galpón del marqués, por la Cañada de San Lázaro, traían también, acollarada a sus pies, una dolorosa y terrible peregrinación. Comprados unos en los puertos de embarque por aguardiente; cautivados la mayor parte a sangre y fuego de sus aldeas africanas, pasaban, a tardo paso, por la callejuela del llanito de Guanguali, consumidos por nostalgias y pestes.

Cuando llegaba un arria por el boquete cordillerano, aparatosa elegancia, de casacas y basquiñas, daba vida y color a ese lugar, animándose la merca con el parloteo de damas y señorones que iban en busca de las

novedosas "piezas de servicio". La callejuela ostentaba a la vera de sus paredones una fila de calesas y calesines cuyas mulas sacudían sin cesar sus pretales, tapujados de campanillas.

Hacia de mayoral de la casa un mulato de nombre Roque, el que ofrecía los negros bozales por diversos precios, desde 200 a 1.000 pesos, "libres de hipoteca y otra enajenación, con las marcas de fuego que se copian en el margen y que tienen la pieza en el hombro derecho, pero sin asegurarla de vicio, tacha ni defectos corporales ni de ánimo".

Los negros, bien lavados con el agua de las acequias, aparecían, entre hombres, mujeres y niños, apenas cubiertos con un taparrabo, ocupando los puestos que Roque les designaba en el corral.

El mayoral se encargaba de mostrar las piezas y alabar las cualidades de cada uno:

—Jordanillo, Catana, Domingo, Juanete...

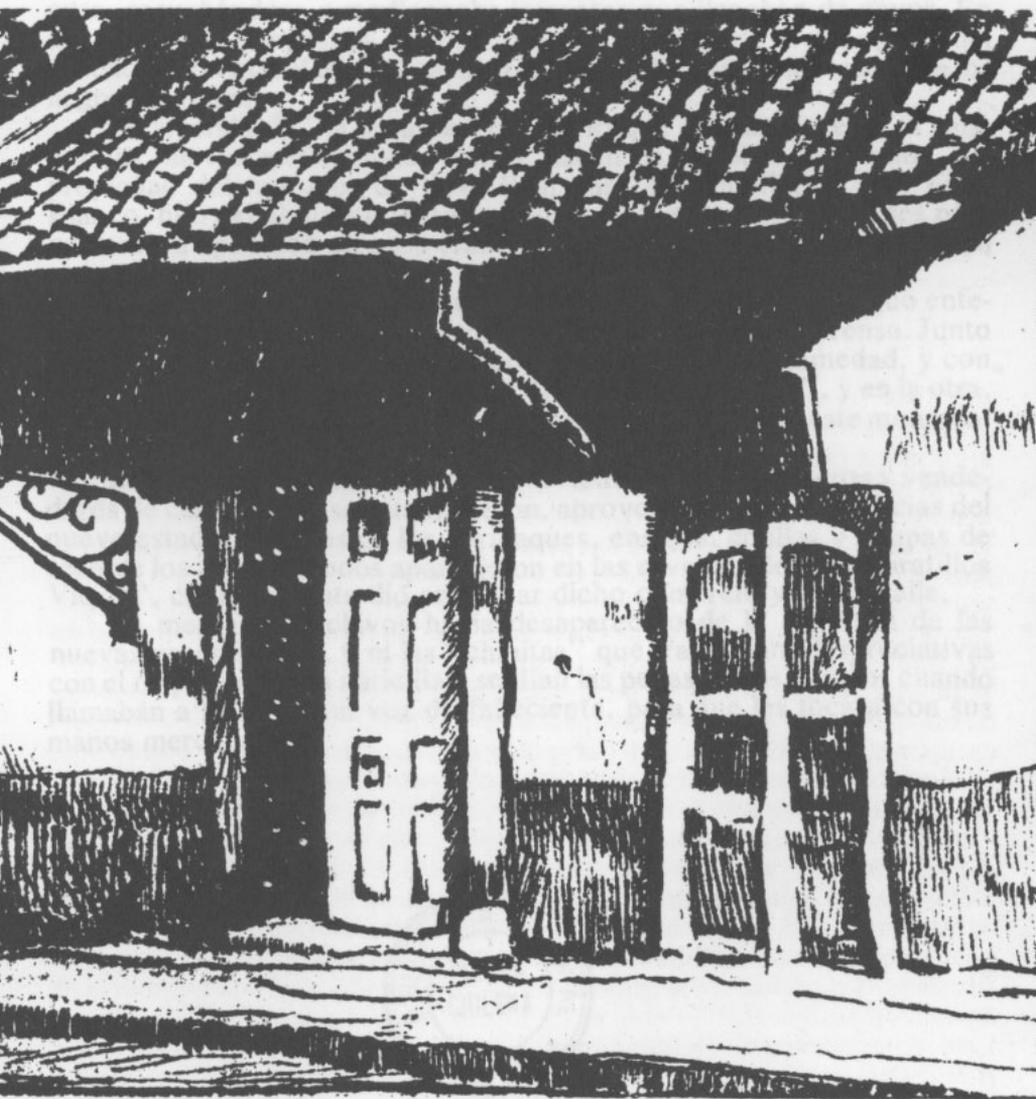
Los compradores los sometían a un minucioso examen de pies a cabeza, se les hacía encorvar, levantar recios pesos del suelo o sostenerlos con los brazos extendidos; se les apretaba el pecho y la cintura para ver si sufrían algún dolor y se les hacía abrir la boca para examinar la dentadura.

El mulato Roque sabía sacarle buen precio a su mercancía, y los negros, apiñados en el galpón, no veían otro término a sus desgracias que ser vendidos por el mayoral en alguna casa grande, donde la vida doméstica dulcificara un poco su pesada esclavitud. Por eso, entre estos infelices había una frase común para llamar su atención: "Tócame Roque", gritaban con lánguida esperanza, y sus voces acollaradas eran a veces un canto que venía de la selva ignota o quejas guturales que aún parecían escapar de los pañoles del bergantín negrero. El pobrerío del llano, obsesionado con el lamento, bautizó el solar con el nombre de "la casa de Tócame Roque".

Pero en aquel galpón no todos los negros salían a la merca con sus carnes duras y relumbrosas. Las enfermedades de la penosa travesía, diezmaban el piño humano, y muchos gemían sin amparo en los rincones ocultos males. Algunos compradores descubrieron que bien podían especular con estos moribundos, mercándolos a la gruesa ventura por 25 ó 50 pesos. Los físicos y yerbateros trataban de aliviar el decaído ánimo durante el traspaso, que constituía horas de expectación en la reventa. Los comerciantes de ébano vivo no alcanzaban muchas veces a salvar el precio de sus piezas, cayendo en sus especulaciones en este juego a la "alza con la muerte".

Se cuenta que más de un gran señor santiaguino hizo en esta forma "pingüe fortuna", repartida hoy en cien hogares.(59)

En los primeros años de la Independencia, "la casa de Tócame Roque" aún se erguía, con su galpón, desocupada desde el tráfico de los negreros. Pero su lúgubre vida anterior había impreso tal espanto en el pueblo que, pasadas las oraciones, nadie se atrevía a transitar por esos andurriales. Las ánimas habían aposentado su aquelarre en el osario de la



Una casa de los Baratillos Viejos, actual Manuel Rodríguez.

casa, escuchándose a medianoche lamentos que llenaban de pavor. En las noches de tempestad, las rachas silbaban imitando el chasquido del rebenque con que el mulato capataz castigaba las carnes laceradas de los negros bozales.

La leyenda de "la casa de Tócame Roque" desaparece de la calle con las nuevas edificaciones que se hacen en el solar de esquina. La propiedad del marqués de Casa Real pasa a la familia de don Félix Blanco, hijo del almirante Blanco Encalada, y en las excavaciones para construirla aparecen algunos cráneos que, por su estructura, revelaban su procedencia africana.

El año 1927 nuevas osamentas humanas extraídas del antiguo enterratorio de negros llaman la atención del vecindario y de la prensa. Junto a los esqueletos aparece un yatagán, carcomido por la humedad, y con una inscripción en una de sus hojas: "Por el Rey Carlos II", y en la otra, dos números "17", que coincidían con el año en que murió este monarca: 1700.

El nombre posterior de la calle proviene de los ropavejeros y vendedores de calzado que se establecieron, aprovechando las franquicias del nuevo estado. Muchos de los miriñaques, encajes, golillas y chupas de seda de los abuelos godos aparecieron en las reventas de "los Baratillos Viejos", como la gente dio en llamar dicho comercio y dicha calle.

La merca de esclavos había desaparecido de la memoria de las nuevas generaciones, y ni las "chinitas" que traficaban, despreciativas con el respingo de sus naricillas, sentían las penas de sus abuelos cuando llamaban a Roque, con voz desfalleciente, para que les tocara con sus manos mercenarias.

# CALLE DE SAN ANTONIO

EL CALLEJON que atravesaba la ciudad al oriente de la Plaza Real, desde el Mapocho a la Cañada de San Francisco, estaba deshabitado. En ninguna de sus aceras se veía casa ni covachuela de madera y paja. Sólo en una de sus esquinas se levantaba una portada de dos aguas que indicaba la hidalguía de su dueño. Perteneecía a un anciano y tullido caballero llamado don Francisco de Pastene, que había llegado a desempeñar los más altos puestos del reino por su talento y virtud. Era uno de los hombres cabales de este apartado florón. No solamente sus conocimientos como licenciado en cánones le habían granjeado el respeto del vecindario, sino su valor mismo como soldado defensor de la fe católica.

Desempeñaba el cargo de provisor, cuando llegaron noticias de Valparaíso de que habían arribado a las costas de Quintero tres bergantines ingleses al mando del corsario Tomás Cavendish. Como a la sazón el Gobernador, don Alonso de Sotomayor, estaba ausente de Santiago, batallando con los bárbaros, don Francisco de Pastene, con celo del servicio de Dios y de S.M., llamó y juntó a cuarenta clérigos con sus armas y caballos. Salió con ellos en dirección de Quillota, y se halló en el rebato y recuento que puso en fuga a una partida de arcabuceros que el corsario Cavendish había hecho desembarcar con el fin de explorar el valle.

Si no fuera por la ligereza con que se acogieron a un peñón que estaba metido en el agua —cuenta Mariño de Lobera— y donde no alcanzaron a llegar los nuestros por los muchos tiros que disparaban sus navíos, no hubiera quedado hombre con vida.

Esto pasaba el 30 de marzo de 1587.

El primitivo callejón —trazado a cordel por el alarife Gamboa— tuvo, en el año 1630, después de la muerte del benemérito viejo defensor de la ley evangélica, su primer bautizo de pila y se conservó hasta las postrimerias del siglo XVII con el nombre del “Licenciado Pastene”.

El hombre actual, de San Antonio, nace con el trajín de beatas y

solteronas. El callejón era el mismo del siglo pasado y estaba cercado con tapiales desmoronados por los años y las lluvias. El progreso se veía en las esquinas de la Merced y de las Monjitas, donde se alzaban enormes pilares de ángulo y algunos balcones volados. Cerca de la Cañada asomábanse pintorescos tejados con su mediagua, pero, ya en marcha por la calle, abundaban los basurales y letrinas. En su largo tránsito, el caminante tropezaba con los desperdicios que tiraban los vecinos de los solares, viéndose diseminados perros, gatos y otros animales muertos, que nadie se encargaba de recoger. Una mañana apareció un burro con una pata quebrada, tendido en el cruce que formaba con la calle de Santo Domingo. El pollino se acomodó en el cieno, acosado por la fiebre, y los muchachos de las inmediaciones le daban de comer y de beber; pero, al cabo de algunos días, murió y sus restos se extinguieron sin que ningún buen vecino se tomara el trabajo de hacerlo arrastrar al río.

¡Cómo sería el basural de esta calle —refiere Zapiola en sus *Recuerdos de Treinta Años*—, que un día que pasaba por allí vio, medio enterrados, dos trozos de madera labrada. Tomó sus extremos y, al levantarlos, descubrió que era una escalera, de cuatro o cinco metros de largo, oculta en esa forma por los ladrones para servirse de ella en sus correrías nocturnas!

La calle de San Antonio era también teatro de las pedreras de chimberos y santiaguinos. La cuadra comprendida entre la de las Monjitas y de Santo Domingo no tenía una sola vivienda, pues daban allí frente los tapiales de las casas grandes. En el lado oriente se veían una o dos ventanas de la casa de don Antonio Sol, que perteneció después a don Nicolás Larraín y Aguirre, y en el resto de la cuadra sucedía otro tanto con la casa de las señoras Guzmán; el lado poniente lo ocupaba, en toda su extensión, la pared del convento de las monjitas de la Victoria.

La guerra de piedras infundía tal temor a los transeúntes de ambas calles, que, para pasar a la cuadra siguiente, tenían que esperar el momento en que había calmado la lluvia de pedruscos, y aun así, a todo correr, sin que esta precaución los librara muchas veces de un terronazo.

El nombre de "San Antonio" evoca una visión lejana del santo. La inquieta dama que había pasado de los veinte años pedíale un buen marido, y, para que le cumplierse la manda, se valía de numerosas artimañas con que castigaba al santo hasta el momento del milagro. Ya le separaba del Niño Dios que tenía en sus brazos, como escondía su imagen en una cueva de ratones; ya llevaba su medallita colgada en la garganta de arriba para abajo o doblada su estampita, de manera que no viese al Santo Niño. La imagen de San Antonio constituía la esperanza bien hallada de muchas santiaguinas que, al obtener lo pedido, festejábanlo con luces de cera y líos de flores. De ahí que cuando el transeúnte pasaba por el antiguo callejón del Licenciado Pastene y miraba hacia la Cañada, no era raro que divisase la boca luminosa del portón del templo de San Francisco que da a esta calle, y que enfrentaba también al altar de San Antonio, en el fondo de la tercera nave de dicha iglesia. La visión era

nítida para todas las dulces devotas del santo: el altar cobraba a la distancia toda la exaltación mística de su mágico retablo; por allí pasaban mujeres de diferentes edades con el solo pretexto de divisarlo y reavivar el deseo íntimo. Era una legión de feligreses la que transitaba por la calle en dirección del templo franciscano, embarrando muchas veces sus sayas de seda para hacerse más gratas a los ojos del santo.

Las devotas, de esta manera, fueron haciendo partícipe a la calle de sus esperanzas casamenteras, y de aquí que un día la unieran a su devoción con el nombre de San Antonio.(60)

Como sería el basural de esta calle -refiere Zapata en sus Recuerdos- una pata quebrada, tendido en el cruce que formaba con la calle de Santo Domingo. El pollino se acomodó en el cielo, acordado por la febril y los muchachos de las inmediaciones le daban de comer y de beber; pero al cabo de algunos días, murió y sus restos se extinguieron sin que ningún buen vecino se tomara el trabajo de hacerlo arstar al río.

El nombre de San Antonio con relación a la calle -refiere Zapata en sus Recuerdos- viene a ser una especie de homenaje a un santo que se venera en la ciudad. El nombre de San Antonio con relación a la calle -refiere Zapata en sus Recuerdos- viene a ser una especie de homenaje a un santo que se venera en la ciudad.

El nombre de San Antonio con relación a la calle -refiere Zapata en sus Recuerdos- viene a ser una especie de homenaje a un santo que se venera en la ciudad.

El nombre de San Antonio con relación a la calle -refiere Zapata en sus Recuerdos- viene a ser una especie de homenaje a un santo que se venera en la ciudad.

El nombre de San Antonio con relación a la calle -refiere Zapata en sus Recuerdos- viene a ser una especie de homenaje a un santo que se venera en la ciudad.

El nombre de San Antonio con relación a la calle -refiere Zapata en sus Recuerdos- viene a ser una especie de homenaje a un santo que se venera en la ciudad.

El nombre de San Antonio con relación a la calle -refiere Zapata en sus Recuerdos- viene a ser una especie de homenaje a un santo que se venera en la ciudad.

## CALLE DE SANTO DOMINGO

SUENA el tañido de oraciones. Aún no se encienden las luces del comercio y todo cobra penetrante quietud. La posada abre sus tablonces claveteados y emana de su interior un vaho de misterio. El templo del Señor Santo Domingo yergue la historia de su piedra canteada con soberbio gesto; y en la plazuela fronteriza, los árboles apagan con sus copas dormidas el pebetero del quiosco, cuyas últimas flores quedaron sin vender.

El año 1606 los dominicos levantaron allí los cimientos de la primera iglesia, que dio el bautismo a la calle, y que fue destruida por el terremoto de 1647. De las noticias que quedaron de esa fábrica se sabe que tenía quince capillas y “una escalera que entre las del Escorial pareciera bien”.(61) Cien años después, en 1747, se puso la primera piedra del segundo templo de la Orden —que es la que actualmente existe—, colocándose el Santísimo bajo el Gobierno del Presidente Morales, el 13 de octubre de 1771. La fábrica se terminó diez años después, en 1781, y otros diecisiete años tardó en levantar sus torres.

Su arquitecto hizo esbelta la fachada, de líneas quietas y de un cierto clasicismo de orden dórico. En la calle vecina la apuntaló con rudos contrafuertes, y su inspiración buscó las enseñanzas venidas del Perú en las proporciones y perfilados y algunos regionalismos inconfundibles de América. En su interior, ideó el tipo basilical, de amplia nave y crucero. Los retablos barrocos en mármol negro fueron obsequios de grandes del reino, cuyas almas encontraron en las imágenes simbólicas la fuerza patética y conmovedora del catolicismo.

Esta es la historia del templo; la de “La Posada” le gana un siglo, porque en ese solar fincó don Juan Hurtado, compañero de Valdivia, el año 1565. Pasó después a su yerno, don Andrés Hernández de la Serna, vecino encomendero de San Juan de la Frontera, y éste no tuvo desazón en cederle el sitio, que daba frente a la portada principal, a la orden dominica, para que allí formasen la plazuela de armas del templo. ¡Al fin

de todo no era más que la legítima de su cuñado don Antonio de Hurtado, profeso en dicho convento!

La calle señalada, de vereda a vereda, por templo y prosapia, fue extendiendo ambos brazos en el transcurso de tres siglos, para empezar por el oriente desde la "casa de la palma" y terminar, hacia el poniente, en la denominada "La Bastilla", sudoeste con la de los Teatinos, por haber coincidido su construcción con el año de la Revolución Francesa, en 1789. Esta casa fue la primera de cal y ladrillo levantada en la ciudad, y pertenecía al jesuita Sebastián de Lecaros. "La Bastilla" ostentaba en la esquina una maciza pilastra de piedra.

Era el 10 de septiembre de 1810. La lumbrada del poniente encendía las torres virreinales del templo. En las esquinas los corros de frailes dominicos y de algunos vecinos eran más numerosos que otras veces, pues una grave noticia iba y venía por las aceras donde se agrupaba el comercio español. Se decía que estaba acordado ya, para el 12, una reunión de notables a Cabildo abierto, con el fin de establecer "Junta". La "bola" suponía la pérdida total de España y de Su Majestad don Fernando VII, prisionero de los franceses. Los señorones llevaban en el ceño una preocupación profunda y se escuchaba en las losas el golpeteo continuo de sus encumbrados bastones. Era la calle una ola negra de capas y manteos que se agitaba en un mar de pasiones encontradas. Los negociantes en giros sobre Cádiz y Lima mostraban su inquietud; los grandes bodegueros dejaban sus mostradores para cambiar impresiones sobre la escasez de demandas; don Antonio de la Lastra, don Miguel de Cotapos, los Urmeneta, los Saldívar, no habían tenido, como de costumbre, los cueros de plata amonedada que los clientes les encargaban transportar, en recuas de mulas, camino del Puerto y de la otra banda. La única vecina que transitaba por la calle, amamantando feliz en sus abultados senos los vagidos de la nueva "guagua", era la Negra Rosalía. Ama de la hospedería de "La Bastilla"; pregonaba sus picarones en almíbar, tentando y enturbiando el magín de sus tiosos parroquianos. La llamaban "negra" por lo moreno del color de su piel, que ella atenuaba con polvos y carmines.

Na Rosalía regresaba esa tarde de la Plaza de Abasto conforme con los tiempos, pues sus canastas venían vacías. ¡Qué sonrisa más dulce era la suya! ¡Cómo bailaban sus monedillas en el enjuague de sus manazas! Sacaba la lengua y chupábase sus labiotes sensuales para decir:

*En tiempos de picarones  
se hacen las revoluciones.*

Don Celedonio Villota, el señor de Teno y rey del charqui, que estaba parado en la esquina de Morandé, frente a su pulpería, la detuvo para preguntarle sobre lo que se susurraba:

—¿Habrà Junta, ña Rosalía?

—¿Junta? ¡Qué cosas está diciendo su mercé! Esas cosas no se preduntan...

—No se me vaya por esa veredita.

—¿Y cómo voy a saberlo? Menos averigua Dios y perdona.

—Pero algo habrá oído en “La Bastilla”. ¿Qué hacen entonces esos señores cuando comen picarones?

—Se chupan los dedos, don Celedonio.

Y seguía su camino llena de risa y con tal garbo, que el pollerón recamado de lentejuelas parecía a cada tranco redoblar su vuelo, las dormilonas repicar sobre los hombros, y sus dientes, como perlas de Panamá, saltar de su boca en cascadas de salud.

En la calle empezaba a obscurecer y los corrillos desaparecían, guardando sus personas por las puertas chicas de las portadas como en cajoncillos secretos. Las casas se enterraban en la noche lóbrega de la revolución. Sólo la Negra Rosalía avizoraba desde la mirilla de su tendajo de la esquina de los Teatinos, pues decía que “en tiempos de alarma el que no cae resbala”. Sabiduría ladina de mujer que no perdía pisada de los que iban a conspirar a la Casa de los Picarones. Así secundó a don José Gregorio de Argomedo y a doña Micaela Fontecilla, que eran sus mejores clientes.

En los días tristes de la Reconquista, la calle del Señor Santo Domingo no tuvo más rumor que el de los rezos, ni otro eco que el de los tétricos golpes de cajas de los batallones que pasaban hacia el puente. El más asiduo personaje de la calle fue el Presidente Osorio, que todas las tardes llegaba a rezar el santo rosario, acompañado de su escolta, a la antigua casa solariega de “La Posada”.

El triunfo de Maipú puso una cinta azul y blanca en todo el largo de la calle. El viejo barrio desperezóse con cantos y danzas, y la “palma real” sobre los tejados rojos se meció transformada en penacho de glorias al ostentar en lo alto la enseña de la Patria.

La calle empezó una vida nueva. “La Bastilla” fue convertida en Correo, organizándose allí el primer servicio de esta índole por parte del Estado y dando término al sistema de enviar las cartas con “propios”. El comercio viose más repartido. Ya no era el español Castellanos el que tenía el monopolio del aceite de comer ni el tendero Astudillo el único que vendía más baratos los bayetones de Castilla y los ruanes de Francia. Por todas partes se expendía al menudeo. La nueva vida despercudía los espíritus y cantaba ayes indianos en las rejas y en los zaguanes.

La llegada de la Negra Rosalía exaltó el vivir libre y pintoresco de la calle. Regresaba de Lima con las tropas chilenas que habían ido a libertar al Perú. El ingenio del demonio se escapaba de su labia, cuya boca ardía como un tizón, dejando a somormujo un aire de malambo. Había echado fuera todo el trapío comprado en la ciudad virreinal, lujo de lentejuelas, lujo de corales, lujo de caravanas, sonajería de brocados, brillo de chapines, exuberancia de encajes y de enaguas; traía también un

peinado a la moda, cuidadoso y enrulado, que, según su expresión, era de "ratón dormido".

La calle ostentaba algunas nuevas mansiones como vía de progreso; en su esquina nororiente con la de las Claras, la casa del chillanejo don José Antonio Rodríguez Aldea, con su patio azul y corredor volado, y que éste construyera en 1815, siendo Ministro de Marcó del Pont y posteriormente de O'Higgins. En su cuadra, de rancia estampa, el Presidente don Francisco Antonio Pinto inauguró la primera filarmónica de tono y copete, organizada el año 1827 en la vida social santiaguina.

En una casa construida sobre el antiguo claustro de la Victoria, entre las calles de San Antonio y de la Nevería, el maestro francés Bogardus exhibió el primer elefante conocido en Chile. El suceso, que ocurrió en un día de mayo del año 1841, atrajo al poblado de las dos riberas, conmoviéndose de tal modo el vecindario que el tránsito de la calle estuvo interrumpido por algunos días. Se contaba que acompañaron al elefante en la exhibición la mona "Dulcinea" y el mono "Pinganilla", los que bailaron un vals al son de la flauta de monsieur Bogardus. Diz que era tal la destreza del mono, vestido de levitón rojo y cuello blanco, que dejó su nombre a los que entonces se conocían por "paquetes" y "futres".

La Logia Lautarina tuvo sus salones también en dicha calle; y en los días prósperos de don Diego Portales volvió a afirmar "La Bastilla" su prestigio revolucionario. No en balde estaban todavía en su apogeo los picarones de la Negra Rosalía.

El reposo aristocrático que hoy tiene la calle se debe a una solicitud que sus vecinos presentaron al alcalde, pidiendo que no se concediera permiso para extender allí una línea de tranvías. Los buenos vecinos querían que su calle siguiese unguida de la benéfica paz de antaño, de la que aún emanan algunos caserones un vaho de añeja sugestión.(62)

En cuanto al origen del nombre, eterno en la piedra de su templo, cobra toda su apoteosis la tarde de flores, luces y cánticos en que sale Nuestra Señora del Rosario sobre su carro de plata, camino hacia la devoción del Señor Santo Domingo.

## CALLE DE LA PELOTA

POR EL AÑO 1686 construyó el Obispo don Diego de Umazorro, un poco hacia el oriente del camino que iba a las provincias de "arriba", una iglesia de adobones, bajo la advocación de San Isidro. Aislada, entre chácaras y corrales, sirvió en un principio de refugio a las esperanzas de mustios vagabundos que llegaban hasta el apacible zaguán del cura Diego de Tapia, deseosos de su palabra sabihonda y milagrera. Se apoyaba la casa del cura en un costado de la iglesia y su frente de corredor servía de solaz a los arrieros y caminantes que se apeaban a descansar. Muchos platicaban largamente sobre las mandas que harían en el próximo año, si era de sequía, a San Isidro labrador, un santo de busto, hecho por uno de esos talladores de Quito que solían poner en su rusticidad indígena una expresión nueva al alma tétrica de la época.

La iglesia quedaba frente a un pequeño corralito que luego se convirtió en una plazoleta con muchos árboles, a usanza de las del centro de la ciudad, y en la que el pobrerío, en los días de verano, tomaba el fresco tendido a la larga durante la siesta. La calleja que pasaba por el costado poniente del templo no tendría más de dos cuadras, y su salida hacia la Cañada de San Francisco estaba interrumpida por los muros medianeros de chácaras y corrales.

En la mitad del siglo XVIII vino a instalarse por estas cercanías un laborioso hijo de Vasconia, que, si al menos no tenía torre por juro de heredad, en cambio sabía galonarse con banderas de contrabando.

Este buen hombre gustaba del juego de la pelota con pasión desmedida y alegre. Su apariencia ruda y primitiva conquistaba. Sabía disciplinar sus piernas, en los ratos de ocio, hacia la bola de cordobán, elevándola a gran altura, ante la vista atónita del mestizaje.

Solía reunirse en las tardes mucho gentío a contemplar las destrezas del mercader que, con otros paisanos, animaba su juego predilecto echando bulliciosas interjecciones. La indiada sentábase en los muros a seguir la partida, colmando de vítores a aquellos puntapiés que con mayor fuerza disparaban la bola, y así la vía no demoró en convertirse en

un improvisado anfiteatro, que el pueblo bautizó con el nombre de "calle de la Pelota".

El año 1760, por diligencias del marqués de Casa Real, se abrió esta calle hacia la Cañada, quedando paralela a las antiguas del Carmen y de las Matadas (Santa Rosa). (63)

El nombre primitivo que le diera el mercader vasco, con sus juegos de pelota, desapareció al poco tiempo. Su característica ya no era sólo de ella, sino de casi todas las vías ciudadanas, convertidas en canchas, pues el juego, originario de Vasconia, se incorporó con entusiasmo entre los deportes favoritos, hasta hacerse tan nacional como el del volantín y el trompo. En la calle aparecía solitaria en una esquina, camino hacia el alto de la ciudad, la pobre iglesia de San Isidro, parroquia del suburbio y auxilio del desamparado labriego en los días de sequía. El nuevo nombre estaba señalado.

En aquellos años la falta de lluvias era tenida por muy malsana, pues no sólo la tierra se reseca, sino los cuerpos, que enfermábanse de fiebres e inflamaciones a la garganta, por lo que había gran necesidad de recurrir a la intercesión de los santos para alejar las epidemias y la carestía.

San Isidro y el apóstol Santiago, patrono de la ciudad, eran los santos indicados para pedirles lluvia. La rogativa, que duraba nueve días, comenzaba con una solemne procesión. Salía San Isidro en medio de las luces y de los cánticos. El santo labrador marchaba con la vista fija en el cielo, impávido y terso como un tafetán de seda azul, y en su actitud se veía interceder ante el Todopoderoso por su clemencia y misericordia.

En los zaguanes los corros de niños cantaban:

*San Isidro,  
barbas de oro,  
ruega a Dios  
que llueva a chorros.*

Sucedió más de una vez que, al capitanear el santo la procesión, el cielo se entoldó de densas nubes, no negando la misericordia a los que tan afligidos imploraban, pues tales mangas de agua súbitamente cayeron como si fuera el mismo diluvio. Los feligreses, espantados con la violencia del chubasco, ponían los pies en polvorosa, arrojando velas y ornamentos. San Isidro quedaba desamparado en medio del aluvión, caladas sus vestimentas, descoloridas sus facciones, chorreantes sus barbas, en espera de los pecheros que lo tornasen a su iglesia.

En los zaguanes los niños cantaban:

*San Isidro,  
labrador,  
ruega a Dios  
que salga el sol.*

En los tiempos en que era cura párroco don Blas Reyes, el santo les jugó a los feligreses una buena broma. El año 1851 la sequía amenazó arruinar los sembrados. No faltó entonces quien les soplara a los afligidos agricultores de que existía, desde los tiempos coloniales, en un rincón de la iglesia de San Isidro, un santo milagroso que ahora estaba cubierto de polvo y ennegrecido por la pátina de más de dos siglos.

Dio su venia don Blas para que el santo saliera en procesión a la Catedral. Era un fervor pocas veces visto la marcha de aquella caravana suplicante. Llegaba San Isidro a la Alameda y los pecheros disponíanse a descansar, cuando la muchedumbre que se arremolinaba en torno de la imagen dio un grito jubiloso al ver que ésta temblaba en lo alto del anda. Las exclamaciones eran claras y precisas. “¡Milagro! ¡Milagro!”, y su vocerío se extendía por la antigua Cañada hacia toda la ciudad. Los huasos caían de rodillas, las beatas lloraban de emoción, los niños trepábanse a las rejas para contemplar mejor el prodigio, y hasta los ojos espantados de los mulatos de servicio aparecían por los tejados vecinos.

No había duda. El milagro estaba patente. Algo vivo trascendía de su cuerpo y subía a su pecho, acelerando una palpitación extrahumana. San Isidro, con sus ojos inmóviles hacia el cielo, iba ahora a volverlos a la multitud implorante. Ya algunos feligreses veían que su semblante se encendía, y por nada hubieran quitado la vista de las barbas del labriego ni de su cabellera castaña, aborascada.

Don Blas Reyes, que seguía, revestido, tras el santo, dejó escapar por su rostro enjuto y alongado una sonrisa que pasó imperceptible para la muchedumbre. Llamó a uno de sus sacristanes y le ordenó subir al anda a desabrochar los calzones de San Isidro. Era un servicio íntimo que las manos del monaguillo hacían, sin ninguna reverencia, ante el escándalo de las mujeres. Quitó éste primero la vieja capa de oro que, para mayor suntuosidad, se le pusiera. Ahora se dedicaba a bajarle los anchos calzones de pana, color tierra húmeda, bien prendidos en la cintura como sujetos en las pantorrillas.

Fue durante la operación, cada vez más irreverente: uno, dos, tres grandes pericotes saltaron de los calzones donde tenían su nidial entre las pajas del relleno. ¡Para qué explicar el toletole que se formó cuando éstos se dispersaron por debajo de los fustanes de las beatas!

Don Blas Reyes, por muchos años, al aliñar una historieta con sus contertulios, en el juego de la malilla, lucía su ingenio describiendo el espanto y la gritería de las mujeres en aquella memorable procesión de San Isidro.

## CALLE DE BRETON

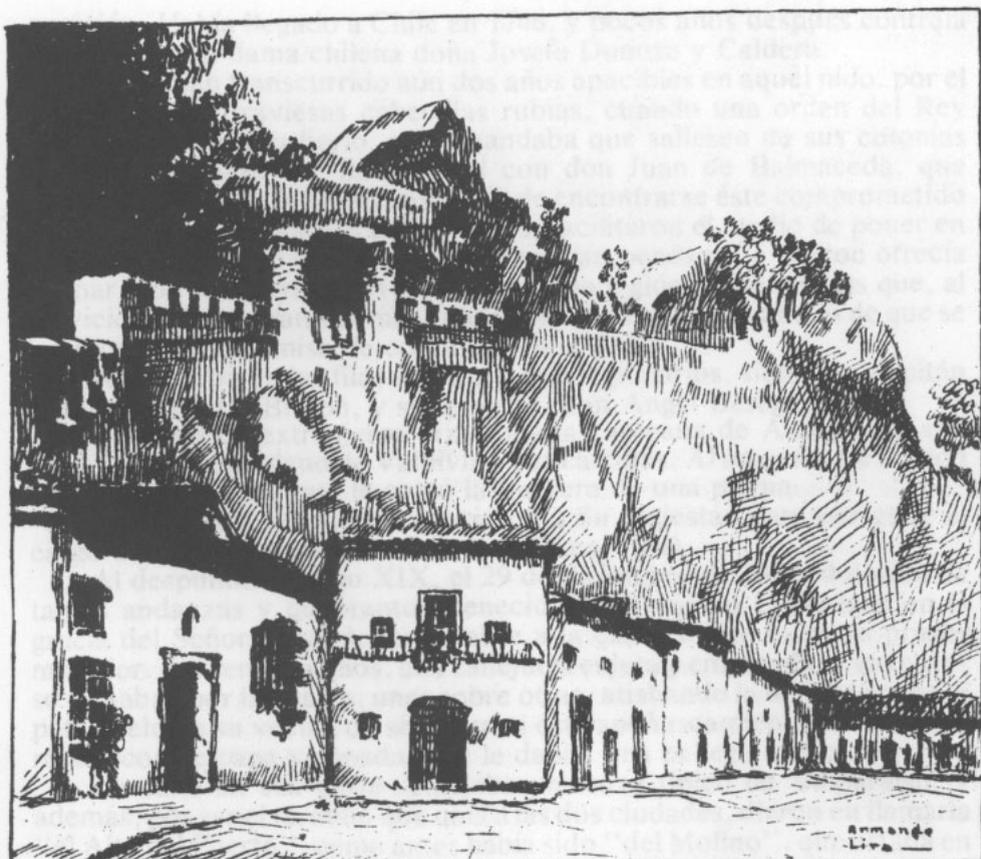
HIZOSE el caminillo a la buena de Dios. Nuestros tatarabuelos debieron llamarlo "el sendero de las cabras". Iba bordeando el Cerro Santa Lucía por su falda occidental, y llevaba, con buen recado, de la Cañada hacia el "alto del Molino", pequeña cuesta que interceptaba la calle de la Merced. Una cadena de huertecillos festoneaba la ladera y en ambos términos se precipitaban los canales que la mano del mapuche, imitando al inca, había labrado en remotos tiempos para fertilizar el valle.

En la torrentera sur, frente al Carmen de San José, caía el agua en el cárcamo del molino que perteneció a don Rodrigo de Araya, el primero que giró sus muelas en la ciudad, sin parar en la tarea desde el año 1549 hasta entrado el siglo XIX. En la torrentera nororiente aprovechó don Bartolomé Flores el salto de agua que dio movimiento a su molino de dos paradas de piedra.

El sendero de las cabras hubo de ensancharse lo necesario para que cupiese un arriero con su mula, y acortar el recorrido de los chacareros que llevaban a ambos molinos sus cosechas de trigo. Estos continuos trajines dieron animación al camino, con el ir y venir de las recuas de mulas y borricos que desde el amanecer marchaban bajo el peso de los costales, y ya en la tarde tornaban retozonas, sin riendas ni bozal, ramoneando en los arbustos que crecían entre los canteados y peñas del cerro.

En el año 1767 un caballero francés se acogió a las faldas altas del Santa Lucía, buscando en la pureza de su aire remedio para la enfermedad de su esposa, que sufría del pecho. Su casa, edificada en las vecindades del Alto del Molino de Flores, ponía una nota de color en la aridez del monte con el jardincillo que su dueño formó, como si hubiese querido trasplantar a las abruptas peñas uno de los vergeles de su lejana Normandía.

Era este francés don Reinaldo Le Breton, natural de Saint-Malo, hijo de don Julián Le Breton y de doña María Emeric, personas de destacada



Después los años de la emancipación, rendidos con su gloria, fueron allí a buscar refugio de paz las agallas de la independencia: el general don Francisco Calderón y el coronel don Ramón Picarte.

El transcurso de los años cambió lo abrupto por lo fácil, y donde antes vivieran fieros guerreros, limaron su espada por hacer un lecho tapado que, por entre las pestañas de laminas y madreperlas de sus camas recumbientes, invitaban a la coquetería.

En una de estas casas vivían dos hermanas peruanas, de cabellos como la onofría y de cuerpos que al andar llevabanse entallados en los tacones de sus pesados chapines la vedada belleza de sus formas.

Las vigas resonaban de misa, llenas de sol y repiques de campanas. El mundo bamboleaba en otros pálpitos y daba a la figura un straggote presagio melancólico.

Los galanes comprendían tras la dos hermanas la romántica peruana: Clara, y Estela, la dulce mamá, que en tales momentos de amor crecía, que en tales momentos de amor crecía.

Calle Santa Lucía, antigua Breton.

posición. Había llegado a Chile en 1746, y pocos años después contraía nupcias con la dama chilena doña Josefa Dunose y Caldera.

No habían transcurrido aún dos años apacibles en aquel nido, por el que asomaban traviesas cabecillas rubias, cuando una orden del Rey Carlos III vino a turbarlo, pues mandaba que saliesen de sus colonias todos los extranjeros. Su amistad con don Juan de Balmaceda, que gobernaba el reino, y la circunstancia de encontrarse éste comprometido con una gran sublevación de los indios, facilitaron el medio de poner en práctica la idea que concebiera en trance tan penoso. Le Breton ofrecía formar, con los extranjeros residentes, una legión de milicianos que, al servicio del Rey, irían a combatir a los indios rebeldes a cambio de que se les otorgase el permiso de continuar en el país.

Se alistaron en las filas sesenta y seis legionarios, siendo su capitán don Reinaldo Le Breton, y su teniente, don Angel Bereguel.

El grupo de extranjeros hizo toda la campaña de Arauco del año 1769, y levantó el plano de Valdivia y sus castillos. Al regreso, Le Breton sufrió un accidente que le costó la fractura de una pierna.

Tan señalados servicios movieron a Su Majestad para otorgarle el cargo de "fiel de los almacenes de pólvora". (64)

Al despuntar el siglo XIX, el 29 de diciembre de 1802, dolorido de tantas andanzas y quebrantos, feneció don Reinaldo Le Breton en la gracia del Señor, legando su nombre a la calle en que fuera su primer morador. Era, en esos años, una callejuela enjuta y empinada, y sus casas se trepaban por la cuesta, unas sobre otras, atisbando la de más arriba el patiezuelo de su vecina de abajo, y en este apeñuscamiento formábanse recovecos de capa y espada, que le daban una belleza trágica.

La calle en esa parte semejava un trozo típico de Valparaíso, y además, por ser el término que unía a las dos ciudades, dieron en llamarla "el Alto del Puerto", como antes había sido "del Molino", que estaba en su falda oriental.

Pasados los años de la emancipación, rendidos con su gloria, fueron allí a buscar refugio de paz dos águilas de la Independencia: el general don Francisco Calderón y el coronel don Ramón Picarte.

El transcurso de los años cambió lo abrupto por lo fácil, y donde antes vivieran fieros guerreros, fincaron su *refugium peccatorum* lindas tapadas que, por entre las pestañas de jazmines y madre selvas de sus casas encumbradas, invitaban a la conquista.

En uno de esos nidos vivían dos hermanas peruanas, de cabellos como la endrina y de cuerpos que al andar llevábanse enredados en los tacones de sus pequeños chapines la vedada belleza de sus formas.

Viejas mañanas de misa, llenas de sol y repiques de campanas. El manto enmarcaba los rostros pálidos y daba a la figura un atrayente prestigio místico.

Los galanes emprendían tras las dos hermanas la romántica persecución, y éstas dábanse mañas en alargar y acortar distancias para que el amor creciera, que en tales dificultades los hombres estaban a su gusto,

mientras llegaba el precioso instante de contemplar el rostro de las deidades. Y, cosa rara, una misma era la expresión que se escapaba de los labios de todos sus perseguidores, al traducir un espontáneo "¡A diablo!" ¿Qué había sucedido? Pues que las dos damas, con ser de cuerpos tan divinos, eran más feas que un susto a medianoche. El galán, desilusionado, tornaba sobre sus pasos echando chispas, y al referir su chasco recibía las chanzas de sus amigos, que al oído cantaban socarrones la antigua copla de las petorquinas:

*En el Alto del Puerto  
cantó Marica,  
cada uno se rasca  
donde le pica.*

La persecución se repitió varias veces, y las dos hermanas fueron bautizadas con el nombre de las "Adiablos", como una chispa burlesca que hubiese dejado en el aire de la calle el espíritu del francés don Reinaldo Le Breton.

## CALLE DE LAS CENIZAS

SANTA Ana era una parroquia rural hace doscientos años, y el cura párroco no podía muchas veces salir a dar la comunión porque su mula se pegaba en los pantanos que rodeaban a su iglesia.

Y llegó un día en que tuvo que administrar sacramento con más apuro que otras veces, porque iba a casar en artículo de muerte. Salió por la callejuela lateral hacia la Cañada y, cuando estaba próximo a la casa de los novios, el animal en que cabalgaba metió las patas en el barro, y por más que lo chicoteó fue perdiendo la estabilidad, hasta quedar medio recostado en el fango pegajoso y chupador como el de una tembladera. A los gritos del cura empantanado, el vecindario salió a la calle. Se tendieron tablones sobre el lodazal y se le arrojaron lazos. Los más valientes trataron de impedir que el Santísimo cayera en el barro, arrancándoselo al cura de las manos. Por fin pudo desprenderse antes que la mula del pantano y llegar a cumplir su misión, pero ya muy atrasado para el matrimonio, pues durante el salvamento la muerte había llevado *in peccato* el alma de la novia.

¿Acaso ahora sobre sus cenizas iban a reverdecer yerbas de campo-santo, dándosele a la calle el nombre de la muerta?

El año 1779 apareció en Santiago una epidemia conocida por el nombre de "malcito" (cólera morbus). La enfermedad empezó a diezmar la población y hubo de habilitarse para lazareto la Casa de los Huérfanos, situada en la manzana comprendida por esta calle y la de los Baratillos Viejos, la de las Agustinas y de la Moneda Real (de los Huérfanos después).

La mortandad fue grande y, para evitar la infección, los restos de los apestados que iban al enterratorio de la Casa eran cubiertos con una espesa capa de cenizas. Las carretas que las traían, por falta de espacio en el asilo, hicieron su depósito en la calle de nuestra historia, donde los montones quedaron hasta mucho tiempo después de la epidemia, sirviendo para que se untasen durante sus jugarretas los chiquillos de la feligresía de Santa Ana.

Y para explicar el bautismo de la calle, bien pudo venir de aquí su nombre original, aunque no falta investigador paciente que afirme que se debió a unas jamonerías que existieron por dichas cuadras.

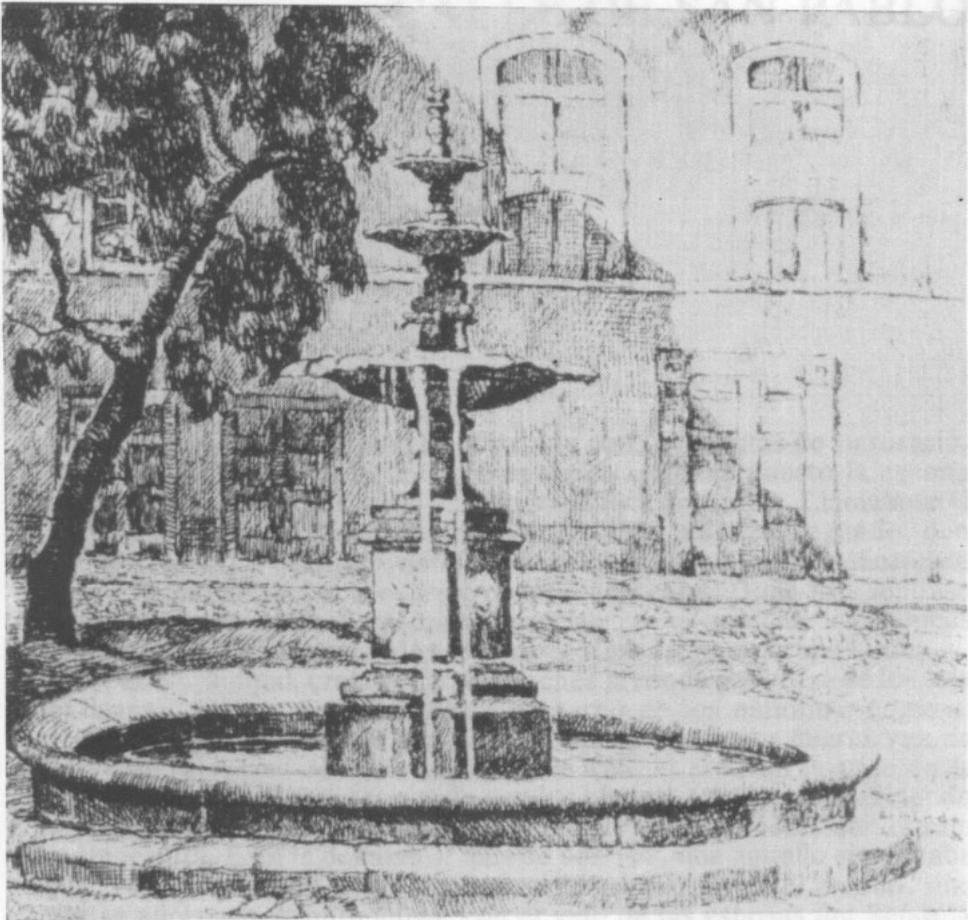
Han pasado muchos años y ni rastros quedan de los montones de cenizas que dejaron los apestados sobre la callejuela.

Un nuevo comercio abre allí sus portalones desvencijados. En los patios, los jamones suspendidos sobre los hornillos satúranse de humos que han de hacer más apetecible la sabrosa pulpa; las prensas comprimen los perniles y las calderas hierven, exhalando el fragante tufo.

Al amanecer de cada día, las mujeres salen empujando grandes cancos llenos de ceniza, que arrojan en la calle.

Don Francisco de la Lastra, el 20 de enero de 1825, dictó un decreto que cambiaba el nombre de las calles, pues quería borrar hasta el último vestigio que recordase la dominación española. Y a ésta le tocó el nombre de "Cocharcas". Pero sucedió que el pueblo nunca dio en bola con la palabra, y la calle siguió llamándose "de las Cenizas".





Escuchó dona Ana la voz del cielo, reconociéndose al Convento de las Carmelitas Descalzas de San José, después de donar su quinta a las orillas del Mapocho, con todos sus enseres, a los padres de la Orden del confesor. Estos le habían demostrado el desamparo del barrio en que estaba ubicada, y que la única manera de combatir al demonio era fundando en esos terrenos un convento que hiciera impotentes sus asechanzas. Y así se hizo. La nueva casa fue designada para los religiosos de tercer grado en la carrera, levantándose una iglesia bajo la advocación de San Pablo. Esto pasaba en el año 1678, y poco tiempo después aparecía allí la fábrica de la pequeña iglesia, con una nave y un altar, frente a una plazoleta, que el pueblo se encargó más tarde de bautizar, como a la calle con el nombre del venerable apóstol.

En los primeros años del siglo XVIII el colegio de los jesuitas llevaba Rincón colonial de Santa Ana, en la calle de Las Cenizas (Apunte de A. Lira).

## CALLE DE SAN PABLO

DOÑA Ana de Flores sondeaba el pasado con las cuentas de su rosario. ¿Qué más esperaba de la vida? Tres veces se había puesto la corona nupcial, trocándola muy luego el destino en toca de viudez. Llamábase el primer esposo don Manuel Cuello, y había sido oidor; el segundo, don Antonio Calero, y el último, don José de la Gándara y Zorrilla, señorón de copete, como los otros, y tesorero de las reales cajas. Doña Ana sentíase marchitar entre el perfume que esparcían en su soledad las pelucas empolvadas de los tres maridos muertos. Su casa le parecía una tumba, y, en el patio principal, creía ver en las noches la ronda pavorosa de los tres fantasmas, en una danza macabra en torno de los naranjos, como si quisieran impedir que sus azahares fueran a ornar, por cuarta vez, la frente de la dueña. Muchas veces doña Ana, al abrir su postigo en la madrugada, veía el patio tapizado con los blancos pétalos, e imaginando que fuese un aviso celeste, se consultaba con su confesor, que era un padre jesuita. Este le demostró, más de una vez, que aquello significaba que el designio del Altísimo era que no permaneciese en el mundo, sino que se adornase, cuanto antes, con el velo de las esposas del Señor.

Escuchó doña Ana la voz del cielo, recogién dose al Convento de las Carmelitas Descalzas de San José, después de donar su quinta a las orillas del Mapocho, con todos sus enseres, a los padres de la Orden del confesor. Estos le habían demostrado el desamparo del barrio en que estaba ubicada, y que la única manera de combatir al demonio era fundando en esos terrenos un convento que hiciese impotentes sus asechanzas. Y así se hizo. La nueva casa fue designada para los religiosos de tercer grado en la carrera, levantándose una iglesia bajo la advocación de San Pablo. Esto pasaba en el año 1678, y poco tiempo después aparecía allí la fábrica de la pequeña iglesia, con una nave y un altar, frente a una plazoleta, que el pueblo se encargó más tarde de bautizar, como a la calle con el nombre del venerable apóstol.

En los primeros años del siglo XVIII el colegio de los jesuitas llegaba al máximo de su esplendor y sabiduría, y el poético nombre de doña

Ana de Flores era apenas un sedante recuerdo en las misas que, como a fundadora, de tarde en tarde le rezaba la Compañía.

Después de la expulsión de los jesuitas, en 1767, el colegio de San Pablo se convirtió en colegio de naturales, por real cédula del 6 de febrero de 1774, hasta el año 86, en que se trasladó a Chillán. El edificio pasó, con el nombre de "Presidio", a llenarse con los vagos destinados a las obras públicas, ocupando el costado norte de la iglesia. Desde estos tiempos data la formación de la calle, en la que ya empezaba a merodear por sus recovecos la indiana brava de poncho y cuchillo. La cercanía del río, por otro lado, la había hecho centro de la gente de cáscara amarga que en las noches escurríase por entre el ojo seco del Puente de Cal y Canto o se tiraba a nado para atravesar el cauce. Cuando, en 1795, el Cabildo colocó una pirámide de piedra en las afueras del llano conocido por "Negrete" (Brasil), para conmemorar el nuevo camino carretero entre Santiago y Valparaíso, la vía de San Pablo acentuó su carácter villano, por las grescas que continuamente se armaban con el tránsito de los viajeros, entre los que nunca faltaban capataces borrachos e indisciplinados marineros. Numerosas bodegas levantaban sus aleros a la vera del camino, mostrando los portones como boquetes de enormes pipas, que convidaban con el tufillo a un taco "entre pecho y espalda". Además, el trajinero se encontraba como en el último patio de su casa, pues el derecho de hacer lo que a cada uno le daba la gana parecía haber resuelto el problema social de la propiedad, según era la confianza que cada cual tomaba lo que pertenecía a otro. Una dueña nunca estaba segura de las flores que aromaban su balconete, y menos de los secretos de los tarambanas. Para andar por allí había que criar garbo, perorar con palabras recias, mirar a la "gallada" de soslayo y escupir por el colmillo, a trueque de que saliese encumbrado por la baranda, entre los gritos de los chiquillos y el cantar socarrón de las chinganas.

El demonio, que los jesuitas quisieron expurgar de esos arrabales, parecía ahora gozar con la ausencia de los exorcismos, convirtiendo hasta el cuartel, que antes fuera convento, en foco de las revueltas políticas que hicieron célebre a la calle de San Pablo.

En la primera de estas asonadas dicho cuartel sirvió de parapeto a los pelucones, contra el Gobierno pipiolo del general Pinto. La calle, en esos días, semejava una feria por los numerosos forasteros que venían "a ver la revolución", y que eran, en su mayor parte, huasos montados en briosos caballos, los que en las bocacalles contemplaban el motín y la lluvia de piedras y de balas como si presenciaran una topeadura en la vara. La calzada agitábase con disputas que terminaban a puñetazos y cuchilladas.

Cada uno de los que estaban en contra del Gobierno daba una opinión sobre si debía el "Coraceros" permanecer en el cuartel o hacer una salida, mientras en su interior se oía la bacanal de los soldados. La pequeña torre de la iglesia servía entonces al vigía para observar los



antano persiste el gusto del siglo en el diseño de los balcones y en el uso de los  
jesuitas en la iglesia del venerable apóstol San Pablo.

Casa de la Calle San Pablo, entre Bandera y Puente.

movimientos del enemigo y por sus troneras asomábanse piquetes de fusileros.

No tardó mucho la plazuela en ser teatro de tragicómico combate. Las tropas gobiernistas aparecieron por la bocacalle de los Teatinos, desde donde abocaron sus cañones. Al primer disparo dos soldados cayeron al suelo, y un segundo rompió uno de los ángulos de la torre y derrumbó los escombros sobre los amotinados. Entretanto, se flanqueaba al enemigo por las otras bocacalles y se introducían en pocos minutos la confusión y la huida de los huasos y populacho. Las patrullas de la caballería perseguían a los hijos genuinos de la calle que, favorecidos por el desorden, pretendían iniciar "el saqueo".

Han pasado dos años sobre la histórica vía y aún persiste en ella su espíritu de revueltas en los días de elecciones presidenciales.

Allí, hasta la china sabe prender flores de fuego cuando canta, en los compases de la cueca, aquellos encendidos versos:

*Por la calle San Pablo  
van los bomberos,  
Rosa, qué risa me da;  
van los bomberos, sí,  
detrás del fuego.*

*Detrás del fuego, jay, sí!  
fuego violento,  
jay!, Rosa, qué risa me da,  
que me atormenta el alma  
y el pensamiento.*

Nada han podido los exorcismos pasados contra el demonio que rondara la quinta de doña Ana de Flores, tres veces viuda. Ogaño como antaño persiste el genio del mal en explorar el recuerdo que dejaron los jesuitas en la iglesia del venerable apóstol San Pablo.

# CALLE DE LAS MATADAS

No tardó mucho la plaza en ser teatro de trágico combate. Las tropas gobiernistas aparecieron por la boacalle de los Tardinos, desde donde abocaron sus cañones. Al primer disparo dos soldados cayeron al suelo, y un segundo rompió uno de los arcos de la torre y detumbó los escarpes sobre los amotinados. Entretanto, se iban pugnando al enemigo por las otras bocacalles y se introducían en pocas minutas la confusión y la huida de los hueros y populachos. Las patrullas de la caballería perseguían a los hijos genuinos de la calle que, favorecidos por el desorden, pretendían iniciar "el saqueo". Han pasado los años sobre la histórica vía y aún persiste en ella su espíritu de feviedades en los días de elecciones presidenciales. Allí, hasta la china sabe prender flores de fuego cuando canta, en los compass de la cueca, aquellos sencillos versos:

EMPEZO por ser un camino estrecho, tortuoso y polvoriento, que por carecer de un nombre el pueblo lo designaba "callejón de los padres" o de San Juan de Dios. Se había formado en el Gobierno del laborioso Presidente Henríquez, quien, para crear recursos al establecimiento de caridad de los "padres Capachos", autorizó por decreto del 23 de agosto de 1675 al prior Alonso de Huete vender en sitios "las tierras menesterosas del convento", que así llamaba el pundonoroso fraile en sus escritos a las que la comunidad no había menester. De esta manera, en el espacio de cuarenta años, fueron enajenando los padres de San Juan de Dios más de sesenta solares en las que hoy son calles del Carmen, San Isidro y Santa Rosa.

En el plano del francés Frezier figuran hacia el sur tres o cuatro caminos; entre ellos el que se llamaba de "San Juan de Dios", por el sitio que ahí eligió Valdivia para fundar un hospital.

Ya entrado el siglo XVIII, el camino habíase remozado con algunos mojinetes de casas grandes que sobresalían entre la ranchería cercana a la Cañada de San Francisco.

Una mañana, el vecindario empezó a correr hacia el "callejón de los padres" para ver a una "matada".

La procesión de curiosos que se atropellaban por ganar la delantera; el grito destemplado de las viejas corredoras y de los mataperros; la alharaca de los sobrestantes y alguaciles; los ayes despavoridos de los indios, todo se confabulaba para indicar que algo terrible pasaba en ese sitio.

—¡Una matada! —era el grito del poblado—. ¡Una matada!

Después de mucho ir y venir de físicos, se supo que era una mujer de vida alegre, asesinada en el rancho en que vivía. El cadáver no presentaba, en apariencia, lesión alguna; sólo una incisión casi invisible practicada con un estilete en su costado izquierdo, y por cuya herida apenas habían manado unas cuantas gotas de sangre.

Un viento de tragedia sopló sobre el polvoriento camino. El caso



El doctor Yanes, al examinar a una de las víctimas exclamó:  
«Esta es una mala catástrofe!»  
Había descubierto la profunda herida con que el destino dió muerte a  
sus víctimas, acaso en el momento delicioso de su extravío y horrendo  
sensualismo.  
De estos sucesos nació el nombre de "las Matadas" que se dió a la  
calle por varios años.(63)  
Su camino, de ranchos miserables, no había mejorado mucho, y por  
el contrario estaba más abandonado que antes desde que empezó a ser  
tránsito de los mojos que llevaban, sobre un andamio de madera, hacia  
el cementerio construido en las afueras, los cadáveres de los enfermos  
fallecidos en el Hospital de San Juan de Dios.  
Años después, en el sitio que ocupó el cementerio, se fundó la casa  
de Corrección de Mujeres, a cargo de la Compañía de Santa Rosa,  
que, como la del Buen Pastor, Calle de Santa Rosa (Antigua de las Matadas).

había alarmado profundamente a la justicia mayor por el misterio en que aparecía envuelto el crimen y que hacía imposible identificar a los asesinos.

La noche caía en el callejón como boca de lobo y ya nadie, pasada la hora prima, se atrevía a transitarlo.

Muchos vecinos abandonaron el barrio, pues veían como un castigo de Dios el trágico fin de aquella criatura.

Al poco tiempo, el "callejón de los padres" ganó una fama aun más siniestra, pues repitióse el crimen, en idéntica forma, con dos mujeres más. Una de ellas, por las señas que dio un vecino de la Chimba, vivía en el barrio de la Recoleta, y su vida era repicada por las jácaras de los galanes de ambas riberas. Pero lo que llamó la atención de la justicia fue que el crimen no se hubiese cometido allí, sino en lugares apartados, pues, a excepción de la primera mujer asesinada, estas otras dos vivían en barrios lejanos, al reconocerse entre las cogidas por el Barba Azul a una tal María Antonieta, que era el "montón de amor" de los matanceros de San Miguel.

No habiendo una noche un vecino conciliado el sueño, sintió rumores de voces que venían de la Cañada en calurosa conversación. Aguijoneado por la curiosidad, temeroso de que fueran ladrones, se asomó por la mirilla del postigo, pero, en vez de hombres, vio a tres figuras que arrastraban enormes túnicas blancas, llevando a cuestas a un negro y pesado bulto. En la obscuridad, las fantasmagóricas siluetas iban creciendo de estatura a medida que enfrentaban la casa, y el curioso desvelado, figurándose algo del otro mundo, sobrecogido de pavor, despertó a los vecinos. Cuando éstos salieron, armados de trabucos y pistolas amartilladas, se encontraron con el cuerpo inánime de una mujer que, a luz de los hachones y lumbradas, mostró al grupo la palidez de un rostro agraciado y las íntimas prendas que apenas cubrían la bella desnudez de la nueva "matada".

El doctor Yenes, al examinar al día siguiente el cadáver de la mujer, exclamó:

—¡Esta es puñalada catalana!

Había descubierto la ínfima herida con que el asesino diera muerte a su víctima, acaso en el momento deleitoso de su extraviado y horrendo sensualismo.

De estos sucesos nació el nombre de "las Matadas" que se dio a la calle por varios años.(65)

Su camino, de ranchos miserables, no había mejorado mucho, y por el contrario estaba más abandonado que antes desde que empezó a ser tránsito de las mulas que llevaban, sobre un encatrado de madera, hacia el enterratorio construido en las afueras, los cadáveres de los enfermos fallecidos en el hospital de San Juan de Dios.

Años después, en el sitio que ocupó el cementerio, se fundó la casa de Corrección de Mujeres, a cargo de la Congregación de Santa Rosa, que, como la del Buen Pastor, estaba destinada a preservar de la corrup-

ción a las niñas inocentes y a proporcionar un asilo honroso a las mujeres extraviadas.

Así, la calle parecía condenada a presenciar los cuadros más lastimosos de la ciudad, y ahora, para remate, habían dado en venirse por su vía grupos de escualidas mulas, con el lomo lleno de mataduras, cuya carne viva martirizaba el negro mosquerío de arrabal. Era aquello horripilante. Los mulatos e indiecillos las corrían disparándeles pedruscos; los quiltros salían en jaurías saltándeles a las patas. Los inválidos animales arrojados del tráfico por inútiles hacia esos rincones de la población, vivían para alimentar sus llagas con los calores epidémicos, sin que una mano piadosa se compadeciera de ellos, y su desgracia parecía unirse también a aquella otra maldición de "las Matadas".

El nombre redentor de Santa Rosa, venido de su asilo de mujeres, ha ido lavando con el bien tan tristes recuerdos, y por eso, cuando alguien la llamara con su sombrío nombre de antaño, no faltó quien escribiese, indignado, en un cartel que apareció en la muralla lateral de San Juan de Dios, estos versos lapidarios:

*Tengan por indecorosa  
las personas ilustradas  
la antigua costumbre odiosa  
de llamar de "las Matadas"  
la calle de Santa Rosa.*

## CALLE DE LOS TEATINOS

NADIE miraba con ojos codiciosos esa manzana que deslindaba con la Cañada de San Francisco, por el sur, y la calle Real (Moneda), por el norte. Estaba en el arrabal de la ciudad. Hacia su poniente quedaban las "cuadras de viña", nombre que se les daba a las quintas de recreo. Pero vino el siglo XVII y paróse allí, por los años de 1746, la cazorra mirada de un padre jesuita. El demonio, entonces, cuando no rondaba por una parte, salía a maticar por otra, y nada mejor para espantarlo como una camareta que una casa de religión. Esto lo sabían muy bien los jesuitas, que habían sitiado al demonio por los tres costados de la ciudad, con su claustro máximo y las Casas de San Pablo y la Ollería, faltándole sólo aquella parte del poniente, que al atardecer se cubría de misteriosa sombra... Y ahora, para bien de las cosas de Dios, el solar estaba en venta por muerte de su dueño, el capitán Cristóbal Zapata, de manera que no era cuestión de mucho recapacitar el adquirirlo y fundar un colegio. Una cuartería de adobones y paja, bohíos del pasado siglo de la fundación, daban su frente a esa callejuela del diablo, que, en su fondo, extensas arboledas ponían una nota de adormecedora paz. El padre jesuita cerró los ojos ante la visión magnífica y, cuando los volvió a abrir, pudo decirse *copia nocet*. Supo entonces que, vecinos al capitán Zapata, tenían allí sus solares dos ocupantes sin títulos, hijos de la tierra, que habían adquirido sus derechos por simple ocupación. Uno pertenecía a Nicolás Soto y el otro solar era de unos hermanos apellidados Rodríguez.

No eran tiempos aquellos de mucha riqueza, y la miseria del reino apretaba al pobre; por tal motivo, estos vecinos tenían gravados sus ranchos con censo a favor de los sochantres de la Catedral, del convento de Santo Domingo y de la Merced. La sagacidad del jesuita entró aquí a pelear por los fueros de Dios, comenzando por pedir que se le cedieran esos censos, y siendo cada uno de ellos de muy poco valor, no le fue difícil obtenerlos. Enseguida entabló ejecución contra los herederos de Zapata, y para que el predio de éstos resultara a un precio insignificante y les fuera

forzoso entregarlo a sus acreedores, compráronles los jesuitas sus inciertos derechos a Soto y a los Rodríguez. El primero recibió 500 patacones, y los segundos, 150, y todos declararon que no tenían confianza en sus títulos, pero que tampoco querían litigios de resultados dudosos, mucho menos cuando los padres jesuitas pensaban construir allí un convento para espantar al demonio.

Luego los padres las emprendieron contra los herederos de Zapata, hasta que consiguieron ejecutarlos sacando el solar en almoneda. Nada escatimaron para hacer valer sus créditos, y el 8 de febrero del año de gracia de 1756 el alguacil mayor Antonio Gutiérrez, acompañado del escribano, y a requerimiento del padre Pedro Nolasco Garrote, Rector del Convictorio de San Francisco Javier, "abrió y cerró puertas, echó fuera a las personas que estaban en la casa que fue del finado Zapata y puso en posesión de ella al muy reverendo padre".

Dueños los jesuitas del solar, creyeron que lo más práctico sería arrendar los cuartos y esquinas, y con las ganancias y el transcurso del tiempo construir el colegio. Mas como no podían defraudar en todo las ilusiones del vecindario, fundaron en la callejuela de su costado poniente un beaterio bajo la advocación de San Cayetano, abogado de pobres y patrón de los cocineros, y fundador de una Orden de clérigos regulares que tomaron el nombre de Teatinos. La historia de esta congregación era de remota memoria, habiéndose establecido en 1524 en Chieti, en otro tiempo Teate o Theate, y de donde vino el origen del nombre. Esta orden subsistía, sin fondos y sin renta, y hasta prohibía la cuestación; únicamente contaba con las limosnas. Los teatinos predicaban, visitaban a los enfermos y presos, asistían a los reos condenados al rollo. Los hermanitos del beaterio no les fueron en zaga a los de la congregación de Letrán, y el 7 de agosto de ese año de 1756, festividad de San Cayetano, salieron con su imagen en procesión por las callejuelas adyacentes. El poderío del barrio abrió sus brazos en demanda de la protección del nuevo patrono, que los preservaría del hambre en esos años de escaseces, y la devoción cundió para bien de los hermanitos. Las mujeres venían en romería a dejarle los "cabitos de vela" que se le encendían al santo los días miércoles, y que debían ser de los que sobraban como desperdicio. Un Padre Nuestro era la oración principal que se le rezaba, y la imagen milagrosa llevaba a los ranchos el pan de cada día.

Fue así como San Cayetano, multiplicado en pequeñas imágenes, trocóse a precios subidísimos, en tanto crecieron por otro lado las limosnas del vecindario. Mucha maña deben haberse dado los beatos, no sólo para meterse en el corazón de las gentes cuando las ayudaban "a bien morir", sino para imprimirle más auge a su fundación, pues, al bautizar con su nombre a la calle, ganaron en fama también por su habilidad en los negocios, de tal modo que "teatino" llegó a ser sinónimo de persona astuta y ladina.

Se cuenta del padre López, personaje célebre en la tradición por el buen humor de sus improvisaciones, que, paseando en cierta ocasión por

la Cañada con un amigo suyo, el reloj del convento de los teatinos dio las dos y tres cuartos de la tarde. Detúvose el padre dominico al oír las campanadas, y volviéndose a su acompañante le dijo:

*Un cuarto para las tres  
ha dado el reló vecino;  
y lo que me admira es  
que, siendo reló teatino,  
dé cuartos sin interés.*

Esta quintilla da la medida de lo que eran entonces los teatinos, dedicados, entre otros negocios, al préstamo de dinero, y aun a correr con los "cuartos" que arrendaban en el solar del finado capitán Zapata.

La fina sátira del padre López estuvo en boca de todo el poblado, que lo suponía víctima de algún préstamo usurario de los jesuitas. No faltó un hermano de la orden que un día quisiera probarle que ellos no merecían el duro flechazo de la quintilla; y aprovechó las circunstancias de que ambos pasaban juntos por delante de la imagen de un santo de la Compañía, tal vez el mismo San Cayetano, de cuya boca salía la palabra latina *satis* (bastante), para decirle:

*-¡Un "satis" de amor dñvino  
en esa boca se engasta!*

A lo que el padre López, con su habitual ironía, respondió:

*-Serás el primer teatino  
que, dándole, dijo "basta".*

Expulsada la orden por la pragmática de Carlos III, el año 1767, el terreno que ocupaban los beatos fue adjudicado al Colegio Carolino, y después comprado por el Presidente Benavides para construir la Casa de Moneda. Pero los jesuitas dejaron en las tradiciones populares recuerdos que las veleidades del tiempo nunca podrán borrar, y así la calle seguirá llamándose por muchos años con el nombre "de los Teatinos".(66)

## CALLE DE LA NEVERIA

LA CALLE empezó por tener el nombre del contador Antonio Azócar, su principal vecino, en 1616. Pero, cuando las costumbres impusieron el color local, se llamó "de la Pescadería", pues en la plazuela donde estaba el quiosco de flores, y a lo largo de la calleja estrechada por los contrafuertes del templo de Santo Domingo, se establecieron las primeras ventas de pescado. Los jueves era el día consagrado para el expendio, en vísperas del ayuno siguiente, y, como el pescado tenía un derecho municipal, sólo en esa vez se permitía también su venta. Al atardecer, en la hora en que el esquilón de la Catedral comenzaba a llamar a "Escuela de Cristo", poblábase de rumores la calleja, escuchándose por todas partes el grito: "¡A pescado!, ¡a pescado!" Los clientes, en su mayor parte legos y magnates, acudían presurosos a la plazuela a abastecerse en las chiguas costinas. Sabían que en los días de vigilia se expendía en escasa cantidad en el mercado, no siendo permitido venderlo en otra parte, y mucho menos en las calles, donde los revendedores eran perseguidos por los alguaciles. En el apiñamiento, solían los legos de los conventos apoderarse de las chiguas enteras para hacer granjería de su venta, produciendo su audacia alboroto entre el poblado que no podía pagar el subido precio que ellos pedían. El trajín de los muleros y la lucha de los compradores formaban tal rebujijna y clamoreo, que los magnates preferían pagarles a los legos la diferencia con tal de regresar antes que obscureciese, arrastrando por la vereda, con donairoza elegancia, las sabrosas corvinas cuaresmales de Papudo o los enormes congrios de Cartagena.

La calle, que en tales días cobraba tanta vida por su comercio, en otros se hacía tétrica por las procesiones de ajusticiados que pasaban en dirección del camposanto de la Caridad.(67) Entonces eran tan numerosas las víctimas que hacía el crimen en la capital, que el muy poderoso caballero Cano de Aponte, a la sazón Gobernador del reino, secundado por el corregidor don Juan Jerónimo de Salas y la Cofradía de San Antonio de Padua, construyó una capilla y camposanto de la Caridad

para adoctrinar a los detenidos en la cárcel y enterrar a los que morían por el puñal o la horca.

La inauguración de este cementerio, situado a dos cuadras de la Plaza Real, tuvo lugar el día 9 de julio de 1726, trayéndose en procesión del cadalso vecino, con gran aparato de alguaciles, a toque de caja, el cuerpo de un ajusticiado que venía delante del caballo de un ayuco para recibir cristiana sepultura. Era el de un famoso bebedor que, cuando se emborrachaba en las bodegas, tenía la costumbre de sacar a relucir un enorme y afilado "cuchillo belduque", para trabar pendencia y dejar tendido de un golpe a más de un conmlitón.

Después escapaba a los alrededores, sin ser hallado, hasta una noche cualquiera en que volvía a dar cuenta de otra mortal cuchillada.

La Caridad, un siglo después, se transformó en un taller de huérfanas, y donde estaba el enterratorio se levantó una gótica capilla que, en los años de 1920 al 25, fue centro de moda de los rumbosos matrimonios de la capital. El contraste necesitó dos siglos de gestación, y los felices desposados que ayer salieron del templo, bajo el arco de rosas de la marcha nupcial de Mendelssohn, para comenzar la vida, ignoraron que allí era donde antes ésta terminaba. Las monjitas de la Caridad, sin embargo, supieron ganar las gracias espirituales de la piedad con los cofrades de San Antonio de Padua, repartiendo dones y ternezas que sus manos beatísimas no disimularon al fabricar las tortas de novia y de bautizo, las castañas y chaguales confitados, como las ponderadas empanadas domingueras, donde más de una vez hicimos cola esperando la segunda hornada matinal.

La antigua calle de la Pescadería en el siglo XIX cambió su nombre de pila. En los primeros tendales, entrando por la Plaza de Armas, se habían establecido numerosos vendedores de nieve, y en las épocas del verano la ciudad entera venía en busca de los blancos trozos que de la cordillera de Las Condes traían las recuas de mulas en sus chiguas apretadas de paja. El hielo entonces no se conocía, y, por tal motivo, las dificultades del viaje hacían de la nieve una cosa muy apreciada, vendiéndose al peso en enormes balanzas cuyos platos de cobre pasaban en constante barullo y tintineo. Las nuevas generaciones, sabias ya en la fabricación de los refrescos y de los helados, le dieron por segundo nombre uno que evocase más el encanto de los blancos y purificados trozos de agua de la cordillera, llamándola "calle de la Nevería".

Otro lugar que está íntimamente vinculado a la historia de la calle era la Plaza de Abasto (Mercado Municipal), que se inauguró con una exposición y un gran baile en las postrimerías del siglo pasado. En ese mismo terreno, que perteneció al convento de los dominicos, estuvo antes la plaza del Basural, donde después se colocó el rollo.

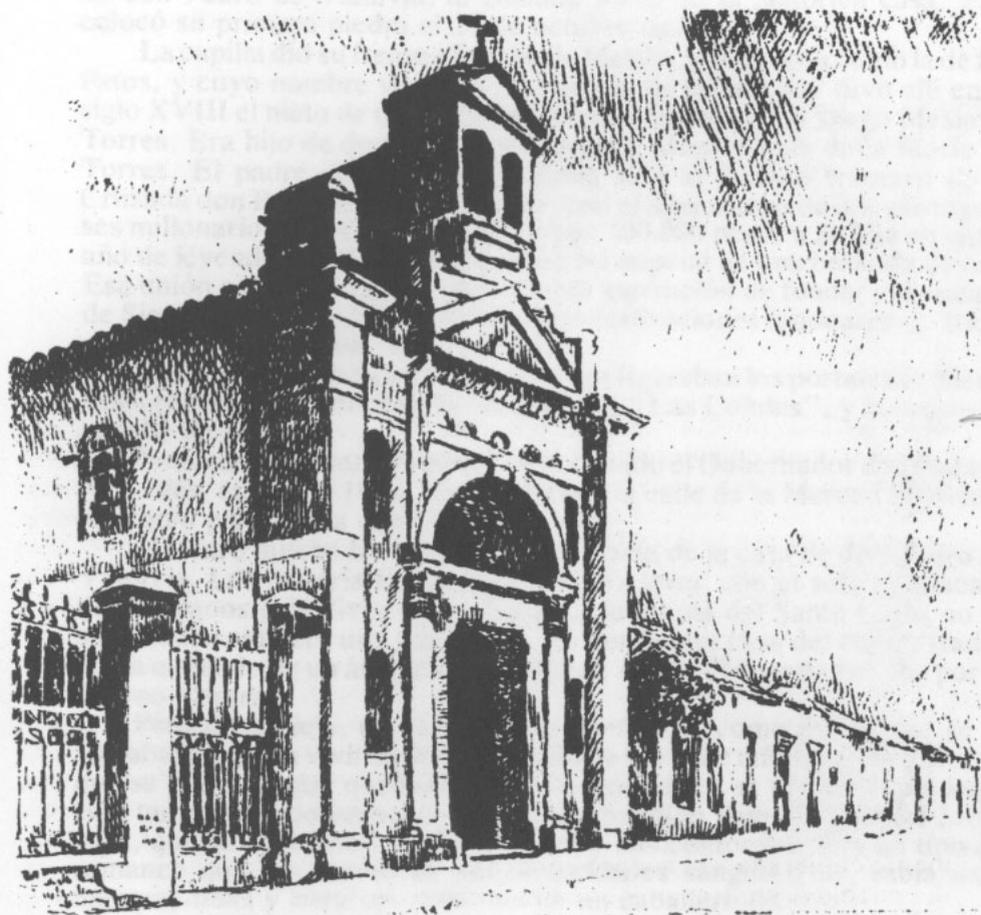
El nombre de "21 de Mayo" que tiene ahora está destinado a glorificar una de las epopeyas más grandes de nuestra historia naval; pero quien pase por allí y sepa extraer el tufillo que dejaron nuestros abuelos en los numerosos baratillos y tendales, encontrará aún un residuo lejano de la antigua y popular "calle de la Nevería".

## CALLE DE LOS PATOS

MADRUGO sin que nadie supiera cuánto por esos andurriales. Sus ruinas se mantenían erguidas a mediados del pasado siglo, conservadas como una reliquia ciudadana, porque asegurábase que allí había vivido don Pedro de Valdivia. La patraña estaba muy historiada ante el pueblo que venía en peregrinación a ver la casa del conquistador de Chile. Más de un pintor dejaba a la posteridad un buen cuadro cuya leyenda decía "Palacio de Pedro de Valdivia". Para visitarla había que dar cantonada en el ángulo norte de la calle de Mesías;(68) su construcción era humilde, de dos aguas, como debió ser la mansión de un conquistador; en el alto dejaba ver, bajo la pestaña apollada del alero, una angosta y larga ventanilla. Su portón principal era de tablones de gruesa madera, enclavada en fornidos largueros y travesaños; el interior no correspondía al rangoso título de "palacio", pues su artesonado era sólo de tijerales, barajado por vigas de palo redondo. Pero, aunque primara tanta humildad, y muchos se convencieran de que en el cuartojo de honor difícilmente cupiera la lanza y por ende la coraza, siguió la leyenda en la labia del pueblo hasta trocar el nombre antiguo de "calle de los Patos" por la del capitán extremeño.

Era por esos años el caminillo que iba de la calle del cerro hasta la de Mesías un rinconcito pintoresco, lleno de charcos y lagunas formadas por el desparrame de agua de los canales que se distribuían hacia el Alto del Puerto, en la calle de la Merced, y hacia el antiguo molino de Rodrigo de Araya, frente al Carmen Alto. En esos lagunares se criaban bandadas de patos, cuyos graznidos y aletazos enturbiaban el silencio de los lomajes orientales del cerro.

La leyenda de la casa esquina convirtió la calle en algo más adusto y conforme a la ranciedad de su estirpe. Se sabía cuán vigorosamente los indígenas atacaron a los fundadores de la ciudad, y por eso creyóse que éstos buscarían detrás del cerro un lugar donde parapetarse mejor del enemigo. Esta suposición hizo edificar la capilla de Vera Cruz, en honor



La capilla de Vera Cruz, en la antigua calle de Mesías. (Apunte de Lira.)

de don Pedro de Valdivia, al costado norte de la histórica casa, y se colocó su primera piedra el 21 de octubre de 1852.

La capilla dio su frente a la calle de Mesías, tan antigua como la de los Patos, y cuyo nombre venía de una quinta de recreo que tuvo allí en el siglo XVIII el nieto de un oidor de Charcas, llamado don Diego Mesías y Torres. Era hijo de don Cristóbal Mesías y Munive y de doña María de Torres. El padre de doña María había sido el famoso tesorero de la Cruzada don Pedro de Torres, quien, con el albaceazgo de dos portugueses millonarios y la Bula pudo dotar con 100.000 pesos a su hija en aquel año de leyenda de 1865 y rodear su lecho nupcial de una baranda de oro. Esa unión colma en casa del tesorero la aspiración de fundar el condado de Sierra Bella, una de las más antiguas instituciones feudoaristocráticas que nos dejó la legislación española.

Entre las propiedades del mayorazgo figuraban los portales de Sierra Bella (Fernández Concha), la hacienda de "Las Condes", y la quinta de la calle de Mesías.

Esta vía vino a tomar importancia cuando el Gobernador don Gabriel de Avilés, en el año 1798, hizo prolongar la calle de la Merced al oriente del cerro para unirla con los Tajamares.

No duró mucho la memoria que se hacía de la casa de don Pedro de Valdivia. Los historiadores luego comprobaron, con el solo testimonio de los planos primitivos de la ciudad, que detrás del Santa Lucía no se señalaba ni siquiera una mala finca. La verdadera casa del conquistador había quedado en un ángulo de la Plaza de Armas, ocupado hoy día por el Correo Central.

Pero casa vieja, de un siglo por lo menos, como era la que se le signaba, no podía vivir sin historia, aunque fuese de más triste destino, ya que se pudo afirmar que hizo de ella su guarida, y se presume que haya sido también su constructor, un célebre bandido llamado Pascual Libersona, que se enseñoreó en la Cañadilla y sus contornos. Era un tipo de romance que, en medio de sus temeridades sanguinarias, sabía usar maneras finas y corteses como las de un caballero de raza.

Cuando Libersona era perseguido por la justicia con más tenacidad, se recogía a vivir en su casa oriental del Santa Lucía, donde nunca fue molestado. Allí permanecía hasta que pasaba el furor de la persecución y luego, con el pretexto de comprar gallinas y aperos de la casa, salía al campo a empezar sus correrías por el barrio norte del río, las que se iban alejando hasta la cuesta de Chacabuco.

El inquieto vecino volvía a aparecer en su casa de la calle de los Patos cuando podía entregarse a una vida de sosiego, para gozar del botín acumulado, que, muchas veces, eran cargas de doblones de las que enviaba en pago el comercio de Santiago al extranjero.

Libersona fue ahorcado en la Plaza Mayor el año 1796.

El historiador don Abel Rosales, que recuerda esta curiosa vida de saltador, visita detenidamente la casa de tan añejas controversias, el año 1887, y, después de medir el edificio, con metro en mano, por todas sus

anchuras y costados, se regocija viendo el Palacio de Valdivia convertido en cómodo albergue de unas cuantas gordas gallinas de don Aurelio Zilleruelo.

Los años han pasado y, en el nuevo siglo, viene a habitar en la vecindad de la historiada casa, como capellán de la Vera Cruz, el que después fuera Ilustrísimo Arzobispo de Santiago, monseñor Crescente Errázuriz, elocuente historiador de las proezas y hazañas del esforzado Pedro de Valdivia. A la sombra de los aleros de la capilla, que trae recuerdos del asiento de cofradías religiosas desaparecidas, busca el excelso varón las meditaciones históricas de la mansísima tarde de su vida. La Vera Cruz cobija sus oraciones ante el crucifijo que el Emperador Carlos V enviara a Santiago en los primeros días de su fundación. Y tiene cerca de él, atraídos por su devoción, a aquellos nobles caballeros del reino que, a las doce de la noche del Jueves Santo, salían en procesión del convento de la Merced portando cirios de cera verde en memoria de las ramas de Toledo.

Esta vez vino a tomar importancia cuando el Gobernador don Gabriel de Avilés, en el año 1798, hizo prolongar la calle de la Merced al oriente del convento para unirle con los Tamarces.

No duró mucho la memoria que se hacía de la casa de don Pedro de Valdivia. Los historiadores luego comprobaron, con el solo testimonio de los planos primitivos de la ciudad, que detrás del Santa Lucía no se señalaba ni siquiera una mala finca. La verdadera casa del conquistador había quedado en un ángulo de la Plaza de Armas, ocupado hoy día por el Correo Central.

Pero casa vieja, de un siglo por lo menos, como era la que se le asignaba, no podía vivir sin historia, aunque fuese de más triste destino, ya que se pudo afirmar que hizo de ella su guarida, y se presume que haya sido también su constructor, un célebre bandido llamado Pascual Libertón, que se encasó en la Cañadilla y sus contornos. Era un tipo de romance que, en medio de sus temeridades españolas, sabía mantener finas y corteses como las de un caballero de raza.

Cuando Libertón era perseguido por la justicia con más tenacidad, se recogió a vivir en su casa oriental del Santa Lucía, donde nunca fue molestado. Allí permanecía hasta que pasaba el furor de la persecución y luego, con el pretexto de comprar gallinas y ajos de la casa, salía al campo a empujar sus cortinas por el barrio norte del río, las que se iban alejando hasta la cuesta de Chacabuco.

El indulto vecino volvió a aparecer en su casa de la calle de los Patos cuando podía entregarse a una vida de sosiego, para gozar del botín acumulado, que, muchas veces, eran cargas de doblones de las que enviaba en pago el comercio de Santiago al extranjero.

Libertón fue ahorcado en la Plaza Mayor el año 1798.

El historiador don Abel Rosales, que recuerda esta curiosa vida de saltador, visita detenidamente la casa de tan añejas connotaciones, el año 1887, y, después de medir el edificio, con metro en mano, por todas sus

## LA CIUDAD

(\*)Mapocho significa río que desaparece en la tierra. De *mapu* o *mapo*, tierra, y *chong*, apagarse, extinguirse.

## CALLE DE AHUMADA

(1)La esquina donde tuvo su altílo solar de los Ahumada es la que hace ángulo, en el norponiente, con la calle de los Huérfanos.

La antigua casa de Ahumada pasó posteriormente a doña Matilde Salamanca, que legara a la Beneficencia de Santiago las haciendas del valle del Choapa. Heredó el solar su sobrina doña Mercedes Contador y Avaria.

Esta casa fue derribada el año 1867, y adquirida en pública almoneda en la suma de 81.500 pesos por el piso y otro tanto por la construcción. Sobre el solar se levantó el Banco de don Domingo Matte y Messia, esclarecido ciudadano que, continuando la tradición generosa de la tierra, fundó el hospital de San Vicente de Paul.

Alonso de Escudero fue el primer dueño del solar que hoy ocupa el portal Fernández Concha esquina con la de Ahumada. Este guerrero, aficionado a las letras, abrió en el espacio donde está la entrada al Pasaje Matte la primera escuela de Chile, pues, según consta en los archivos, enseñó allí a leer a Inés de Suárez y a otros españoles, y más tarde fue maestro de don Pedro de Oña.

El Cabildo dio licencia, años después, a Pedro de Armeneta para que en la esquina del solar sita en la plaza construyese unos portales. Los arcos median tres varas de ancho, y el primero se hizo de soslayo, ochavando la esquina. De aquí nacieron los portales de Sierra Bella.

(2)En el número 39 vivió don Diego Antonio Barros, senador y comerciante influyente en la política desde 1817; en esta misma casa tuvo su residencia el general argentino Soler; y años más tarde los pelucones hicieron de ella su Club, en el que celebraron reuniones hasta 1841.

Durante los años 25 y 26 ocupó la casa del número 22 don Diego Portales.

## CALLE DE LAS AGUSTINAS

(3)José Ignacio Víctor Eyzaguirre: *Historia de Chile*.

(4)En el número 56 vivió don Fernando Márquez de la Plata, vocal de la Primera Junta de Gobierno en 1810; en el número 3, don José Manuel Astorga, genealogista de las familias chilenas; en el número 20, don Manuel Blanco Encalada, vicealmirante de Chile, pasó sus últimos años y murió el 5 de septiembre de 1876; en el número 46, don Ignacio de la Carrera, padre de don José Miguel, don Juan José, don Luis y doña Javiera; en el número 27, don Joaquín Prieto, general y Presidente de la República, donde vivió hasta su muerte, en 1844; en el número 27, don Manuel Rodríguez, célebre guerrillero y mártir de la Independencia; en el número 42, don Manuel Antonio Tocornal, hombre público y tribuno; en el número 100, don Manuel Vicuña, primer Arzobispo de Santiago; en el número 60, don Hipólito Villegas, Ministro de Hacienda en el Gobierno de O'Higgins y uno de los firmantes del Acta de la Independencia, en 1818.

## CALLE DEL PEUMO

(5)El autor de esta obra, en agosto del año 1927, tuvo el privilegio de penetrar en el recinto sagrado del monasterio, desde su fundación no hollado por pie profano. La relación que sigue publicóse con fotos del convento en *Zig-Zag* del 27 de agosto de 1927, y en *La Prensa* de Buenos Aires, el 30 de agosto de 1928:

"Al pasar la portería oigo tras el velo negro la voz de la madre priora Josefa de Jesús María. Es pequeña, de movimientos reposados. Habla con dulzura y mansedumbre. Sobre el sayal de lana

blanca tintinean las cuentas de su rosario. Nos precede la hermana secretaria, pregonañdo con una campanilla la presencia de extraños en la morada del Señor. Las monjas, interrumpidas en sus quehaceres, echan apresuradas sobre el rostro sus espesos velos, y se alejan y desaparecen por las crujiás, y dejan apenas una visión del bicolor dominico.

''Estoy frente al gran claustro cuyo patio ostenta en el centro una enorme cruz; en el jardín los naranjos cuajan su oro entre la fronda exuberante y una palma centenaria se yergue y desafía en altura a la torre. Internado por donde la huraña hojarasca verdea, se columbra una ensoñación de paz en el huertecillo de las Rosas.

''Veo el auténtico tejadillo criollo, asentado en pilares de dura madera de la montaña. Toda la gracia de la obra arquitectónica está en esas pilastras que reposan sobre ménsulas de sencillo arabesco, para caer sustentadas con livianura y esbeltez. En el corredor, oculto por la sombra de la inclinada techumbre, empiezo a detallar este oro puro de la Colonia. ¡Cómo renace la dulce canción de la abuela! La vieja casona está intacta, con el perfume de sus enredaderas florecidas. Las madres, en el trajín femenino de mostrar los tesoros del monasterio, adquieren un prestigio familiar. Se me antojan algunas tías querendonas buscando en sus cofres un regalo para el sobrino cerril.

''Luego he recorrido a lo largo del tránsito los grandes y primitivos lienzos en que se relata con transparente sencillez la vida de Santa Rosa. La leyenda del primer cuadro dice: ''Dormida en la cuna a los tres meses de su nacimiento, súbitamente vio la ama que la cuidaba que se había transformado el rostro en una hermosa rosa. Dio voces llamando a que mirasen el portento, a que acudió la madre con sus hijas, y llena de admiración se arrojó toda al rostro de la niña, y dándole tiernos ósculos, prorrumpió en estas palabras: 'De aquí en adelante tú serás mi rosa, así te han de llamar y no ha de ser otro tu nombre' ''. En otro lienzo: ''Jugaba con la niña Rosa un hermano suyo, de edad más crecida; éste, usando de las travesuras acostumbradas, arrojóla con lodo en la cabeza y le manchó la hermosa cabellera de su pelo; sintiólo la santa niña grandemente y formando quejas con desvíos trató de interrumpir el juego. A esto ocurrió con buen aire el pequenuelo hermano y, haciéndose predicador, le dijo tales razones como dictadas del Espíritu Santo: oyó Rosa como oráculo del cielo la plática del rapaz y se retiró al secreto de su cuarto, compungida y llorosa, y se cortó el pelo. Luego que miró a Rosa sin las doradas madejas, su madre, llena de cólera, le dio de guantadas y golpes''.

''Y, por fin, saltando de uno a otro de los curiosos lienzos quiteños, he terminado en uno en que aparece la santa en su lecho de muerte, en medio del dolor de su afligida madre y de la devoción con que la rodean los grandes de la corte limeña. La leyenda dice: ''A los treinta dio Rosa su espíritu en manos de su divino esposo, al amanecer la fiesta de San Bartolomé apóstol''.

''La lección objetiva de la vida de la santa ha entrado en el espíritu para darme la imagen que allí flota tan llena de seducción y poesía. El colorido de las telas se conserva fresco, a pesar del contacto con el aire desde hace dos siglos, sin otro resguardo que sus españolisimos marcos. En el lienzo que representa el juego de Rosa con su hermano, las graciosas figuras de los infantes, remedos de meninas, lucen recamadas faldas bajo las cuales asoman el encaje del fustán; su hermanito viste de calzón y casaca, sin faltarle las lechuguillas de las mangas, ni la valona finísima, que son una nota atrayente en la trapería de la época. En otra de las telas, el rostro de la santa tiene a la vez una hermosura evangélica y perturbadora. Sus grandes ojos arden con misteriosa fiebre, dándole transparencia a su óvalo que se enmarca tan dulce y tan suave bajo su toca.

''Me he dejado llevar por la sugestión del ambiente, y la madre priora ha permitido al fotógrafo, señor Rebolledo, reconstruir una escena del amanecer, cuando la campanita llama a maitines y de las celdas se escurren las hermanas por el tránsito en dirección al coro, alumbrando sus pasos sobre las baldosas frías con la luz mortecina de un farol.

''Poco a poco he ido haciéndome narrar la historia de su mística; la de la monja que nunca se dejó ver en el locutorio y que por el claustro caminaba llevando cubierto el rostro; la que purificó Dios con una enfermedad de treinta y cinco años postrada en cama; la hermana que se picó las venas para con su sangre escribir cartas de esclavitud al Señor; la novicia que iba siempre al Tabernáculo a depositar una flor cuando azucena un desagrado, y que, cuando murió, la piedra de destilar en que calmaba su sed se cubrió de azucenas y de rosas; la religiosa que se encontraba en espíritu en la Revolución de

Francia y cuyos detalles de lo que allí pasaba transmitió a su confesor, quien después los confirmó; y, por último, sobre la enjalbegada muralla del tránsito, han recordado a la "hermana medrosa", que cierta noche salió por el solitario claustro en cumplimiento de un mandato, más medrosa que nunca, y sin que ella lo advirtiera iba su sombra proyectando en la pared la figura de Jesucristo con la cruz a cuestas.

"He querido detenerme más, pero la voz humana de la madre priora tiene también acentos de este siglo para recordarme que ha llegado el término de la visita, de la que esperan un llamado a la devoción de su patrona y señora madre. Ellas están enclaustradas y no pueden ir por el mundo para hacerla florecer. Quieren que mi llamada tenga eco en los corazones y los traspase, despertando el verdadero amor que la santa cosechó en tierra nativa. Me ha hecho comprender, una vez más, que mis momentos allí son una gracia por la rigurosa observancia, donde hay siete meses de ayuno al año, y luego me ha recitado la inscripción de su celda:

*Hay un ojo que todo lo ve,  
una mano que todo lo escribe,  
y un oído que todo lo escucha.*

"La perfección de su vida fluye de sus labios, donde hace cuarenta años disciplina su vida con todos los oficios divinos completos, bajo pecado mortal; y con imperceptible sonrisa agrega: 'Somos rosas rodeadas de espinas, pero con sus puntas a la inversa, toda crueldad para sí, toda suavidad para mis súbditos'."

(6)El nombre actual es posterior al año 1888, en el que murió el ilustre historiador don Miguel Luis Amunátegui.

En la calle Amunátegui, entre la de los Huérfanos y la de las Agustinas, existió la casa donde estuvo la Legación Argentina y que fue el último refugio del Presidente don José Manuel Balmaceda. El balcón que caía sobre la puerta principal, casa de la familia Vial Infante, perteneció a la pieza en que el célebre gobernante puso fin a sus días.

### ALAMEDA DE LAS DELICIAS

(7)Alameda se denomina generalmente un sitio o paseo público plantado de árboles para su recreo, y no porque tenga álamos propiamente. Es voz originaria de la lengua árabe *al-meidan*, que tiene ese significado.

(8)Vicuña Mackenna, *La Cañada de Santiago*.

(9)Ruschenberger, *Noticias*.

(10)Actual Lord Cochrane.

(11)En la calle de las Delicias vivieron: en el número 39, don José Santiago Aldunate, general de brigada, Intendente de Valparaíso y Chiloé; en el número 96, doña Javiera Carrera, donde murió el 21 de agosto de 1862; en el mismo número, don Joaquín Echeverría Larraín, Ministro del Interior del Director O'Higgins; en el 139, don Antonio Hermida, patriota en cuya casa se reunían los revolucionarios de 1810, y en el número 271, don José Ignacio Cienfuegos, Obispo de Santiago y notable patriota.

### CALLE DE LA BANDERA

(12)Padre del jurisperito y poeta don Jacinto Chacón.

(13)En el número 17 vivió Pío IX en el año 1824; se le conoció entonces con su nombre de Mastai-Ferretti y de secretario del señor Muzi.

### CAÑADA DE GARCIA DE CACERES

(14)Estación de Fuerza.

(15)El nombre actual de "Almirante Barroso" que lleva la calle "del Colegio" fue cambiado a

raíz de la primera visita de confraternidad que hizo este barco de guerra del Brasil a Valparaíso, el año 1889. Entre la oficialidad traía, en calidad de teniente, al príncipe Augusto Leopoldo, nieto de don Pedro II.

#### CALLE DE LA CATEDRAL

(16) Don Diego Portales vivió en el número 22 de la calle Catedral hasta el día en que salió para Quillota.

#### CALLE DEL CARMEN

(17) Hijo de don Valeriano de Ahumada.

#### CALLE DE LA COMPAÑÍA

(18) Dirección General de Correos.

(19) Antigua Biblioteca Nacional, demolida el año 1927 para construir el nuevo edificio de los Tribunales de Justicia.

(20) Daniel Barros Grez, *Pipiolos y Pelucones*.

(21) En el número 126 de la calle de la Compañía, hoy Liceo N.º 1 de Niñas Javiera Carrera, vivió don Manuel Bulnes, Presidente de Chile, gran mariscal de Ancachs, Perú, y general del Ejército de Chile. Esta casa, que estaba ubicada en la esquina sur poniente con Amunátegui, pertenecía a la señora madre del general y la habitaba desde hacía años, de manera que cada vez que el general Bulnes venía a Santiago, se hospedaba en ella, como sucedió después de la campaña de la restauración del Perú y de la guerra civil, que terminó en los campos de Loncomilla.

La casa de Bulnes fue edificada sobre el antiguo solar de don Juan Enrique Rosales, uno de los desterrados a Juan Fernández durante la época de la Reconquista, y en ella se dio a los vencedores de Chacabuco un gran baile al que asistieron San Martín y O'Higgins.

Don Juan Enrique fue el abuelo de Vicente Pérez Rosales, el célebre autor de *Recuerdos del Pasado*.

En el número 30 tuvo sus oficinas de la Comandancia de Armas el general don Luis Cruz y Goyeneche hasta poco antes de su muerte, en 1828. Cruz se distinguió como miembro de la Junta revolucionaria de Concepción y actuó en forma brillante en Santiago durante los días que siguieron al desastre de Cancha Rayada. Acompañó al general San Martín en su expedición libertadora del Perú. Se caracterizó por su inflexible rigidez en el servicio.

En el número 81 vivió largos años el general de brigada don Enrique Campino, que actuó en las guerras de la Independencia. En el 12 vivió hasta su muerte, en 1838, don Agustín Vial Santelices, jurisconsulto notable y patriota abnegado, que desempeñó numerosos empleos lucrativos gratuitamente, sin ser rico. En el 85, don Francisco Ramón Vicuña, Presidente de la República en 1829. En el 123, don Joaquín Rodríguez Zorrilla, donde murió, en 1831; fue doctor de la Universidad de San Felipe, miembro del Cabildo en 1810 y Ministro de la Corte Suprema. Don José Santos de Aguirre, marqués de Monte Pío, vivió en el solar que hoy ocupa *El Mercurio*.

#### CALLE DE LAS CLARAS

(22) José Joaquín Pérez, Presidente de la República (1861-71).

(23) En el número 23 vivió y murió, en 1842, don Manuel Gandarillas, patriota notable y Ministro de Freire.

#### CALLE DEL REY

(24) Hay una versión que supone que esta calle se llamaba del Rey por haber estado ubicada, en 1570, frente a los Huérfanos, la Real Hacienda.

(25) En el número 33 vivió don José Miguel Infante, notable tribuno de la revolución de la Independencia de Chile.

### CALLE DE LAS RAMADAS

(26) La adquirió el año 1928 don Darío Zañartu Cavero para convertirla en santuario de recuerdos, y para que en ella algún día la imaginación reconstruya su olvidada vida anterior. Se debe a él la formación de la "Plazuela del Corregidor", con la fuente de piedra que la adorna. Fino homenaje al culto de la tradición y al afecto de los de su raza.

En el número 29 de la calle de las Ramadas vivió don Juan Francisco Meneses, doctor en leyes, secretario de Marcó del Pont, Ministro en 1830 y posteriormente deán de la Catedral de Santiago. En el número 8 vivió en sus últimos años don Benjamín Viel, primer europeo que, por su valor, llegó al grado de general de brigada en la guerra de la Independencia. Era oficial del Primer Imperio.

### CALLE DEL GALAN DE LA BURRA

(27) Actual calle "Antonio García Reyes", en memoria del jurisconsulto y escritor de la primera mitad del siglo XIX.

(28) De aquí nace la calle "del Galán de la Burra", hoy "Erasmus Escala", general que participó en la campaña restauradora del Perú, en 1839, y en la de Tarapacá, en 1879.

### CALLE DEL OJO SECO

(29) Ilustre fundador de la familia Mackenna en Chile. El historiador don Gonzalo Bulnes lo llama "la primera cabeza militar de su tiempo, una figura esclarecida que espera su resurrección histórica".

### CALLE DE LOS HUERFANOS

(30) Antigua puerta de la Casa Gath y Chaves, que daba a los Huérfanos.

(31) Caja de Crédito Hipotecario.

(32) *El Mercurio* y *La Nación* dieron noticias en abril de 1922 de un nuevo hallazgo de esqueletos.

(33) En el número 14 de la calle de los Huérfanos vivió el fraile de la Merced don Joaquín Larraín, más tarde provincial. Fue un patriota exaltado que se distinguió durante la revolución de la Independencia hasta la caída de O'Higgins. En su casa se reunían continuamente Camilo Henríquez, Bernardo Vera, José Miguel Infante. En el número 47, don José Miguel Andía de Irrazábal, miembro de la Convención de 1823 y 1833 y senador y Ministro del Interior. En el número 29 vivió largos años don Ignacio de la Carrera y, en esa casa, nacieron don José Miguel, don Juan José, don Luis y doña Javiera Carrera. En el número 32, don Agustín Eyzaguirre, cabildante del año 1810 y Vicepresidente de la República en 1826. En el número 18, don Rafael Maroto, coronel del batallón español Talaveras; después de la batalla de Rancagua, brigadier, grado con que mandó en Chacabuco. También ocupó la casa de los Carrera don Mariano Osorio, coronel en Rancagua y más tarde brigadier del ejército español. En los altos del número 45, don Lorenzo Sazie, famoso médico y cirujano francés, que llegó a Chile en 1834, en la época de la fundación de la Escuela de Medicina, de la que fue uno de sus más ilustres profesores, hasta el año 1865, en que murió. (Vivió posteriormente en la calle de Santa Rosa.)

### CALLE REAL DE LA CAÑADILLA

(34) Actual Palacio Consistorial.

(35) J. Abel Rosales, *La Cañadilla de Santiago*.

Los últimos obispos que vivieron en este barrio pertenecen al siglo pasado, y fueron el Obispo Etura, de Augustópolis, que vino a Chile huyendo de Rosas, y se le designó a regentar la parroquia de la Estampa en 1846. El Obispo Orrego fue también cura párroco de la misma iglesia en 1682; y el Obispo Blaitt, siendo cura de la Estampa fue consagrado Obispo de Concepción en 1887.

(36)Miguel Luis Amunátegui, *Reconquista Española*.

### CALLE DE LA MAESTRANZA

(37)(Pájaro de mal agüero en la mítica chilena.) Hoy esta calle lleva el nombre de Santa Elena. Su actual progreso se debe a la labor del ilustre ex alcalde de Santiago don Rogelio Ugarte Bustamante, cuyos destinos rigió durante treinta años. La prolongación de la calle de la Maestranza, el viejo Camino de Cintura transformado en la actual "Avenida M. A. Matta" y la nueva población que lleva su nombre, son obras, entre otras muchas, de su espíritu renovador.

### CALLE DE LA MERCED

(38)Los españoles acostumbraban llamar "puerto" a las cuestas, y en especial a las elevadas.

(39)Actual calle José Miguel de la Barra, en recuerdo del patriota, diplomático y benefactor. Sobre el origen del nombre "de los Tres Montes" hay varias versiones, y la primera es porque en ella vivían tres magnates de apellido Montes, de distintas familias vinculadas en la sociedad santiaguina. Tan rara coincidencia puede ser objetada, aunque el tema se presta para pintar las rivalidades vecinales de aquellos conspicuos señores. Pero, como ninguna huella han dejado en los archivos, otros aseguran que venía de tres grupos de corpulentos árboles que había en el Alto del Puerto, y que hizo cortar don Manuel de Salas. Y no falta quien diga también que debe su denominación a tres cerrillos o prominencias, destruidas a pólvora en los primeros años del siglo XIX. Esta hipótesis es la más probable y parece aceptarla Vicuña Mackenna, aunque él, de su cosecha, sugiere que "acaso se la designó por el hecho de armas que recuerda".

(40)El cardenal español Benloch vino el año 1923 a consagrar con la categoría y privilegios de basílica a la antigua iglesia de la Merced. El 15 de septiembre de 1928 se inauguró en sus torres el carillón.

(41)En el número 80 de la calle de la Merced habitó don Miguel Brayer, general del Primer Imperio de Francia, que vino a Chile en 1817 y fue jefe del estado mayor de nuestro Ejército. En el número 71, don José Nicolás Cerda, mayorazgo y patriota muy considerado por el prestigio de su familia y de su fortuna. En el número 69 vivió don Ramón Freire hasta su muerte, en 1851, Capitán General y Presidente de la República. En el número 68, don Manuel Montt, célebre Presidente de Chile y estadista eminente en América, donde murió en octubre de 1880. En el número 76 pasó algunos días el general don José de San Martín, después de Chacabuco.

### CALLE DE LAS RECOGIDAS

(42)Plazuela de Vicuña Mackenna.

### CALLE DE LAS MONJITAS

(43)Esta imagen se exhibió en 1874 en una procesión histórica del Santa Lucía.

(44)Benjamín Vicuña Mackenna en la *Historia de la Calle de las Monjitas* descubre la cuna de once mandatarios de la República y da la razón por qué debería llamarse "calle de los Presidentes". Los mandatarios que allí habitaron fueron el Obispo don José Antonio Martínez de Aldunate,

Vicepresidente de la Junta Nacional de Gobierno (18 de septiembre de 1810); don Francisco de la Lastra y don José Antonio Irisarri, en 1814; don Joaquín Echeverría, que en diferentes ocasiones reemplazó al Director O'Higgins; don Fernando Errázuriz, en 1824; don Agustín de Eyzaguirre, en 1820; el general don Francisco Antonio Pinto, en 1827; don Francisco Ruiz-Tagle, en 1829; don José Joaquín Pérez, en 1861; don Federico Errázuriz Zañartu, en 1871, y don Aníbal Pinto, en 1876.

El Obispo Martínez de Aldunate tenía su casa frente al altar mayor de las monjitas, hoy esquina norte del portal Mac-Clure. Don Francisco de la Lastra vivía en el extremo oriente, en el lugar que ocupaba la Primera Comisaría y donde estuvo ubicado, a principios del siglo XVIII, el presidio de la capital del reino. La casa del Director Lastra era una señorial mansión, con dintel de marco y portillo, y llegaba casi hasta las mismas faldas del Santa Lucía. Se cuenta que por las tapias lindantes con Breton, en una noche lóbrega, el capitán San Bruno, acompañado de un grupo de talaveras, fusiló a numerosos patriotas.

Don José Antonio de Irisarri vivió en el solar donde después se edificó el Palacio de Urmeneta. Su casa eran restos de la mansión del fundador de la Universidad de San Felipe, don Francisco Ruiz de Berecedo, el que, siendo alcalde en 1713, solicitó de Felipe V la creación de dicho instituto.

En un modesto caserón, calle de San Antonio por medio, nació don Francisco Antonio Pinto, a su política renovadora se debió el advenimiento de la democracia, sustentada por los pipiolo contra los pelucones. En el estrado de esta casa se efectuó la proclamación a la Presidencia de la República de don Federico Errázuriz Zañartu.

La casa de don Fernando Errázuriz, cuando se derribó a O'Higgins, en 1823, estaba en la acera del sol, número 60. Había sido edificada por el abuelo de doña María del Carmen Gana y López, y en el estrado le habló por primera vez de amor, durante un sarao, el almirante Blanco Encalada; lo demás está escrito en el romance de la historia de Chile. "Carmen—decía el glorioso marino—ha sido mi ángel guardián."

Don Agustín Eyzaguirre, el Presidente moderador de 1826, vivió en una casa esquina con las Claras, acera oriente. En el número 58 vivió don José Joaquín Pérez, en una casa que él hiciera edificar en 1860, cuando iniciaba su vida política que culminó con la Presidencia de la República.

Don Federico Errázuriz, que tuvo una abuela común con el Arzobispo Valdivieso, doña Rosa Manso de Zañartu, nació en esta calle, pared al medio por el costado con la casa de Lastra, y pared por medio también con la casa en que viera la luz su sucesor, don Aníbal Pinto, y que deslindaba por el fondo de la huerta con el solar donde el Arzobispo pasara su infancia.

## CALLE DE LA MONEDA

(45)Véase calle de los Teatinos.

## CALLE DE MORANDE

(46)Pórtico del Senado.

(47)En la de Morandé, número 44, tuvo su residencia don Claudio Gay, ilustre sabio francés, autor de la *Historia Física y Política de Chile*.

## CALLE DE LA MUERTE

(48)Zapiola, *Recuerdos de Treinta Años*. Se llamó calle de la Muerte la cuadra de las Agustinas que hoy se encuentra entre la de San Antonio y del Estado.

## CALLE DE SAN DIEGO

(49)Vicuña Mackenna.

(50) En esa capilla se instaló, años más tarde, la Biblioteca del Instituto Nacional.

(51) En la calle "San Diego la Nueva", número 36, vivió y murió don Juan Gregorio Las Heras, ilustre general argentino que participó en las guerras de la Independencia. En el número 55 vivió don Francisco Puente hasta la edad de ochenta y cinco años, en que murió. Este ilustre sacerdote, canónigo de la Catedral, vino a Chile de Burgos, donde nació, en 1793, como religioso franciscano. La instrucción en Chile le debe grandes servicios como profesor y autor de numerosos tratados didácticos. Fue rector del Instituto Nacional y miembro de dos facultades de la Universidad. En el número 18 vivió en sus últimos años, hasta su muerte, don Salvador Sanfuentes, ilustre poeta y hombre público.

La Escuela N.º 1 "La Campana" estaba situada entre la Universidad de Chile y el Instituto Nacional. Perteneció al colegiado de San Francisco, y su puerta principal daba a la actual calle Arturo Prat, donde el glorioso marino comienza sus estudios primarios el 13 de octubre de 1855, que duran tres años, antes de ingresar a la Escuela Naval.

### CALLE DEL PUENTE

(52) Actual Correo Central. Se levantó, en la esquina con la de San Pablo, en 1582, la *Portada* de la ciudad para festejar la llegada del nuevo Gobernador don Alonso de Sotomayor. Este arco, construido de adobes, existió hasta fines del siglo XVI. (Tomás Thayer Ojeda, *Santiago durante el Siglo XVI.*)

(53) En el número 9 de la calle del Puente vivió don Manuel Grajales, célebre médico español que vino a Chile el año 1805 a propagar la vacuna.

(54) Vicuña Mackenna hizo incrustar la plancha de piedra que contiene dicha inscripción en los acantilados del Cerro Santa Lucía.

### AVENIDA DE LA RECOLETA

(55) J. Abel Rosales.

(56) Por el salto de agua que daba al río Mapocho para caer en él, después de apartarse del cauce principal, un canal de regadío que se vaciaba en dicho valle.

(57) En el número 69 vivió don García Antonio Carrasco, Presidente interino del reino desde 1808 a 1810. En el número 28, don Justo Donoso, notable caninista.

### CALLE DE LOS BARATILLOS VIEJOS

(58) Yungay.

(59) Vicuña Mackenna.

### CALLE DE SAN ANTONIO

(60) Don José Antonio Bustamante vivió sus últimos años, hasta su muerte; en el número 8. Actuó en las campañas del 1813 y 1814 y se encontró en el sitio de Rancagua. Después de Chacabuco se le encargó la formación del primer cuerpo cívico de Santiago. En la batalla de Maipú mandaba el batallón de Infantes de la Patria, y por un atrevido movimiento influyó poderosamente en la derrota del ejército español. O'Higgins le confirió el grado de general al darle el mando de la provincia de Coquimbo.

En el número 10, en la casa de don Manuel Salas Corbalán, habitó el prócer don Juan Martínez de Rozas, miembro de la primera Junta revolucionaria en 1810; y en el número 27 murió, el año 1817, don José Antonio Rojas, impulsor de la Independencia en 1810.

### CALLE DE SANTO DOMINGO

(61) Obispo Villaruel. (Carta al Excelentísimo señor don García Haro y Avellaneda.)

(62) Don Ramón Freire, Capitán General y Presidente de la República, nació en el número 36; doña Micaela Fontecilla, que sufrió persecuciones por los realistas, vivió en el 44; don José Gregorio Argomedo, en el 75, y don José Tomás Ovalle, Presidente de la República en 1830, en el número 111.

### CALLES DE LA PELOTA Y DE BRETON

(63) y (64) Medina, *Cosas de la Colonia*.

### CALLE DE LAS MATADAS

(65) Luis Thayer Ojeda, *Santiago de Chile. Origen del Nombre de sus Calles*.

### CALLE DE LOS TEATINOS

(66) En el número 13 vivió hasta su muerte, en 1836, don Juan Egaña, poeta y escritor político de la revolución; don Mariano Egaña, hijo del anterior, Ministro de Gobierno y autor de la Constitución de 1833, vivió y murió en la misma casa.

Camilo Henríquez, célebre publicista de la Independencia, redactor de *La Aurora de Chile*, vivió en el número 33 hasta su muerte, en 1825; esa misma casa la habitó posteriormente el famoso actor Ambrosio Morante.

En el 45 vivió don José Antonio Vidaurre, jefe de la revolución de Quillota, que culminó con la muerte del ministro Portales.

### CALLE DE LA NEVERIA

(67) Las monjas dejaron su iglesia y convento el año 1927. El nombre "de la Caridad" estuvo también enraizado en la historia de la calle.

### CALLE DE LOS PATOS

(68) Actual "José Victorino Lastarria". La casa de don Pedro de Valdivia estuvo situada en el lugar que hoy ocupa el Palacio Consistorial.